biblioteca de patrística

gregorio nacianceno

LA PASIÓN DE CRISTO

editorial ciudad nueva

Gregorio Nacianceno
LA PASIÓN DE CRISTO

El nombre de Gregorio Nacianceno (330-390) suele asociarse al del otro Gregorio, el de Nisa, y a Basilio Magno, formando así la célebre tríada de los «grandes capadocios».

Menos especulativo que su homónimo, y poco dispuesto a la acción, a diferencia de su amigo Basilio, Gregorio de Nacianzo destacó, sin embargo, sobre ambos y en toda la antigüedad cristiana por su elocuencia, hasta el punto de merecer el apelativo de «Demóstenes cristiano». Fue asimismo un literato muy refinado, y trató de compaginar la cultura literaria con la vida ascética y solitaria a la que se sentía llamado, y a la que retornaba, en cuanto sus obligaciones ministeriales se lo permitían.

Escritor sumamente dotado, no compuso auténticos tratados dogmáticos o comentarios bíblicos, si bien ambos géneros figuran en su amplia producción, que abarca discursos, poemas y muchas cartas.

«La **Pasión** para nuestro poeta –como se afirma en la Introducción– no es un episodio más en la vida de Cristo, es, por el contrario, la síntesis que implica y reclama continuamente la "Encarnación", la cual, a su vez, viene encuadrada en el extraordinario proyecto de la "economía", o sea, del plan de salvación, concebido para el hombre por Dios desde la eternidad y actualizado progresivamente a partir de la caída».

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

4

Gregorio Nacianceno

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA DE PROFESORES
MADRID

LA PASIÓN DE CRISTO

Introducción y notas de Francesco Trisoglio
Traducción de Isabel Garzón Bosque

Editorial Ciudad Nueva
Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

Primera edición: 1988
Segunda edición: 1995

Reservados todos los derechos. No está permitida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1988, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-86987-94-6
Depósito Legal: M-36095-1995

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Gráficas Dehón

INTRODUCCIÓN

1. *El centón clásico-pagano*

El *Christus patiens* es una tragedia compuesta según el método del centón. En la antigüedad griega y latina se indicaba con esta palabra (kéntrón) una manta o un vestido que la gente pobre del campo confeccionaba con retazos y trozos de tela recuperados de vestidos viejos, cosiéndolos de tal modo que resultaba un conjunto multicolor, como el traje del Arlequín.

Se designa, por analogía, con esta palabra a cualquier composición literaria, generalmente poética, que se forma mediante la unión de frases, versos y hemistiquios entresacados de un poeta antiguo y combinados para expresar conceptos y sentimientos nuevos. Este método de enunciar ideas propias con expresiones ajenas resulta tan poco natural que no puede surgir por impulso espontáneo, sino que se combinan sólo en condiciones determinadas y se producen por estímulos reflejos muy especiales.

En el fondo parece que se refleja la actividad de los juglares o rapsodas homéricos, los cuales hacían exposiciones conjuntas de trozos épicos sobre la base de poemas o partes de los mismos recitados por los predecesores, como nos informa Eustacio.

Se trataba, generalmente, de composiciones en las cuales tales fragmentos intercalados sólo venían a ser elementos concomitantes de fisonomía todavía no bien determinada; este procedimiento sólo se utilizó para

realizar obras literariamente autónomas cuando se tuvo la intención de imitar a otros (parodia).

La primera figura de cierto relieve que se distinguió, en este tipo de composiciones, fue, a nuestro juicio, Hegemonio de Jaso, al cual, durante la guerra del Peloponeso, le gustaba improvisar recogiendo largas citas de Homero, pero insertando también muchos versos y estrofas originales compuestas por él. En el mismo plano se puede situar la *Batracomiomaquia* * que proviene de ambientes de rapsodas.

La inspiración de imitación (parodia), aunque persistió durante la época helénica, se fue, en parte, debilitando, mientras que el centón asumió a menudo un carácter serio. De ello tenemos algunos testimonios en inscripciones egipcias, entre las cuales es muy conocido el epigrama de Areios, uno de los sabios vinculados al Museo de Alejandría, quien con cuatro versos homéricos evocó el fenómeno acústico de la estatua de Memnón **.

Este tipo de composiciones literarias daba por supuesto, naturalmente, que había existido un escritor de enorme y universal fama y de prestigio indiscutible, cuyo lenguaje hubiese alcanzado casi el canon de perfección en su expresión estilística; en Grecia este nivel había sido alcanzado por Homero, como en Roma lo había sido por Virgilio.

* *Batrocomiomaquia* significa «combate de los ratones y de las ranas». Se trata de un poema burlesco que parodia el estilo homérico. Se discute sobre su autor. Plutarco lo atribuye a Pignes de Caria (hermano de la Reina Artemisa de Halicarnaso). Otros lo atribuyen al propio Homero. (Nota del Editor).

** Se trata de una leyenda, según la cual, una de las 2 colosales estatuas del Faraón Amenofis III (hacia el 400 a. de C.) en Memnón, la situada al Norte, producía un sonido armonioso al atardecer. (Nota del Editor).

Tenemos también una abundante producción de centones en latín [1]; e incluso en Occidente este género literario se aclimató y se desarrolló después con más exuberancia que en el propio Oriente.

Si juzgamos por los testimonios conservados, podría parecer que, en el ámbito propiamente romano, la poesía de centones se hubiese difundido, especialmente, en la segunda mitad del siglo II después de Cristo. Tertuliano [2], rememorando las manipulaciones a las que habían sido sometidos los poemas de Virgilio, cita a Osidio Geta que «extrajo completamente» de Virgilio su tragedia *Medea,* y refiere también que un familiar suyo, entre sus ensayos de literato, había escrito la *Tabla de Cebes*, con versos del poeta de Mantua.

El apologista cartaginés deja traslucir discretamente un matiz de menosprecio hacia este género, tal vez porque lo veía circunscrito al mundo pagano. San Jerónimo, por el contrario, que lo encontraba ya transferido a temas específicamente cristianos, lo condenó con la tajante resolución que sabemos le era congénita [3]. Pero no estamos seguros de que su crítica fuese tan objetiva y meditada como categórica. Él escribía, ciertamente, cuando los centones habían alcanzado el punto máximo de expresión y de arte, tanto el centón pagano, con su característica de entretenimiento ingenioso y frívolo como el representado por el *Centón nupcial* de Ausonio, cuanto el centón cristiano, con su seriedad

1. Se pueden ver casos de centones griegos y latinos recogidos en *Antología Palatina*, IX, 381 y 382; KAIBEL, *Epigrammata Graeca in lapidibus conlecta*, REIMER, Berolini 1878, nn. 998, 999, 1009 (de Areios); *Poetae latini minores*, IV, AEM BAEHRENS, Teubner, Leipzig 1882, pp. 191-240.

2. *De praescriptione haereticorum*, 39, 2-3.

3. *Epist.* 53, 7.

dramática y de premura apostólica como aparece reflejado en la obra literaria de Proba.

El centón pagano únicamente podría justificarse como un juego del espíritu, que procuraba a personas de lecturas bien asimiladas la impresión agradable de un contenido inesperado, expresado en palabras sencillas. Venía a ser como la maravilla de descubrir un panorama diferente, asomándose a la ventana de costumbre.

Su interés radica únicamente en su efecto de sorpresa, hallándose rodeado, por lo demás, de un ambiente de poca estima a pesar de su estilo burlesco, de impacto momentáneo. Por su propia composición tenía una vida efímera, ya que su naturaleza artificiosa tendía inexorablemente a reaparecer. Su vivacidad no podía durar sin dejar tras de sí una borrosa traza de algo aburrido. Ausonio había entrevisto con agudeza este peligro. Aquel picotear expresiones y tratar de unirlas entre sí, con esfuerzo, venía a ser una clara denuncia de impotencia.

2. *La nueva actitud de los cristianos*

Era, por el contrario, muy diferente –a este respecto– el espíritu que movía a los cristianos, sobre todo a sus representantes más conscientes. La nueva doctrina predicada por Jesús había sido una «buena noticia», y, después de la resurrección, Él había conferido a sus discípulos la investidura oficial para hacerles sus heraldos ante todos los pueblos de la tierra (Mt 28, 19; Mc 16, 15; Lc 24, 47-48; Hch 1, 8), para predicar a todos el mensaje que les había confiado. Pero todo anuncio implica un lenguaje y todo lenguaje una eficacia capaz de suscitar la escucha y de hacer brotar la adhesión. Era ya una experiencia muy difundida la de que toda comuni-

cación verbal tiende fácilmente a apagarse y a oscurecerse. Así las palabras resbalaban por la superficie de la mente, sin penetrar en ella y, por tanto, sin fecundarla hasta el punto de hacer brotar una respuesta.

Aplicando un juego de palabras que en los Padres griegos se emplea con bastante frecuencia, hacía falta que el *logos* (la palabra) llegase a ser el conductor adecuado del *Logos* (el Verbo). A primera vista esta tarea no se presentaba difícil, ya que en la cultura clásica se venía trabajando desde hacía varios siglos, profundizando en los tesoros del ingenio humano, precisamente con la finalidad de hacer de la palabra el más lúcido, penetrante y elegante instrumento de persuasión.

Había llegado hasta el punto de saber tratar con extraordinaria precisión cualquier tema, graduando y diversificando los tonos con maestría insuperable.

Esa perfección expresiva del lenguaje estaba sólo aparentemente a disposición del cristianismo, ya que la cultura que la había producido, la había marcado íntimamente con su impronta, vinculándola inseparablemente a su propia esencia. Parecía una forma constitutivamente unida a un contenido determinado: ¿era posible que, surgida de un sistema concreto de ideas teológicas, morales, filosóficas, sociales, pudiese ser separada del mismo sin perder frescor y ductilidad y ser adaptada para servir de vehículo de un mensaje distinto? ¿Aquel espléndido arte de la Retórica era neutro o estaba ya definitivamente predirigido?

Las respuestas se dividieron, naturalmente, como en todos los grandes dilemas, entre los que consideraban como deber el rechazo en bloque de un patrimonio que estimaban constitucionalmente contaminado, y los que juzgaban que todas las lenguas estaban abiertas a cualquier corriente de opinión y susceptibles de adaptarse a cualquier concepción de la vida y del mundo.

A esta segunda alternativa, más vulnerable en el plano del sentimiento, pero más valiente en el plano de la racionalidad, pertenecía el futuro: la realidad diaria de la existencia, dejando a un lado los extremismos abstractos, sugería las soluciones más prudentes. La necesidad de la defensa planteada por las contingencias históricas, la necesidad de la profundización, sea exegética o teológica, que brotaba de la obligación de comprender mejor el mensaje para difundirlo mejor, las exigencias de la polémica contra los adversarios, tanto paganos como judíos, que desacreditaban la nueva doctrina, la necesidad de penetrar en las almas de los fieles para estimularles a una práctica cada vez más pura del nuevo modelo de vida, inclinaban a tratar de hacer de la espléndida civilización clásica una aliada en vez de una adversaria. La exigencia que se les presentaba era más que la de intentar destruirla –prospectiva que a la mayor parte les pareció, más que monstruosa, inviable– la de asimilarla, previa una etapa de depuración.

Fue un proyecto que, iniciado ya en el siglo II, se desarrolló durante el III y desembocó en un maravilloso florecimiento en el siglo IV. Los grandes obispos, de esta época, compitieron victoriosamente con los más famosos sofistas y retóricos contemporáneos en el uso brillante de la palabra: el clasicismo se desposaba con el cristianismo en una unión que se vislumbraba fecunda en sabrosísimos frutos. Se trataba de un acuerdo inspirado por el afán de apostolado, pero no sólo por ello; se intuyó, por lo menos por los espíritus de percepción más aguda, que la encarnación no se agotaba con la unión del Verbo con la carne humana, sino que continuaba con su inserción en la cultura humana. Había que bautizar a las personas, pero, al mismo tiempo, a su civilización.

Esta tarea –una de las más grandiosas y difíciles de toda la historia humana– se articuló en una multiplicidad de formas y de niveles: se actuó, desde los ámbitos más vistosamente superficiales a los más discretamente incisivos; desde los más personales a los más conceptuales desde el punto de vista especulativo. Se abordó desde la gramática al léxico, desde la métrica a la oratoria, desde la retórica a la imitación, desde las citaciones a los plagios... hasta llegar al centón.

Este último procedimiento literario, al menos en sus realizaciones más serias y comprometidas, no hubiera sido pensable fuera de aquel ambiente: no era renunciar a la propia originalidad expresiva, era tratar de conquistar la ajena; no eran actos de abandono por parte de sabios incapaces, sino una afirmación original de teología. La teoría de las «semillas de verdad» que Justino [4] había propugnado, sosteniendo que el *Logos* había esparcido partículas aisladas de verdad incluso en la cultura pagana, volvía a ser propuesta con una demostración específica: no sólo los clásicos habían descubierto elementos de verdad, sino que eran también capaces de expresarla íntegramente; habían sido sus precursores intermitentes, pero si se recurría a ellos con inteligencia, podían llegar incluso a ser capaces de convertirse en heraldos, más o menos completos, de aquella verdad.

3. *El centón cristiano*

El centón constituía una tentativa de hacer del clasicismo una especie de Antiguo Testamento rudimentario

4. I *Apol.* 5, 4; 44, 10; 46, 2; II *Apol.* 8, 1-3; 10; 13, 2-6.

en potencia; elevaba a Cristo sobre un majestuoso pedestal, colocándolo como meta implícita de aspiraciones reales, aunque inconscientes, e invitaba a una adhesión al cristianismo a aquella aristocracia de la sangre y de la cultura, que manifestaba un rechazo, en el cual se mezclaban orgullo de casta y jactancia de tradiciones.

No resulta, por tanto, casual que Proba, que dio comienzo al centón cristiano en Roma, llevándolo al culmen más elevado del arte, hubiese vivido en la segunda mitad del siglo IV (entre el 360 y 370); ni que Eudocia –emperatriz de Bizancio que llevó este género literario al mundo de lengua griega– viviese hasta la segunda mitad del siglo V († 460). Fue el momento decisivo del paso del paganismo a la fe cristiana. Hubiese sido absurdo imaginar este hecho cuando uno de los dos era demasiado débil; en el fondo era una alianza y requería un equilibrio de fuerzas entre ambos. El centón siguió su curso a lo largo de los siglos, pero adquirió preferentemente un carácter biográfico, político, laudatorio y satírico; la inspiración cristiana podía destacar sólo en la dirección indicada: facilitando la confluencia del mundo greco-romano en el cristianismo.

4. *El autor de la «Pasión de Cristo»*

Si éste es el ambiente en el cual se desarrollaron los centones más vitales, en las dos mitades del Imperio, es también el ambiente en el que debió brotar el *Christus patiens* que en cuanto a vigor vital, superó sin ninguna duda a todas las composiciones [5] del mismo

5. Esta composición se distingue netamente, incluso de las mejores producciones similares de Proba y Eudocia, por la vigorosa

género. Los manuscritos –como lo ha sólidamente confirmado A. Tuilier, en los estudios preparatorios de su edición crítica– lo atribuyen en plena concordancia a san Gregorio Nacianceno. Contra tal paternidad se elevaron protestas diversas, comenzando por la de G. Leowenklau, en 1571, y se desarrollaron múltiples motivos de contestación [6], que, si no llegaron a imponerse con carácter exclusivo, consolidaron, sin embargo, una especie de *communis opinio*, la cual arrastró a toda la numerosa serie de los «especialistas genéricos»: por este motivo se transmite de manual en manual la tediosa repetición de que el drama tendría que ser fechado en el siglo XII.

Ahora bien, en un examen atento de la obra, nada sugiere la posibilidad de tal fecha de composición, más aún, ninguna de las objeciones suscitadas se manifiesta consistente frente a una crítica sólida y abierta; todas las indicaciones internas de la tragedia confluyen en la época señalada en los manuscritos, y las características artísticas y psicológicas parecen coincidir, con admirable precisión y exactitud, con la personalidad genial y vibrante de Gregorio Nacianceno.

Estas afirmaciones, desgraciadamente, no pueden tener aquí la confirmación documental debida, a causa del carácter de la Colección, que no se compagina con introducciones y notas excesivamente eruditas que deberían tener su lugar apropiado en otro tipo de publi-

amplitud del planteamiento constructivo y por el aliento teológico que se encuentra en el fondo: las dos poetisas se limitaban a breves cuadros, de pocos versos cada uno y de carácter meramente narrativo y conmemorativo.

6. Para una recensión detallada en su sucesión diacrónica véase F. TRISOGLIO, *Il Christus patiens: rassegna delle attribuzioni*, en «Rivista di Studi Classici», XXII (1974), pp. 351-423.

caciones. Por el momento, no nos queda otra solución que remitirnos a cuanto ha sido señalado por Tuilier.

El problema de fondo, constituido por el encuentro entre cristianismo y clasicismo alcanza su período álgido, creativo, en el siglo IV, que culminó con una disposición legislativa aberrante: la prohibición de Juliano a los cristianos de estudiar oficialmente las literaturas clásicas (27-VI-362).

Aunque el apasionado emperador pasó como un meteoro fugaz, que desapareció el 26 de junio del 363, junto a las orillas del Tigris, sus medidas suscitaron reacciones inmediatas.

Los dos Apolinares versificaron, con adaptación a los géneros literarios griegos, los textos más significativos de la Biblia: era como realizar por la propia autoridad, apoyados en el derecho natural, lo que había sido prohibido con prepotencia, por la ley de un emperador sectario. Pero hubo también una respuesta más irónicamente sarcástica: a quien había prohibido leer los clásicos a los cristianos, un literato de cultura amplísima, de refinada habilidad versificadora, de espíritu exquisitamente humorista, le replicó componiendo un drama [7], sobre la pasión y resurrección de Jesús –el núcleo central del cristianismo– mediante versos y expresiones de trágicos griegos y, sobre todo, de Eurípides, que entre aquéllos era entonces el más popular.

Los «Galileos» demostraban con despreocupada insolencia que eran capaces de exponer a Mateo, aborrecido por Juliano, en la lengua de Eurípides; más aún,

7. El aspecto de la peculiaridad singular del *Christus patiens* queda subrayado por el hecho de que el teatro profano de Bizancio fue el heredero y continuador del teatro romano (mimo y pantomima), y no se puede vincular al teatro griego antiguo.

¡que podía parecer que hubiese sido el mismo Eurípides quien lo hubiese escrito!

He ahí dónde terminaba el abismo de incompatibilidad proclamada con énfasis por el monarca teólogo: él se jactaba de ser el único heredero legítimo del helenismo, que contraponía frontalmente al cristianismo de Gregorio, el condiscípulo-rival de Atenas, en donde se habían conocido con una inmediata repugnancia recíproca. Todo ello daba testimonio de hasta qué punto era posible una finísima incrustación de las dos culturas, en una fusión unitaria, que decidía el triunfo del cristianismo, aunque sin renunciar a los luminosos valores formales de la literatura clásica.

Era la verdad y la soteriología del cristianismo combinadas con el arte del más vital de los poetas griegos. Gregorio Nacianceno, el teólogo por antonomasia, componía una obra de densidad excepcional; el poeta más fluido y más preparado técnicamente entre todos los Padres realizaba un ensayo en un tipo original de poesía; el espíritu más inquieto y sensible entre los ilustres obispos griegos desahogaba en la redacción de una tragedia su apasionada emotividad.

Personalidad extraordinariamente original, fue atraído por una enorme erudición literaria hacia el pasado, con el que compartía los cánones de una aristocrática belleza; pero esta actividad no le impidió captar los interrogantes más vivos del presente, ni percibir los fermentos iniciales de procesos que sólo en el futuro llegarían completamente a desarrollarse [8].

8. El dodecasílabo que caracteriza al trímetro yámbico del *Christus patiens*, se inserta en una progresiva transformación de la naturaleza del acento griego, cuyos efectos resultan bien visibles en la versificación de Babrio, con el consiguiente oscurecimiento del

5. *La teología del drama: la encarnación*

Lo que impresiona a más de un lector suficientemente informado es la riqueza de un contenido teológico sólido, ya que se halla estructurado con lúcida coherencia en todas sus partes y, concretamente, que está vitalmente vinculado con las luchas y los esfuerzos a través de los cuales la verdad va poco a poco emergiendo. Ni el género literario, que por su propia naturaleza se inclinaba hacía lo patético, ni el tema específico, que tendía a exasperar lo patético al extremo, favorecían a una tal vigorosa armadura conceptual, que fue, sin duda, resultado de la especial mentalidad del autor; una de cuyas peculiaridades más evidentes resultaba ser la límpida amplitud del horizonte que abarcaba su visión.

Los pesados defectos técnicos de estructura del drama, aunque están muy lejos de poder ser conside-

valor métrico de las sílabas, y con la difusión de la poesía siríaca medida según el número de sílabas; el período de mayor fulgor del drama bíblico siríaco, que tuvo en Antioquía su centro de irradiación, coincide con los siglos IV-V. Para un «escenario» bizantino sobre la pasión, especie de sermón en acción y de relato evangélico representado, en vez de predicado, véase A. VOGT, *Études sur le théâtre byzantin, I: Un mystère de la Passion;* en «Byzantion», VI (1931), pp. 37-74, el cual, después de una sucinta introducción, transcribe el texto griego y la traducción francesa; en relación con otro «escenario» que presenta la conversión y el martirio a través de mimos, y que se remonta a finales del V o al VI siglo, se puede ver la segunda parte del artículo de VOGT en «Byzantion», VI (1931), pp. 623-640; para un ciclo de 12 himnos sobre la Natividad, atribuidos a Sofronio, patriarca de Jerusalén (634-638), y caracterizados por un destacado contenido dramático, cf. E. WELLESZ, *The Nativity drama of the Byzantine Church*, en «Journal of Roman Studies», XXXVII (1947), pp. 145-151.

rados como correctos, resultan al menos compensados por la grandiosa problemática que, con frecuencia, abre inmensos horizontes en escenas, por lo demás excesivamente reiterativas.

La «pasión» para nuestro poeta no es un episodio más en la vida de Cristo, es, por el contrario, la síntesis que implica y reclama continuamente la «encarnación», la cual, a su vez, viene encuadrada en el extraordinario proyecto de la «economía», o sea, del plan de salvación, concebido para el hombre por Dios desde la eternidad y actualizado progresivamente a partir de la caída.

En relación con este plan, que se realizó en la «redención», el escritor establece la plena gratuidad, afirmando que no era de hecho necesario que el Verbo se hiciese hombre y muriese, para rescatar lo que se había perdido (pról. 19-23).

Esta modalidad de la redención, vino a ser de hecho, indispensable como consecuencia de las promesas libremente hechas por Dios a Abraham (vv. 202-204), a los Patriarcas y a los Profetas (vv. 1368-1371) y por la conveniencia de que el Hijo no limitase la propia glorificación a los himnos de alabanza de los ejércitos celestiales, sino que hiciese conocer también en la tierra su bondad, para ser, también aquí, justamente adorado (vv. 1658-1660); y, de esta forma, aunque permaneciendo el Dios en los cielos (v. 2030) y permaneciendo en la plenitud de su ser junto al Padre, así como habitaba en la misma plenitud en todo el universo, el Verbo sin carne se hizo un cuerpo mortal, habitando en el seno de la Virgen (vv. 2405-2408). El hombre, inserto en semejante prospectiva, de minúsculo fragmento del cosmos venía a encontrarse en el centro de todo por el único mérito de su pecado: creado mediante una intervención directa

de Dios, después de su caída vino a ser recreado mediante otra iniciativa en la cual Dios se comprometió mucho más a fondo: comunicándole el ser, Dios exaltaba su propio poder; al redimirlo humillaba su poder; en el primer momento, estaba rodeado por la gloria de dar la vida; en el segundo, por el horror de perderla.

La encarnación constituía un programa de restauración, pero no por ello privado de majestad; más aún, si el plan primitivo de conducir directamente al hombre del Paraíso terrestre al Cielo, magnífico en sí mismo, había sido frustrado por la serpiente a través de una mujer, Dios, al derrotar al pérfido adversario, utilizó una retorsión burlesca, en cuanto que, precisamente, otra vez a través de una mujer, restableció el camino original hacia la felicidad divina (vv. 570-583). Fue una espléndida revancha: mediante ella Dios confirmó su soberana excelencia, demostrando que no existían obstáculos para su actuación, que se desarrollaba según criterios que trascendían las fuerzas humanas previsibles (vv. 1130-1133).

Cristo, nombre que se viene usando significativamente como sinónimo equivalente a Dios, aparece como el dominador de la historia y, también, de las vicisitudes de cada época (cf. por ejemplo, los vv. 1457-1459): colmó de beneficios a los israelitas de una época, y desearía continuar ahora socorriéndoles de otras formas (vv. 1717-1718); les envío profetas (v. 1719) cuyo inspirador fue Él (v. 1689); les liberó de una insoportable esclavitud (v. 1721); les otorgó triunfos sobre sus enemigos (vv. 1722-1726) y les favoreció con anticipaciones tipológicas que trataban de hacer fácil la acogida de la revelación mesiánica (vv. 1387-1388: sacrificio de Isaac; vv. 1400-1401: Jonás durante tres días, en el vientre del monstruo marino).

Fue una constante y orgánica labor de preparación la que Dios realizó con el pueblo predestinado: sus intervenciones fueron, simultáneamente, circunstanciales e identificables, oportunas y discontinuas: en todas las curvas del camino estuvo presente para señalar la ulterior dirección.

Atrajo e invitó a una gente elegida y contestataria, que de una elección gratuita tomó ocasión para una renovada resistencia. Fue el caso más trágico que los anales humanos habían registrado de una vocación a la grandeza obstinadamente rechazada.

Cuando la pedagogía divina, con su paciente lentitud, hubo facilitado al máximo la comprensión y la aceptación del mensaje salvífico, entonces, tras haber constatado que la ley y los profetas durante largos siglos no habían encontrado ningún desenlace positivo (vv. 1729-1730), vino el mismo Hijo de Dios, el cual, aun permaneciendo Dios, unió a su propia naturaleza la de hombre (vv. 1535-1536; 1638), viniendo a ser por antonomasia el ser «de dos naturalezas» (v. 1795). En la tierra sufrió una muerte objetivamente injusta (pról. 13; v. 1821), contraria a cuanto se podía racionalmente predecir, y, sin embargo, conforme a las profecías que habían sido anunciadas sobre Él (vv. 1823-1824); en el propio sacrificio hizo confluir admirablemente su libre decisión (v. 1923) y la sumisión plena al querer del Padre (vv. 1207-1208; 1515).

La autenticidad de la resurrección fue documentalmente atestiguada por las diferentes comprobaciones de las piadosas mujeres (vv. 2120-2124; 2412; 2419; 2443), de la Virgen (vv. 2422-2423; 2426) y de Pedro y Juan (vv. 2417; 2428-2430; 2462-2463). También fue confirmada por los centinelas de la guardia del sepulcro (vv. 2210-2218; 2245-2261) los cuales, como irónicamente había presentido la Virgen (v. 1911), habían tratado en

vano de tergiversar los hechos con la versión absurda del hurto nocturno del cadáver, que Pilato había desmontado desdeñosamente (vv. 2305-2329; 2342-2345; 2356-2364; 2374-2375). De esta forma, en el espacio de un día Jesús obtiene una victoria aplastante sobre los infiernos, sobre la serpiente y sobre la muerte (vv. 1527-1528; 1530; 1643-1646; 1731-1739).

Destruyendo definitivamente el poder de los tiranos que tenían esclavo al género humano, aportó a todos la verdadera y plena libertad (vv. 1384-1386; 1732-1739); por disposición de la Providencia con su muerte liberó a nuestra estirpe de la muerte (vv. 1521-1525; 1640-1642), donándonos la vida (pról. 23; v. 1914). Él es el inmortal vencedor de la muerte (vv. 426-427), que con su muerte nos hace inmortales (vv. 928-929).

Los efectos espirituales de su actividad redentora parecían como si emanasen de la misma condición de su cuerpo que, aun cuando era genuinamente humano como el nuestro, poseía, sin embargo, una cualidad que le traspasaba de divinidad. De hecho, Cristo, hijo inmortal de un progenitor inmortal (v. 1925), aunque sepultado como un cadáver tras una piedra, sin embargo quebrantó las piedras haciendo resurgir los cadáveres que tras ellas habían sido sepultados (vv. 1500-1503); recibió la usual unción de perfumes, como frágil defensa contra la corrupción aunque Él no estuviese, por ningún motivo, sometido a la misma (vv. 1920-1921), y en el momento de la resurrección transformó su cuerpo hasta el punto de hacerlo afín con el Padre (v. 1533).

Una vez terminado el período de la vida terrena, inauguró la época histórica de la Iglesia, enviando al mundo a los apóstoles –a los cuales aseguró la asistencia del Espíritu Santo– para que predicasen por todas partes su Evangelio y su resurrección, en la certeza de un éxito triunfal (vv. 2512-2521); como un sello de gracia y de

poder les confirió la prerrogativa divina de perdonar o de retener los pecados (vv. 2528-2531). Él, que había tenido la misión específica de revelador supremo de las verdades arcanas (v. 1867), iba a continuar, a lo largo de toda la serie de generaciones, su función de maestro de los divinos misterios en medio de las comunidades fundadas por Él, por todas partes (v. 1563-1564), hasta que concluyese la era del tiempo con la segunda parusía, en la cual vendría a aparecer como juez (v. 508).

6. *María*

Si Jesús es el protagonista absoluto en el campo dogmático, y ocupa toda la escena en el drama de la salvación, María es la protagonista en el campo teatral, y dominadora en el de la intercesión: al único Hombre-Dios se contrapone la única Virgen-Madre. Se trata de una figura extremadamente rica y compleja: la milagrosa síntesis de los dos ideales incompatibles, en los cuales se sublima a la mujer, no viene a ser más que el primer plano de una apertura hacia otras combinaciones aparentemente irreductibles: fe y turbación; revelación y oscuridad; coraje y abatimiento; racionalidad y pasión... en ella se enfrentan con vehemencia la conciencia de ser madre de un hombre y la de ser madre del Hijo de Dios.

Su maternidad virginal se halla en relación recíproca con su maternidad divina: la primera garantiza la segunda, y la segunda desarrolla la primera. Toda eventual duda sobre una posible ilusión se desvanece inmediatamente por una experiencia, que nacida del alma, se ha hecho realidad en el propio cuerpo.

Los dos atributos de su maternidad son, también, dos motivos que sostienen y avivan el drama: de un

extremo al otro ella no se cansa de repetir, en alta voz, en toda ocasión, su intacta pureza, su virginidad física y espiritual, su alejamiento integral de cualquier goce sexual, su parto milagroso, su vocación comunicada por un ángel y nacida de un eterno proyecto de Dios. Como madre de aquel Hijo, que tiene a Dios por padre, establece entre las dos generaciones un paralelismo que de simplemente narrativo tiende a transformarse en causal; de hecho, por el modo mediante el cual el Padre engendró al Hijo «al margen de cualquier derrame», ella lo engendró, aun permaneciendo casta, sin derrame de semen viril (vv. 512; 1544-1545). Su parto fue un parto por el fruto, sin serlo por las modalidades (vv. 62-63): si la malicia humana puede desahogarse en vulgares calumnias (vv. 1360-1361; 1551-1553), toda malignidad se hallaba destinada inmediatamente a desvanecerse frente a su predestinación sancionada antes de los siglos (v. 1346), la alimentación prodigiosa de la mano de un ángel (v. 1350), la tutela jurídica del matrimonio (vv. 1351-1354) y su firmísima autoconciencia (v. 428).

La intacta clausura de su sello virginal que confirmaba lógicamente, con el milagro del parto el de la concepción, se destacaba como símbolo en los momentos decisivos de la vida de Jesús; del mismo modo, Él salió del sepulcro sin romper los sellos y entró en donde estaban reunidos los discípulos, la tarde de Pascua, sin forzar las puertas (vv. 2393-2400; 2500-2503); el nacimiento venía a ser como una profecía de la resurrección, cuyo poder extraordinario confirmaba el carácter extraordinario de aquél: Jerusalén daba testimonio indudable de Nazaret y Belén.

Si Jesús domina con inmenso relieve el destino del hombre, María, con luz refleja, pero sin embargo brillante, y encuadrada en los parámetros de las simples

criaturas, se coloca en el polo contrario al de Eva: las dos madres; la del llanto y la de la alegría. La Virgen viene a ser también eje de la historia; ella está subordinada y vinculada a Él, ciertamente, pero tal subordinación y tal vinculación constituyen precisamente las únicas raíces de su verdadera grandeza. Gracias a ellas, viene a ser la Señora de la humanidad (v. 1987), la segura propiciatoria del perdón aun para las traiciones más graves (vv. 817-823), la embajadora permanente ante el Verbo (vv. 2570; 2588-2589), la salvación suprema para todos (v. 2602). María se nos presenta como la cumbre de la humanidad, aun estando en la humanidad firmemente enraizada. Ella tiene nuestra misma sensibilidad fácilmente impresionable y agitada por los vientos de nuestras mismas pasiones *, pero se encuentra incomparablemente por encima de nosotros por la pureza y por la fe; igual a nosotros, por naturaleza, nos supera más allá de toda medida por gracia y por derecho de acceso al Padre (vv. 1434-1435): ella tuvo el valor de aceptar una vocación que la habría aplastado bajo el peso de su admirable preeminencia.

Cristo es el Redentor, María es la embajadora... Sería, sin embargo, equivocado deducir de ello una especie de idílica legitimación universal, que vaciase la esencia del pecado en una desembocadura universal y automática en el Reino de Dios.

Aquel Hijo y aquella Madre que por los hombres soportan sufrimientos mortales, integran con lúcida

* Esta afirmación del Prologuista debe entenderse en el sentido de que aunque la Santísima Virgen estuvo exenta de la concupiscencia –al haber sido concebida Inmaculada– que inclina al hombre al pecado, conservó, sin embargo, la sensibilidad propia de la naturaleza humana, en todo aquello que no supone desorden, ni desequilibrio interior de las pasiones. (Nota del Editor).

seguridad la misericordia con la justicia: castigo y perdón, rescate y ruina se equilibran en sus palabras, en una firme valoración moral que no hace concesiones a ningún irenismo dulzarrón.

7. *Jesús juez*

El tema del castigo de Judas, del pueblo judío y específicamente de sus jefes y de todos los enemigos de Jesús, en general, en el *Christus patiens* está fuertemente subrayado y reiteradamente puesto de manifiesto.

La Providencia es salvación y condena, como Jesús es juez. No existe ni sombra de determinismo en este ofrecimiento universal de salvación; Jesús muere por los hombres, pero no les coacciona; hace de Judas un apóstol, pero no un elegido; inundó a su pueblo de milagros, pero le dejó precipitarse en la más terrible catástrofe de la historia.

El Calvario es fuente de salvación, pero el principio decisivo de su aplicación es la libre voluntad de cada uno. Frente al protagonista divino se levanta el protagonista humano; el infinito poder de Cristo, que quebranta las puertas del infierno y destruye sus ejércitos (vv. 1505-1529; 1735-1737), no impide a Judas, al que había hecho inmensos beneficios (vv. 273; 293; 302-318), la caída en el torrente de fuego (vv. 235; 1699).

Tanto el apóstol infiel como el gobernador pusilánime, aunque por caminos diversos, acabarán por contribuir a la muerte del Hijo de Dios y ambos sufrirán sin indulgencia, el castigo merecido (vv. 1407-1433; 1690-1699). Pero más terrible todavía será el castigo que descargará sobre los judíos (vv. 431-432; 747; 1202; 1410); aquellos que no murieron inmediatamente víctimas del hierro o del fuego, arrancados de su tierra

patria, anduvieron errantes, desterrados por todos los paises extranjeros (vv. 254-258; 1560-1562; 1575-1586; 1668-1684; 1700-1711).

La historia de la salvación, aunque tiene motivaciones, ritmos y fines metahistóricos, tiene, sin embargo, reflejos y repercusiones en la historia general.

El pueblo judío, como personalidad colectiva *, y Judas, como persona individual, son los prototipos del no a la invitación de Cristo. Es un rechazo que surge de una libertad de elección envenenada por las pasiones; la envidia constituye la incitación, continuamente reafirmada, que ha desviado a los judíos colocándolos como adversarios, en la absurda tentativa de destruir también el segundo plan de Salvación. Fue una envidia que fermentó hasta un odio feroz (vv. 389-390), que se desahogó con toda clase de crueldades, de perfidias y de mentiras; se descubre el acostumbrado proceso de un orgullo penetrado de rencor que acaba por hundirse en la más degradante e inaceptable vulgaridad. En cuanto a Judas, asistimos a su pasivo dejarse caer en el abismo de la destrucción; la traición no viene a ser más que el acto final de un síndrome en el cual se entrecruzan los remordimientos de la avaricia, una tétrica resignación ante el desastre, una abúlica desesperación del perdón (vv. 220-248), la pérdida de la fe, ya muerta hace tiempo (v. 329), que le había dejado en el fondo del alma un sedimento de rencor y de envidia (v. 1425);

* Para determinar el grado de responsabilidad colectiva del pueblo judío, en el hecho de la crucifixión de Cristo, es conveniente ponderar las matizadas expresiones del Concilio Vaticano II, en la declaración *Nostra Aetate*, sobre las «Relaciones de la Iglesia con las Religiones no cristianas» (nº 4), así como el autorizado comentario del Card. A. BEA, sobre *La Iglesia y el pueblo judío*, editado en castellano por Ed. Península, Barcelona 1967. (Nota del Editor).

se convirtió en «infiel sin Dios, inicuo, sin justicia» (v. 1437), y se dejó dominar con una torpe y agitada pasión por el dinero, que se le presenta como una alternativa respecto de Dios (v. 1438). Era su decisión última y fue definitiva: rechazó la posibilidad de misericordia con una voluntad contumaz de perdición.

La estructura ascético-moral del *Christus patiens* consiste en la respuesta al llamamiento divino, respuesta que surge de la más libre autodeterminación personal; la repulsa no viene marcada tanto por el pecado, casi intrínseco a la fragilidad humana (v. 818) cuanto por el rechazo del arrepentimiento (vv. 241-243; 1439-1440); el pecado clama la redención; el rechazo del arrepentimiento la repele; no el pecado, sino únicamente la libre opción de aceptar o rechazar la misericordia de Cristo es lo que separa a Pedro de Judas. La libertad es hasta tal punto constitutiva del hombre que viene respetada hasta por el mismo Dios (vv. 262-264); la libertad puede actuar como impedimento directo frente a la vocación a la salvación (vv. 249-250; 339); Dios no quiere ser un tirano, ni siquiera tratando de imponer los máximos dones (v. 251). Se trata de un diálogo impresionante, en el que no falta una sorprendente paridad de posiciones.

8. *La redención*

La contraposición es una catástrofe, por ser una necedad, mientras que el confiarse gozosamente al Padre es salvación (v. 2040); todo el drama pone de manifiesto que su objetivo es la redención. La historia es el lugar en donde los pueblos se deciden en sentido afirmativo o negativo; los judíos atormentaron con toda clase de sufrimientos a Jesús y al final lo llevaron a la muerte, mientras muchos paganos, que creyeron en Él

y fueron bautizados (Mc 16, 16), afrontaron, por su amor, toda clase de privaciones y austeridades en la vida monástica y no temieron la muerte soportando el martirio (vv. 1741-1749). La vida individual es, por el contrario, el espacio durante el cual se dividen frente a Él las personas; los adversarios, destinados a un estéril fracaso y al castigo de una racionalidad malgastada, pueden disimular su error de dirección con un abúlico adormecimiento de la conciencia, que recuperará su sensibilidad en medio de una espantosa turbación, cuando ya sea demasiado tarde (vv. 1888-1894); los discípulos fieles, por el contrario, imitarán sus ejemplos, practicando una sincera caridad y amistad, practicando la debida continencia (vv. 1801-1804) y santificándose con una pureza espiritual que se corona con todas las virtudes y realiza la verdadera sabiduría (vv. 1140-1147). Modelos perfectos de esta dedicación total a Cristo fueron los dos Juanes, que llegaron a ser los más próximos por relaciones de familia y por intimidad: Juan el Bautista, campeón insuperable de la más dura penitencia (vv. 1392-1399), y Juan el Evangelista, que, apoyado, en la más dulce intimidad, sobre el pecho del Maestro, allí tuvo, como quien se asoma a un abismo, muchas intuiciones llenas de sabiduría (vv. 1762-1765). Juan el Bautista fue el primero que le reconoció; Juan el Evangelista el que le comprendió más a fondo; la Magdalena, con su audaz amor, dispuesta a superar todo obstáculo y todo peligro fue la primera que le volvió a ver después de la resurrección (vv. 1997; 2094).

Si es cierto que el seguimiento de Cristo lleva consigo peligros y persecuciones (vv. 1941-1942), se encuentra, sin embargo, suavizado por la esperanza de los espléndidos dones que trae como recompensa (vv. 1947-1948; 1964-1967; 1970-1975; 1977-1978). Permanecer junto a Él es gozosa exuberancia de vida (vv. 1827-

1828); mientras que vivir lejos de Él, estar en pecado, resulta deforme deterioro de envejecimiento, a partir del cual sólo es posible recobrar la fuerza de la juventud, mediante la purificación por Él concedida (vv. 937-943).

El pecado, además de ser algo malo, es también seducción vana, engaño destinado a disolverse en la desilusión, ya que el mal no tiene realidad, y se pierde en la nada (vv. 2164-2165). El máximo anhelo de un espíritu iluminado debe ser, por tanto, el de expiar los propios pecados durante la vida terrena para no caer en el infierno (vv. 2555-2556).

El *Christus patiens* es, por tanto, un drama que recoge la trama del relato evangélico, la penetra de un fuerte *pathos* y la profundiza con amplios horizontes de naturaleza conceptual. Fe y razón, exégesis e introspección se entrelazan en un proceso argumental vivo, cuyo valor artístico se encuentra comprometido únicamente por la falta de medida en el tono y por una pesada sobrecarga en la estructura de la obra.

El mensaje que proclama ha sido agudamente concretado por el Autor en aquello que es esencial del cristianismo: en el momento de la caída original, Dios viene en ayuda con la promesa de una redención que, reafirmada por los Profetas a lo largo de las generaciones, en la plenitud de los tiempos encontró su realización en el nacimiento milagroso del Hijo de Dios, por obra del Espíritu Santo, en el seno castísimo y virginalmente intacto de la Virgen Madre. Pero la envidia del demonio y de los judíos hace estériles los innumerables milagros de Cristo el cual, al final, se sometió voluntariamente a la muerte, después de haber asegurado que resucitaría al tercer día; aunque esta afirmación cae indiferente y desaparece en el corazón de los discípulos, fue, sin embargo, acogida con una fe inquebrantable en el corazón de María y en el de Juan.

El *Christus patiens* renueva con apasionado afecto el hecho histórico sucedido durante la vida de Jesús, pero hace vislumbrar también lo que sucederá, místicamente, en todas las épocas de la existencia de los cristianos y de la Iglesia. Siempre se realizará una crucifixión, pero será seguida también de una resurrección; todo consiste en tener los ojos bien orientados con intrépida fe, hacia la luz deslumbrante del tercer día. Se trata de revivir los supremos misterios de Jesús con los mismos sentimientos de María. La fe es la gran bandera que ondea victoriosa sobre los mástiles del drama.

* * *

La presente traducción ha sido realizada sobre la edición preparada por A. TUILIER, publicada en la colección *Sources Chrétiennes*, n. 149, París 1969, fruto de amplias y cuidadas investigaciones sobre los manuscritos y transcrita con gran exactitud, fuera de ciertas reservas que se le puedan objetar en aspectos secundarios.

Gregorio Nacianceno

LA PASIÓN DE CRISTO

Argumento dramático, a la manera de Eurípides, compuesto por nuestro santo padre Gregorio el Teólogo, acerca de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo por nosotros y de la pasión que sufrió por la salvación del mundo.

PRÓLOGO

Dado que tras haber oído poesías con ánimo religioso quieres escuchar ahora exhortaciones piadosas poéticamente formuladas, préstame benévola atención. Me propongo narrar, al modo de Eurípides la pasión que nos hizo salvos. 5. Por aquí vendrás a conocer numerosísimos relatos acerca del misterio puesto en boca de la joven Virgen Madre y del discípulo amado del Maestro. Pues, en primer lugar, te presentaré a la Virgen en el trance de la pasión con lamentos propios de una madre [1]. 10. Llora ella por lo que desde el origen

1. Se subraya con fuerza la autenticidad de la maternidad de María, para oponerse implícitamente a los valentinianos, quienes mantenían que Cristo había pasado a través de la Virgen siéndole tan ajeno como el agua al tubo por el que corre. A su vez, contra el arrianismo y el apolinarismo el punto cristológico capital era el de defender que la humanidad de Cristo era no sólo real, sino consustancial con la nuestra, pues había sido engendrada por María. Hasta qué punto estas herejías herían la fe y la sensibilidad de los cristianos ortodoxos queda ilustrado por la anécdota referida por PALADIO, *Historia Lausíaca* 38. En ella se cuenta que en cierta ocasión se aparecieron a Evagrio Pontico tres demonios para tentarlo en su fe. El primero se declaró arriano, el segundo eunomiano y el tercero apolinarista. Mas el docto monje los derrotó a todos.

Las abreviaturas empleadas para citar las más importantes colecciones de autores cristianos son las siguientes: PG (Patrología

más remoto fue causa de la suerte fatal [2] y que constituyó el motivo por el que tomó ella el nombre de Madre del Verbo [3] al que a la sazón ve sufrir injustamente [4]. Pues si no hubiéramos sido derribados por nuestra locura, no habríamos sido condenados desde el comienzo a un fatal destino, ni nos habría arruinado la perversidad de la serpiente, ni habría entrado la corrupción por el engaño de la bestia [5], ni habríamos quedado sometidos 15. a esa suerte funesta a que nos condenó un justo [6] juicio. Para que el mal no fuera perpetuo, 20. no habría sido necesario que el Señor, dador de vida, el Verbo divino, se hiciera mortal y padeciese un fatal destino para convertir, con su amorosa

Griega de Migne), PL (Patrología Latina de Migne), GCS (Die Griechischen Christlichen Schriftsteller), CSEL (Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum), CSCO (Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium), CChr (Corpus Christianorum, Series Latina), SourcesChr (Sources Chrétiennes).

2. El autor propone desde el primer momento un tema que ha de ser uno de los ejes sobre los que el drama se articula: la íntima conexión de la pasión de Cristo con el pecado original, cuya expiación constituye. La reiterada insistencia en la expresión «suerte funesta», evitando otras facilísimas variaciones de idéntico significado, pretende llamar la atención sobre este punto.

3. Sin la caída de Adán y Eva en el paraíso terrenal (cf. Gn 3) Cristo no se habría encarnado y, por consiguiente, tampoco la Virgen habría venido a ser madre suya.

4. Fusión de 1 P 2, 19 y 21.

5. Para la bestia, serpiente o dragón cf. Gn 3, 1-5. Se trata de sinónimos que significan la personificación de Satanás, agente del mal. Cf. Ap. 12, 9; 13, 2.4.11; 16, 13; 20, 2.

6. La justicia de la sentencia pronunciada contra los hombres pecadores corresponde, en el plano jurídico, a la injusticia de los sufrimientos padecidos por Jesús, exento de pecado. Pero el plano jurídico fue asumido por la «economía» de la redención. Cf. 2 Co 5, 21.

bondad, en incorruptible lo que se había dejado corromper y para devolver la vida a la estirpe de los mortales. Si el Verbo hubiera evitado vaciarse [7] de sí mismo, 25. esta mujer no se habría configurado como Madre del Señor, ni elevaría ahora agudísimos gritos consumiéndose en gemidos al ver como Él [8] padece ahora injustamente. He aquí los personajes de mi drama: la Madre santísima, el discípulo virgen [9] y las mujeres 30. que acompañan a la Madre del Señor [10].

7. Cf. Flp 2, 7.

8. El distanciamiento del introductor del drama supone un magnífico contraste con el ardor apasionado que encontraremos inmediatamente después.

9. Es san Juan Evangelista.

10. Desde el punto de vista de la construcción dramática, son éstos los personajes esenciales, junto a los mensajeros, que aquí no se nombran, dado su carácter anónimo. María Magdalena, cuyo papel tiene una cierta importancia, queda incluida en el coro. Las demás figuras que aparecen esporádicamente, no son enumeradas, pues su función es sólo complementaria.

LA PASIÓN [1]

La Madre de Dios.

Pluguiera al cielo que la serpiente no se hubiera arrastrado por el paraíso ni en sus bosques se hubiera aposentado el astuto dragón. Pues, entonces, la que salió de una costilla, 5. la madre de este mísero linaje, no habría sido engañada, ni habría abrigado la audacia de intentar una acción tan extremadamente osada, ni el deseo del árbol habría abrasado su corazón hasta ponerla fuera de sí, ni, en fin, se habría convencido de poder obtener la divinidad [2]. Si no hubiera persuadido a su esposo para que con ella mordiera el fruto que ni siquiera en aquel momento les causó placer ninguno, 10. no habría sido expulsada del jardín de las delicias, ni condenada a padecer malos tratos y un penoso destino. Fue entonces cuando la destinada a ser madre escuchó su sentencia: sobre dar a luz con dolor, penaría en el lecho, habitaría con estrecheces 15. esta tierra de penuria junto a su es-

1. El drama parece estructurado según los esquemas de la tragedia clásica: un prólogo (vv. 1-30) y cuatro episodios (la Pasión: vv. 1-847; la Muerte: 848-1133; la Sepultura: 1134-1905; la Resurrección: 1906-2531). Dado el particular argumento de la obra se les añade una súplica a modo de conclusión (vv. 2532-2602). La desigual extensión de los distintos episodios era ya una firme tradición y un derecho conquistado en la época más brillante de la tragedia clásica.

2. Cf. Gn 3, 5.

poso y a los hijos de esta máxima perdición. Era, en efecto, conveniente, que con dolor y gemidos concibiese a sus hijos pues así no sólo se lograba que hubiera descendencia, sino que también, desde el primer momento se procuraban las necesarias reconciliaciones. 20. Tal vez por evitar la perdición del entero género humano, se decidió en su bondad el Poderoso [3] a curar, a descender a la tierra, a humanarse de forma tan inaudita y a soportar la Pasión. Si así no hubiera sido, ni yo sería la Virgen Madre, ni habría venido a saber ahora que el Hijo del cielo y de la tierra [4], 25. de purísima generación, es arrastrado a juicio. No me estremecería yo viéndole ultrajado ni me consumiría este fuego cruel, falto de brasas [5]. ¡Ay de mí! este fuego que me devora, que consume mis entrañas y traspasa mi alma como una maza poderosísima [6]. 30. Con verdad lo había proclamado así el viejo Simeón, cuando con ojos proféticos todo lo previó. Realmente, en modo ninguno es mayor [7] la salvación que cuando la mujer está de acuerdo con el marido, ayudán-

3. Este atributo referido a Dios en una personificación sustantiva es un eco evidente del *Magnificat* (cf. Lc 1, 49). No aparece en ningún otro lugar de los dos Testamentos. Cf. sin embargo Sal 44, 4 y 6 (en vocativo). Para el abstracto «Potencia» con la misma acepción, cf. Mt 26, 64; Mc 14, 62 y Lc 22, 69.

4. Estos dos adjetivos llegaron a convertirse en un binomio estable en el Nacianceno. Cf. Or. VII, 23 PG XXXV, 785 B; *Epist.* CI, 15 *Lettres Théologiques*, SourcesChr 208.

5. Locución habitual en el estilo trágico griego.

6. En Lc 2, 34-35, pasaje al cual éste se refiere, se emplea el término «espada, sable».

7. La «máxima salvación» que María atribuye aquí a la esposa sabia y fiel, será atribuida por el autor precisamente a María en el último verso de la tragedia, que, por otra parte, es rica en referencias implícitas que no sería prudente calificar de meramente casuales.

dole en todo, como es natural, 35. y no presta ocultamente oídos a los razonamientos de otro, sino que se conforma a su legítimo esposo. En cambio todo es hostil ahora y perjudicial lo que antes era favorable, pues ésta ha traicionado a su hombre, al honor de su fuerza[8]. El antiguo orgullo goza originando otro nuevo, 40. las lágrimas engendran lágrimas, sin cuento ni medida, se apresta el mal a combatir al mal y, humillada, la naturaleza[9] soberana[10] se angustia y pena los males que por doquier la rodean. 45. El continuo sucederse de insoportables males la mueve a consumirse en lágrimas. Se ve presa de las injusticias[11] del enemigo y lamenta el daño mismo de aquella madre que es causa de la desgracia, del padre que a tal madre prestó oído 50. y de todos cuantos, dispersos por la tierra, somos sus descendientes. Invoca juramentos, estrecha firmemente las manos como sólida garantía y pone a Dios por testigo, pues la desgraciada bajo el peso de su sufrimiento ha llegado a aprender cuán bueno sea no abandonar el suelo patrio[12]. 55. Mas odia el mundo y no se alegra al verlo. A tal punto ha llegado mi dolor que se ha apoderado de mí

8. Alude naturalmente a la iniciativa tenida por Eva, colaboradora del tentador, en el pecado original y a las consecuencias que con ella envolvieron también a su esposo.

9. Es la naturaleza humana, abstracción para designar a la Humanidad en su continuidad histórica.

10. Porque está revestida de la majestad que le proviene de su imagen y semejanza con Dios. Cf. Gn, 1, 26.

11. A propósito de Eva se habla de «seducción» (v. 4) porque, por parte de ella, la caída llevó consigo una cesión que comportaba responsabilidad. A propósito de la Humanidad habla de «injusticia» porque participó en las consecuencias sin haber tomado parte alguna en la culpa.

12. En este caso se trata del paraíso terrenal. Los sentimientos continúan siendo atribuidos a la Humanidad aún por rescatar.

el deseo de venir hasta aquí para narrar a cielos y tierra las desgracias que la naturaleza padece. Pues la miserable no cesa en sus lamentos 60. aun cuando da a luz sin dar a luz e incluso cuando rehuye hacerlo [13]. ¡Desventurada! De mí hablo cuando digo de ti que das a luz sin dar a luz, cosa que alguno considerará contraria a la razón. Mas yo puedo decir que he conocido un parto que no lo era [14]... ¿cómo podría expresarme? Ni entonces ni ahora padecí el pesar ni la corrupción. 65. No sé qué sean los placeres y los vituperables susurros que pueden proceder de un hombre más que el tañido del bronce. Nadie ha quebrantado el velo de mi virginidad [15]. Mas entonces ¿cómo he alumbrado un hijo? Cosa es de mucha maravilla. 70. Habiendo yo evitado las fatigas [16], ¿cómo es posible que experimente ahora dolor en mi corazón? [17]. ¿Por qué, entonces, prorrumpí en gritos de alegría cuando aquel bienaventurado mensajero vino a anunciarme el parto, a

13. El autor intenta trasladar estos apuntes desde la Humanidad en general a la Virgen en particular, haciendo así una fusión.

14. La antítesis quiere expresar la singularidad de la misión de María: fue el suyo un parto porque engendró un auténtico ser humano, pero no lo fue porque tuvo lugar independientemente de las leyes universales de la naturaleza.

15. Para este argumento cf. también la apócrifa *Historia de José carpintero* (siglo IV) 17, 4. Los apócrifos son citados aquí según la edición de L. MORANDI, *Apocrifi del Nuovo Testamento*, UTET, Turín 1971.

16. Por lo que hace a la exención de las fatigas del parto, cf. *Las odas de Salomón* (apócrifo de los últimos decenios del siglo II d. de C.), ed. de J. LABOURT y P. BATIFFOL, París 1911, Oda XIX, 7 p. 21 y *De la infancia del Salvador* 69 y 76. NONNO DE PANOPOLI, *Paraphrasis in Ioannem* 19, 27, PG XLIII, 904 B llama a María «la señora que no probó las fatigas del parto».

17. Se afirma aquí, desde una perspectiva diversa, la misma relación maternidad-dolor, de la que se deduce por contraste la de virginidad-exención del dolor.

dar a conocer el indulto de la estirpe de los desdichados mortales y a traerme un gran júbilo [18] gozoso? 75. Y no es que ante sus palabras yo me dejará engañar fácilmente. Quedé bien convencida por el portador del maravilloso mensaje que se me anunciaba que yo no daría a luz una víctima para un sacrificio, sino a aquel que era soberano de cielos y tierra. Mas con todo he cumplido la inmolación y, ateniéndome a la ley que rige a las mujeres, 80. exhalé desde lo más hondo del alma un grito que en alta voz proclamaba y anunciaba la noticia, portador de la llama perfumada que consume las ofrendas, según prescriben los profetas que han de ofrecerse los sacrificios, con fuego ardiente [19], y espíritu contrito [20], 85. con un amor desbordado, lleno de un altísimo fervor; en fin con todo aquello que, como es sabido, hace propicios los sacrificios. Por eso ¿cómo es posible que ahora un dardo agudísimo me traspase las entrañas? [21]. Yo estaba presta a acudir de noche para contemplar las vejaciones que mi Hijo pudiera padecer; 90. mas estas mujeres me han convencido para que espere la luz del día.

18. SAN JUAN CRISOSTOMO, *In Matthaeum hom.* IV, 5, PG LVII, 45 resalta la admirable virtud de María. Al saludo del ángel no se abandonó inmediatamente a un gozo desmesurado.

19. Cf. Sal 78, 5.

20. Cf. Sal 50, 19.

21. La Virgen, para excluir de su ánimo cualquier interpretación de exultación impulsiva cuando oyó las palabras del ángel, precisa que la suya fue, ciertamente, una aceptación entusiasta, pero también consciente de que exigía de ella una consagración total de todas sus facultades y el sacrificio de todos sus anteriores proyectos (Lc 1, 29-34). Ella comprendió que si la víctima sacrificial no era su Hijo lo sería ella misma, y aceptó con el impulso propio de toda mujer llamada a una maternidad que comporta grandeza para el que ha de nacer y sacrificio para ella. Su actual desconcierto proviene de la inversión de la situación: la víctima ya no es ella, sino Él. El gozoso holocausto de la Anunciación se convierte en el terrible del Calvario.

El coro

¡Señora! ¡Pronto! ¡Oculta tu rostro! Se ven hombres que corren a la ciudad.

La Madre de Dios

¿Qué sucede? ¿Hay noticias de que se haya formado durante la noche un secreto escuadrón de enemigos?

El coro

95. Una turba nocturna corre tumultuosa. En la oscuridad adivino a un ejército completo con luces y muchas espadas [22].

La Madre de Dios

Alguien se nos acerca con paso presuroso. Quizás tenga algo que contar.

El coro

100. ¡Veamos qué dice, qué nuevas trae! ¡Señora, Señora, Virgen augusta [23] y venerable! ¡Ah, ah! Grande

22. Cf. Jn 18, 3; Mt 26, 47.55; Mc 14, 43.48; Lc 22, 52.

23. Cf. *De la infancia del Salvador* 32, donde un ángel confirma a María como «reina de las vírgenes».

eres [24] y celebérrima y te llaman casta cuantos habitan el suelo de esta tierra 105. y ven la brillante luz del sol: mas es ahora digna de conmiseración la que otrora fuera feliz.

La Madre de Dios

¿Qué sucede? ¿Quiere acaso alguien matarme?

El coro

No, sino que tu Hijo perece a manos de espíritus malignos [25].

La Madre de Dios

¡Ay de mí! ¿Qué quieres decir? ¡Me das la muerte, mujer!

El coro

110. Hazte cuenta de que ya no existe tu Hijo.

24. En ese mismo apócrifo, en el párrafo 10, un ángel revela a Joaquín que María «será tan grande cual nunca fue otra mujer antes que ella» y continúa asegurando que «tampoco después de ella habrá ninguna que se le asemeje, de suerte que nadie podrá decir que haya alguna como ella».

25. Se ha tratado de traducir así el griego *Alastor* que originariamente significaba un «demonio vengador» y que de aquí pasó a significar a cualquier criminal semejante a un demonio vengador.

La Madre de Dios

¡Oh! ¡Son terribles tus palabras! ¿No cerrarás la boca? ¿No dejarás de pronunciar frases tan desatinadas? ¿Cómo puedes decir que ya no existe aquel que es para siempre? Sé prudente y si tienes necesidad de decir algo 115. hazlo cuando convenga y sin deshonrar a Dios. Me germinó de progenie áurea y sería inaudito que manos de hombres derramaran sangre de Dios. No tiene sentido que muera el Inmortal. Yo que le engendré sé cómo lo he alumbrado.

El coro

120. ¡Desventurada! Sin saber qué grado de males te han sobrevenido te agitas e invocas esos argumentos [26]. Cuando amanezca la aurora contemplarás el fatal destino que esta noche han tramado contra tu Hijo sus asesinos. Mas veo que se acerca uno de los compañeros de tu Hijo 125. con el aliento entrecortado, con precipitación se dirige hacia nosotras. Llegado ya, parecer indicar que es portador de algún extraño anuncio.

La Madre de Dios

¿Qué nuevas quiere comunicar?

26. El coro no niega el origen milagroso de Cristo, se limita a afirmar, a la luz de la experiencia, que aquél no es incompatible con su muerte. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ephes.* 7, 2 llamó a Cristo «la verdadera vida en la muerte».

El coro

Veamos qué quiere decir quien tanto jadea.

El mensajero

130. ¡Oh! ¡Bellísima, soberana, santísima María! ¡Ah, ah! Sucumbimos y tal vez no sean enemigas las manos que causan nuestro infortunio.

La Madre de Dios

¿Qué dices? ¿A qué estos gritos? 135. ¡Vamos, habla! ¿Qué nuevo rumor te descompone ahora?

El coro

¡Oh! ¿Has oído ya, sabes ya, tienes ya la noticia de quién es el que ha entregado a tu Hijo a los asesinos?

La Madre de Dios

¿Dirás al fin de quién procede tal desgracia? ¿Quién ha sido? ¿No será alguno de los que se suponía le tenían por amigo?

El coro

140. Dice que ha sido el tesorero, aquel mal discí-

pulo, quien guardaba el dinero o, por mejor decir, aquel a quien el dinero devoraba [27].

La Madre de Dios

¡Ay de mí! ¡Cuán grande esta desgracia que se añade a la anterior: ser traicionados por los que aparentan querernos como amigos! ¿Es posible que el desgraciado haya cometido tan cobarde hazaña? 145. ¿Qué reprochaba a su benefactor para traicionarlo? ¿Qué movió a ese insensato para ejecutar tal crimen?

El coro

Atiende a éste que te referirá todo con claridad.

El mensajero

Escucha, desventurada, la que antaño fuera realmente feliz, escucha las desdichadas palabras que te dirijo.

La Madre de Dios

150. ¡Ay, ay! ¡Desfallezco! Claras son tus palabras y, a lo que parece, vienes como mensajero de desgracias.

27. Cf. Jn 12, 4-6 y 13, 29.

El mensajero

¡De desgracias, sí, mas tristemente reales! ¿Qué puedo decirte? Tras haber celebrado, según predijo [28], la Pascua nueva, tras ofrecer a los discípulos un banquete, una gran cena, 155. después de señalar, aunque veladamente, a aquel que entregaría al Verbo [29], luego de lavar los pies a sus discípulos [30], se encaminó como acostumbraba al monte de los Olivos [31], detallando a sus discípulos cuánto iba a padecer, para prepararlos iniciándolos en los misterios [32]. 160. Entonces entre otras muchas dirigió a Dios las siguientes palabras: «Padre, concédeme ahora la máxima gloria. Sin abandonar la que tenía junto a ti, alcanzaré una aún mayor cuando dé muerte al enemigo de los mortales. Da las naciones a quien todo lo tiene de ti. 165. Una vez que las haya recibido y haya sido elevado sobre ellas como trofeo [33], elevaré mis ojos a tus manos. Tú, que has sido glorificado por mis empresas victoriosas, invita a los amigos al banquete. Feliz, feliz tú, autor de tales cosas!» [34]. 170. Y aquél hizo sonar como un trueno su voz para evidenciar su gloria con un grito que hizo estremecerse al

28. Cf. Mt 26, 17; Mc 14, 12; Lc 22, 11. 15-16.

29. Cf. Mt 26, 21-25; Mc 14, 18-21; Lc 22, 21-23; Jn 13, 10-11 y 21-30. El «gran convite» es, naturalmente la Última Cena, en la que fue instituida la Eucaristía y oficialmente inaugurada la pasión redentora.

30. Cf. Jn 13, 4-10.

31. Cf. Mt 26, 30; Mc 14, 26; Lc 22, 39; Jn 18, 1.

32. Alusión en forma de síntesis a la compleja alocución de Jesús recogida pormenorizadamente en Jn 13, 31; 16, 33.

33. Cf. Jn 3, 14.

34. Los versículos 161-169 constituyen una reelaboración compendiada de algunos temas reflejados en Jn 17.

ciclo: «Te he glorificado y volveré a glorificarte» [35]. A la par que percibieron los discípulos esta sorprendente voz, vino junto a ellos [36] a la parte del huerto que da al torrente [37], 175. donde a menudo se reunían. También quien le había vendido conocía bien el lugar [38] y en medio de la noche se llegó allí con un escuadrón de asesinos, de insolentes homicidas armados con espadas. Y el traidor, acercándose como amigo al Maestro, 180. tras saludarle diciendo: «Salve, Rabbi», le dio un beso perverso [39].

La Madre de Dios

¡Ah! ¿Alguien llegó a tanto? ¿Qué le respondió mi Hijo?

El mensajero

Nada, sino: «Amigo, ¿a qué has venido?» [40]. Y al momento se arrojaron sobre Él los asesinos [41]. 185. Y

35. Cf. Jn 12, 28-29.
36. Cf. Mt 26, 45; Mc 14, 41; Lc 22, 45.
37. Cf. Jn 18, 1. El torrente Cedrón, que discurría al este de Jerusalén y la separaba del monte de los Olivos, fue atravesado por Cristo para llegar a Getsemaní. Un cierto apunte profético fue descubierto en el hecho de que también David lo atravesara en la época de la rebelión de Absalón, cuando subió llorando al monte de los Olivos, con la cabeza cubierta y los pies desnudos (2 S 15, 23 y 30).
38. Cf. Jn 18, 2.
39. Cf. Mt 26, 49; Mc 14, 44-45; Lc 22, 47-48.
40. Cf. Mt 26, 50.
41. Cf. Mt 26, 50; Mc 14, 46; Lc 22, 54; Jn 18, 12.

nosotros, abandonándolo, nos dispersamos [42]. Incluso Pedro, tan ilustre, lo negó expresamente [43]. Sólo aquel discípulo que había descansado en su pecho lo seguía sin miedo [44]. A mí me pareció escuchar que alguien, hablando muy bajo y con tono apagado, como si consigo mismo conversara, 190. le dijo al perverso vendedor del Maestro: «¡Qué impiedad! Miserable, ¿no temes a Dios mismo? [45]. ¿En nada tienes aquella norma suprema que rige la naturaleza de los mortales, ni a Adán, primer sembrador de la espiga que germinó en la tierra, ni a los Patriarcas de la estirpe elegida? 195. Siendo tú discípulo, cubres de vergüenza a tus condiscípulos al entregar, por dinero, ¡ay de mí! a quien te inició en los misterios sagrados. Lo has puesto en manos de sus asesinos para que lo mataran. ¿No te dijo Él, quizás previendo tus intenciones que abrieras los ojos ante los dolores que ahora sufre? [46]. 200. No podrás soportarlo: pronto caerás en la cuenta. Ten por cierto que el Hijo del Padre favorece al piadoso [47]. Pues si no se hubiera sentido comprometido por el juramento dado a Abraham, nunca se habría encontrado en condición de no

42. Cf. Mt 26, 56; Mc 14, 50.

43. Cf. Mt 26, 69-75; Mc 14, 66-72; Lc 22, 55-62; Jn 18, 16-18 y 25-27.

44. Cf. Jn 18, 15-16; 19, 26. Este mérito le ha valido también el lugar preeminente que el autor le asigna en el drama.

45. Cf. Lc 23, 40.

46. Cf. Mt 26, 24 a; Mc 14, 21 a; Lc 22, 22 a.

47. Si Cristo favorece lo que es piadoso, condena, evidentemente lo impío. Hay una alusión, velada pero perceptible, a la condena pronunciada por Jesús contra el traidor. Cf. Mt 26, 24 b; Mc 14, 21 b; Lc 22, 22 b. Sería ésta una advertencia que, con su tono de amenaza todavía implícita, trataría en vano de evitar la posterior sentencia de condena.

poder evitar estos daños con los que ha de restituirnos al estado de justicia [48]. 205. ¿O es que piensas que se sometería a los padecimientos si no hubiese de ganarnos con ellos un inmenso provecho? Ahora subirá desde la tierra en modo nunca visto hasta que torne de nuevo. En secreto mantendrá el juicio, exponiendo ante el Padre, en contra vuestra [49], tu pecado 210. y el desatino de este pueblo enloquecido. Así lo había predicho antiguamente por boca del profeta David [50], que estaba bien enterado de este comportamiento tal falto de cordura, mucho antes de que se produjera: «Llenará toda la tierra de palabras gloriosas y de célebres obras, innumerables y maravillosas. 215. Lo veréis después regresar desde la gloria del Padre para juzgar a los vivos y a los muertos, para dar a cada uno la recompensa que haya merecido» [51]. Cuando eso suceda, ¿con qué mirada le miraréis los asesinos y tú? ¿Cuál será la pena que con justicia os será impuesta? 220. Mas si no laváis vuestras manos asesinas, aun antes de aquel tiempo habréis de pagar por

48. Afirmando que la necesidad de la Redención estaba ligada a las promesas hechas a Abraham, se confirma lo apuntado ya en pról. 19-21. La encarnación era una elección libre de Dios susceptible de ser sustituida por otras decisiones.

49. El «vosotros» incluye a Judas y al pueblo judío.

50. El autor no alude a ninguna cita precisa de David. Parece más bien que se trate de una síntesis libre e imprecisa. Sin embargo tal vez se refiere de forma más directa a Sal 109 y 110, unidos a otras expresiones sacadas de otros pasajes. Cf. por ejemplo Sal 138, 14. El carácter de la llamada se deduce además de la doble y difícil composición de la denuncia de los delitos cometidos por Judas y los judíos con la magnificencia de las palabras y prodigios divinos y de las alusiones al antiguo profeta con las referencias más exactas al N. T. que siguen a continuación.

51. Cf. Mt 16, 27; Mc 8, 38; Lc 9, 26; Hch 10, 42; 2 Tm 4, 1; 1 P 4, 5.

vuestro crimen: si al menos ahora quisierais entender, Él mismo lavaría vuestras manos en linfas cristalinas. Tal vez ahora, tras haberla probado, caigas en la cuenta de tu temeridad 225. tú y contigo toda la entera turba de esos genios perversos [52]. Por el contrario, si quieres esperar, espera un solo día y habrá de sobrevenirte uno de esos castigos que es entre todos al que más se teme. Serán proféticas estas palabras mías. Retírate aparte y piensa en ti mismo: 230. Él por sí solo resolverá cuanto le concierne. Mas tú, según tu natural criminal, morirás de forma criminal: tras haberte colgado de una soga, de un rápido salto te precipitarás en los infiernos [53], comido por el remordimiento de haber traicionado por dinero. 235. Y serás recibido por la llama del fuego que todo lo devora. Pero sigues constante en no querer escapar al castigo. Te lo advierto: te encontrarás con él. La próxima vez que Dios haga surgir la luz, tú ya no podrás percibir la resurrección de los muertos de aquel que de los muertos resucita. 240. A tal punto ha llegado tu locura que, siéndote aún posible cambiar de parecer y adoptar decisiones acertadas, o sea, las de dejarlo todo y arrojarte a los pies del Maestro y derramar lágrimas ardientes, preferirás levantar un lazo que se balancee y colgarte de él, 245. apresurándote a dejar entre sus nudos tu alma. Y aun en tales condiciones no renegará Él de ti y de algún modo procurará tu salvación [54]:

52. Referencia al suicidio de Judas y la destrucción de Jerusalén.

53. SAN GREGORIO NISENO, *De anima et resurrectione*, PG XLVI, 68 A, atestigua que el término *Hades* (en latín «Infiernos») era usado con mucha frecuencia en la vida habitual y que por igual aparecía en escritos paganos y cristianos.

54. EUSEBIO, *Commentaria in Psalmos* XL, 10-14, PG XXIII, 365 A invoca los dones que Jesús concedió a Judas y las posibilidades que le ofreció para salvarse.

pues Él nunca puede cesar en sus bondades. Pero he de advertirte que no le es posible alcanzar tu salvación si no la quieres tú mismo. 250. Recuerda bien que no determinó la fuerza como ley de los mortales, ni es tiránico su poder. Por eso, con vergonzosa destrucción destrozarás tu corazón criminal. Mas no te imagines que todo ha de acabar así. Os están reservadas otras pruebas a ti y a los asesinos, 255. y graves trabajos aguardan aún a cuantos os prestaron su concurso [55]. Todo el pueblo arrogante, estén muertos o vean aún la luz, espere estas cosas. A quienes de nuevo alcanzará un torrente de fuego les ha sido dirigida esta palabra de verdad: 260. «Escucha Judas la situación en que se encuentran tus males. Yo no obtendré ningún resultado aparte de tu desastre. No te forzará Dios a tener sentido. El buen juicio se encuentra siempre en la elección libre y en el entendimiento de los mortales» [56]. 265. Según

55. El tema del castigo dado al pueblo judío por su oposición a Jesús tuvo en Eusebio su más convencido y firme defensor.

56. Este discurso, puesto en boca de un personaje cuya naturaleza permanece tan acertadamente indeterminada, es uno de los pasos más claros y definidos de todo el drama. A través de expresiones llenas de tensión y de tono amenazador, quedan dibujados los rasgos de la cuestión de la libertad y la responsabilidad humanas. La sublime majestad del objeto a que se aplican aquí (el Verbo de Dios), la extrema gravedad del acto en que se aplican (la traición y el asesinato de un inocente), el caracter irrevocable de las desastrosas consecuencias (la muerte física y espiritual), la premura del tiempo que queda para la conversión, son aspectos que se funden para conferir a este pasaje un extremado carácter trágico. La exhortación se hace aún más palpitante cuando se sabe que es por completo inútil, a causa de la ceguera que arroja al castigo. Nos hallamos ante uno de los motivos más genialmente intuidos y desarrollados por la dramaturgia del siglo V a. C. Es éste uno de los momentos en que más se atenúa, hasta el punto de desaparecer casi,

ya he dicho tales fueron las palabras que no sé si un ángel o un mortal dirigió al traidor.

La Madre de Dios

¡Oh, tierra madre! ¡Y tú, sol que te extiendes con toda tu majestad! ¡Que abominables suenan las palabras que acabo de escuchar! ¡Hijo mío! A lo que parece todo este asunto había sido preparado por uno de los que te acompañaban. 270. Tú mismo a menudo lo habías delatado a tus amigos con palabras alusivas, pues no se te escapaba quién fuese la causa de tantos males. ¡Oh, pésimo criminal –tal es el nombre que debo darte– tú has llevado a cabo este delito de traicionar a tu bienhechor! ¡Esta es tu obra, demonio! [57]. ¿Qué otra persona 275. habría podido cumplirla, ni siquiera imaginarla? ¡Perezca quien la hizo! Mas bien sabe la justicia qué ha de hacerse y pagará la justa pena aquel nefasto discípulo. ¡Ah, mal monedero! ¿Dónde encuentras el placer de tu engaño? ¿Vives aún tras haber cometido tal enormidad? 280. ¿Y no te escondes en las más ocultas cavernas? Mas es del todo preciso que te escondas bajo tierra o que mueras consumido por las lenguas de fuego celeste [58]. ¡Oh, abominación! ¡Oh, el mayor de los males, el más odioso! Me refiero a la persona que ha traicionado al Señor. 285. Has tenido la

el artificio del centón. El ángel que amenaza al traidor del Verbo con un oscuro destino, parece cumplir una cierta contranunciación.

57. Este calificativo, lleno de un concentrado horror, había sido ya lanzado contra Judas por el mismo Jesús. Cf. Jn 6, 70-71.

58. Confluyen aquí reminiscencias de la lluvia de fuego sobre los pervertidos de Sodoma y Gomorra (Gn 19, 24-25).

desvergüenza de acercarte como amigo al Maestro. ¡Te has llegado a Él, te has llegado a Él tú que resultas odiosísimo al Padre, a Él y a todo el género humano! ¿Cómo, cómo has conseguido dirigirle la palabra, cómo has osado besarle tras haberle traicionado? Le adulaba tu lengua mientras guardaba tu corazón una infamia. 290. ¿Y cumplidas tales hazañas tienes aún, inicuo, la audacia de mirar al sol, de posar los ojos en la tierra? Nada tiene que ver con la audacia noble, con la noble osadía, esta desvergüenza de contemplar al propio bienhechor, luego de haberle traicionado. Pero es la desvergüenza la más grave de todas las enfermedades 295. humanas. Te tengo bien presente, aunque eso no te sirva de provecho, antes al contrario sólo para tu ofuscación. Te tengo presente aunque faltes, estés muerto o veas aún la luz del sol: diciendo la verdad aliviaré yo mi alma y aunque no me escuches, aprenderás [59]: 300. aprenderás cuando recibas el castigo que te has merecido. Mi narración tomará su comienzo de aquellos que fueron los inicios.

Escucha, Judas, las bondades que de Él te provinieron. Él te arrancó de las tinieblas de la ignorancia [60], te salvó, te mostró la luz de la salvación; 305. te concedió el favor de milagros numerosos; llegó incluso a anunciar que, junto a los otros discípulos, habrías de sentarte tú para juzgar a las doce tribus del pueblo de Israel [61].

59. Naturalmente, Judas conocerá la verdad mediante su muerte y el posterior castigo. La afirmación conceptual del hecho animada por la impresión del desastre, traspasa este pasaje y estalla en la imprecación que le sigue inmediatamente después.

60. En cuanto Cristo era Maestro y Revelador. Cf. Jn 1, 9 y cf. también CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paedagogus* I, 1-12 GCS, ed. O. STÄHLIN, pp. 89-150.

61. Cf. Mt 19, 28; Lc 22, 30.

Confió a tus manos el dinero y te privó así del pretexto de que no tenías dinero. 310. Tú desde siempre le robaste, no creas que no se daba cuenta. Mas en su inmensa bondad no quiso desenmascararte públicamente, teniendo presente que tú no le querías perjudicar. Aunque conocía bien tu perversidad, incluso antes de que pusieras en práctica tus designios, lavó tus pies enemigos [62] 315. y te dio a comer el pan que contiene todos los misterios. Y tras haber recibido de su mano un trato tal, tú, el más criminal de los hombres, le has traicionado, has aceptado el pago de su muerte aunque disponías de dinero abundante. Si hubieras estado falto de dinero, tal vez podrías haber alargado esta circunstancia como excusa para tus deseos. 320. Mas ahora careces de pretexto, no tienes razón alguna para abrir tus labios y justificarte con algún motivo. Jamás podrás hacerlo, ni siquiera en el caso de que toda la ralea de los demonios a una acudiera en tu socorro para llenar la tierra entera de malignos rumores. 325. La creación conoce que Él es bueno y como tal lo proclaman sus acciones. Te has dejado estrangular por la cuerda de la avaricia, la que es por naturaleza raíz de todos los males [63]. Se ha desvanecido la fe, muerta desde hace tiempo para ti. 330. Puesto en tal condición, ¿aún tienes, miserable, el valor de ver la luz? ¿Acaso crees que quien una vez fue Dios ha perdido su poder? ¿O que ha desaparecido en la nada el fiel de la justicia? ¡Ah, funesto sarmiento! No perteneces ya a la vid de los mortales. Yo declaro, en cambio, que has germinado en cepas amargas, 335. primero y ante todo en la cepa de la execración, después en las de la envidia, la muerte, la suerte funesta y en cuantas

62. Cf. Jn 13, 12.
63. Cf. 1 Tm 6, 10.

malas cepas nutre la tierra. Estoy por decir que tú jamás has sido de la semilla de Dios, aunque sé que nada sucede sin que Él lo quiera: mas Dios a nadie salva contra su voluntad [64]. 340. ¡Oh, perverso, criminal, asesino! ¿Qué has hecho negociando a costa de tu bienhechor? ¡Aquel de quien sabemos que es Padre de mi Hijo [65] te arrancará de raíz para arrojarte a las llamas! ¡Ve, en mala

64. Aunque lo sea toda la creación, no puede decirse que Judas sea de origen divino, dada su voluntad de perdición. Esta exclusión del traidor de todo el universo confiere ciertamente a la argumentación un efecto grandioso.

65. Es ésta una neta toma de posición frente al adopcionismo. Ya al final del siglo I el gnóstico Cerinto negaba la divinidad de Jesús y su concepción virginal, considerándolo sólo un hombre de virtud y sabiduría excepcionales. Más tarde, los ebionitas, cuya existencia es atestiguada por san Jerónimo todavía a finales del siglo IV, dudaban entre considerar a Cristo un mero hombre o admitir su concepción por obra del Espíritu Santo. Al final del siglo II aparecieron los adopcionistas de manera ya más sistemática, capitaneados por Teodoto de Bizancio, que negaba la divinidad de Jesús y que fueron excomulgados por el papa Víctor (189-199?) y más tarde por Artemón, que atribuía a Jesús dotes superiores a las de los profetas y un poder divino, pero no la auténtica divinidad. Este fue excomulgado por el papa Ceferino (199-217). Pablo de Samosata, obispo de Antioquía del 260 al 268, sostenía que Jesús, hombre nacido de la Virgen por intervención del Espíritu Santo, poseía una tal santidad de vida que mereció ser revestido de una dignidad en cierto modo divina. Para él la unión del Verbo y de Jesús consistía en una mera «concurrencia», que no hacía de Jesús un ser divino. Marcelo de Ancira (muerto hacia el 374) consideraba finita la unión del Verbo impersonal y de la humanidad: tras la parusía del Verbo se despojaría de ella. Su discípulo Fotino (muerto en el 376), atenuó aún más el elemento divino en Jesús, desechando toda intimidad entre las dos naturalezas: el Salvador quedaba reducido a un hombre que con su virtud excelente se había ganado la familiaridad con Dios. Esta corriente establecía, por tanto, una unión sólo moral entre Dios y Jesús y desechaba cualquier paternidad divina real para el Hijo de María.

hora, desvergonzado, profanador de la amistad! 345. ¡Te desprecio! No se debe hablar contigo ni cuando estás lejos [66], que Dios mismo abomina del fraudulento [67].

¡Ay, Hijo mío! ¿Cómo es posible que concedieras a los hombres la capacidad de distinguir con indicios evidentes cuándo es falso el oro, y les negaras el conocimiento de algún signo externo 350. para discernir con seguridad entre los hombres y hallar cuál de ellos es un malvado? ¿Has querido, acaso, que sabiéndolo tú lo ignoren todos los demás? Perezca, perezca según es justicia el malhechor. ¡Ve en mala hora, ve en mala hora, asesino el más malvado! ¡Ojalá mueras! Que yo veré vivo a mi Hijo aunque ahora, 355. ahogada entre gemidos y traspasada por puñales de dolor, lloro en el culmen del infortunio: mujer soy, al fin, nacida para el llanto.

El coro

¡Ay, ay! Calla, calla. Ya no verás vivo a tu Hijo [68].

La Madre de Dios

360. ¡Ay de mí! ¿Por qué te lamentas? ¿Cuál es ahora el motivo?

66. Adaptación de Ef 5, 3.

67. Cf. Sal 5, 7; Pr 11, 1; (Pr 12, 22 y 8, 7).

68. El coro, retomando literalmente la expresión del v. 354, parece expresar un doloroso desmentido a la voluntariosa seguridad de la Madre dolorosa. Pero son palabras que se desenvuelven en dos ámbitos distintos. En labios de María, expresan la firme esperanza en la Resurrección. En los del coro, la inevitabilidad de la muerte en la cruz. Son dos sentidos y dos grandezas espirituales.

El coro

No lo sé a ciencia cierta. Mas a no tardar aquel mensajero anunciará cuanto en aquel lugar sucede concerniente a tu Hijo.

El mensajero

A juzgar por el deseo de los ancianos y escribas tu Hijo morirá hoy mismo.

La Madre de Dios

365. ¡Ay de mí! Ya está aquí lo que temía hace tiempo. Al pensar en ello, en lo que había de venir, me consumía yo en lamentos.

El coro

Mas ¿cuál fue el contenido del proceso? ¿Cuáles los argumentos con que los hebreos lo condenaron y sentenciaron a muerte?

La Madre de Dios

Mujeres las que participáis en esta desdicha, 370. mujeres, yo no podré soportar lo insoportable. Me saldré de mí, muriendo abandonaré mi cuerpo, dejaré esta vida. Adiós: yo más no vivo [69]. Mas dime tú: ¿cuál es

69. Son éstos los versos que, a menudo, han escandalizado a

la forma elegida para la muerte de mi Hijo? ¿Será su verdugo la mano armada con piedras? 375. ¿O es la sentencia que sea el hierro quien aparte su alma del cuerpo?

El mensajero

Sucedió por casualidad que, al regreso del campo, traspasadas ya las puertas de la ciudad, me vino el deseo de informarme sobre el particular. Siempre me he sentido inclinado hacia tu Hijo al contemplar los milagros que obraba entre los mortales: 380. a mí mismo me despertó la luz en los ojos [70]. Estando en

los críticos. Mas éstos olvidan que, en los centones, los versos se toman según se encuentran y éstos en concreto han sido recogidos de EURÍPIDES, *Hipp.* 356-357. Además, en las tragedias los sentimientos se expresan hasta el límite y en la antigüedad la absoluta realidad humana de María no había alcanzado aquella plena depuración de cualquier sentimiento de debilidad que encontramos a partir de finales del siglo IV y que llega a su plenitud a mediados del V. El autor del *Christus patiens*, aunque no encuentra dificultad en reproducir el extremado sentimiento trágico de la Virgen, en modo alguno pone en tela de juicio la firmeza de su fe. Aun cuando escribe como trágico audaz, jamás olvida que es un teólogo. La santidad absoluta de María sólo llegó con san Ambrosio, como es notorio, y con san Agustín, cosa menos conocida.

70. La curación de los ciegos es presentada por el mismo Jesús como uno de los signos más decisivos de su misión (Mt 11, 5; Lc 7, 21-22), predicho ya por los profetas (Lc 4, 18) y reconocido por los de pensamiento recto como testimonio de su filiación divina (Jn 10, 21). Para episodios genéricos o específicos de restitución de la vista a los ciegos, cf. Mt 9, 27-31; 12, 22; 15, 30-31; 20, 29-34; Mc 10, 46-52; Lc 18, 35-43; Mt 21, 14; Mc 8, 22-25; Jn 11, 37. La relación más dramáticamente viva y rica de complejos significados teológicos, psicológicos y artísticos nos ha sido dejada por Jn 9.

éstas veo cómo una multitud apresurada corre hacia la roca. Sorprendido por tanta muchedumbre pregunté a uno de la ciudad: «¿Qué sucede en la Villa? ¿Qué hay de inusitado? ¿Será quizás que la capital de los hebreos se ha sobresaltado por alguna noticia llegada sobre los enemigos?». 385. Él me respondió: «¿No ves a Jesús? Míralo. Está junto a nosotros y se dispone para librar un combate a muerte». Se me presenta entonces una escena inesperada, algo que jamás habría pensado llegar a ver. De un lado, le veo a Él triste y silencioso [71]. Del otro, a los demás, semejantes a perros sedientos de sangre [72]. 390. Corrían a su alrededor con las fauces abiertas. Cuando estuvo completa la muchedumbre de los judíos, el mísero gobernador habló entrecortadamente, contradiciéndose, atenazado por el miedo, recurriendo a cada momento a palabras distintas [73]. Mas al fin, desarmado ante tu Hijo, declaró 395. que encontrándole inocente [74], imperturbable y acostumbrado a rechazar serenamente cualquier acusación, en tanto que sus enemigos le acosaban pidiendo fuera ajusticiado sin que él pudiera hacerlo, pues actuaría contra la ley ya que no encontraba en Él delito alguno [75]... declaró entonces lo que sigue: «¿Quién de vosotros quiere reclamar 400. que Jesús sea condenado a muerte y quién no? ¿Quién prefiere que lo pongamos en libertad antes que a un

71. Cf. Mt 27, 12-14; Mc 15, 3-5; Jn 19, 9-10.

72. A través de la imagen clásica se percibe claramente el grito de la multitud, en Mt 27, 25.

73. Son descritas con plástica evidencia las inútiles tentativas de Pilato para salvar a Jesús. Cf. Mt 27, 11-26; Mc 15, 1-15; Lc 23, 1-5 y 13-25; Jn 18, 28; 19, 16.

74. Cf. Mt 27, 19. 23 y 24; Mc 15, 14; Lc 23, 22.

75. Cf. Mt 27, 24; Lc 23, 4. 14-15; Jn 18, 38.

asesino, uno de los muchos criminales que tengo en prisión?». Mas gritaron ellos que era necesario que Jesús muriese en la cruz y que preferían, además, que se concediera la libertad al ladrón autor de tantos crímenes [76]. 405. El gobernador argumentó contra esto, mas aunque empleó razonamientos muy en su punto [77], no consiguió convencer a la multitud [78]. Pues salió alguien [79] que, confiando en la gritería y en su osada necedad, le llevó la contraria al gobernador. Tampoco éste se dejó persuadir aún. Y en ese momento se levanta de la plebe 410. un estruendoso alboroto de gentes que hablaban sin cesar. Gritan que es conforme a su sagrada justicia que sea entregado tu Hijo a la muerte [80]. Pues bien, imponiéndose a la multitud, consiguió vencer aquel desgraciado que dijo que era necesario que tu Hijo fuese condenado a la muerte sobre el madero.

76. Para Barrabás cf. Mt 27, 15-21; Mc 15, 6-15; Lc 23, 17-25; Jn 18, 39-40.

77. Los Evangelios no recogen una intervención explícita de Pilato en este sentido, mas se puede deducir por el conjunto del relato.

78. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioannem* hom. LXXXIII, 4, PG LIX, 453, dice de Pilato que no era propiamente malo ni se parecía a los judíos y en *In Matthaeum* hom. LXXXVII (LXXXVIII) 1, PG LVIII, 769, advierte que los autores de los insultos, de las injurias y de las violencias contra Cristo fueron los judíos, no Pilato. SAN EFRÉN, *Hymni et Sermones* 1, TH. J. LAMY, Mechliniae 1882, *Hymni de crucifixione* I, 6 col. 640, califica de honesto a Pilato. Le es también favorable el apócrifo *Evangelio de Gamaliel* que en su forma actual se remonta al s. V-VI, pero que contiene elementos bastante más antiguos.

79. Es la personificación de los pontífices y ancianos que azuzaron la protesta. Cf. Mt 27, 20 y Mc 15, 11.

80. Cf. Mt 27, 22-25; Mc 15, 13-14; Lc 23, 18-23; Jn 19, 6.

Mas ha amanecido ya la aurora [81], se disipa la oscuridad, 415. y se lo llevan fuera de las puertas [82] para que se encamine al combate que atañe a la vida. Existe la determinación de que muera. Hoy abandonará esta vida.

La Madre de Dios

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Me has dado a conocer un discurso autor de males. 420. Sí, sí, pobre de mí, veo un tal mar de infortunios que jamás lograré salir a nado de él, ni atravesar las corrientes de tanta desventura. ¡Oh, mente de los hebreos! ¿A dónde llegarás? ¿Cuándo pondrás término a tu arrogancia, a tu osadía, 425. si ya te has atrevido, incluso, a dar muerte al mismo Dios? Y no me preocupa ya sólo Él: no podrá un destino funesto someter a quien da muerte al destino funesto; yo que alumbré sé cómo lo había engendrado, evitando los duros dolores del parto [83]. 430. Mas lloro

81. Es la del viernes que según los Sinópticos caía en 15 Nisán y según Juan en 14. La divergencia se explica por la incertidumbre en el cómputo del tiempo, que había originado un doble calendario: el seguido por los fariseos y adoptado por los Sinópticos y el usado por los saduceos, al cual se atiene Juan. Aunque bastante difundida, encuentra serias dificultades históricas la interpretación según la cual la datación real sería la de los Sinópticos, mientras que la de Juan obedecería sólo a motivos teológicos. Para Juan, Jesús habría muerto el 14, día en el que tenía lugar en el Templo la inmolación del Cordero Pascual. Se significaba así que Cristo era el verdadero y definitivo Cordero Pascual que anulaba el antiguo rito.

82. Es la puerta de Efraím que se encontraba casi en línea recta con la fortaleza Antonia y con el Gólgota y que se abría en el muro de Septentrión.

83. Afirmación de la virginidad de María durante el parto: la

por aquellos que se han dejado arrastrar por la desventura [84]. Pues vendrá, vendrá sin duda la justicia que ha de vengar este asesinato que los impíos contra la ley cometen movidos por la envidia. No es ésta la vez primera 435. que la envidia resulta nociva. Ya antes ha ocurrido lo mismo muchas veces [85], pero jamás había sido tan perjudicial como lo será ahora para quienes se han dejado arrastrar por ella, para la multitud de los hebreos.

El coro

¿Por qué te agitas? ¿A qué vienen ahora tales discursos? Ha muerto tu Hijo y tú te entretienes y te perturbas con palabras abundantes.

La Madre de Dios

¡Oh! ¡Has dicho cosas horribles! ¿No cerrarás la boca? 440. ¿De verdad piensas que ha muerto el salvador del mundo?

El coro

Avanza un poco conmigo. Podrás ver cómo padece

claridad del enunciado proviene de la fe del autor. Su insistencia (cf. vv. 70, 513, 987) revela intereses polémicos.

84. Anticipo de un importante motivo teológico que será tratado por la Virgen ante Jesús (cf. vv. 738-743) y por eso, puesto de relieve.

85. Cf. Sb 2, 24: «por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo».

tu Hijo camino del combate que para la vida estaba señalado. Juzga si en esa situación Él no está ya más muerto que vivo.

La Madre de Dios

¡Ay de mí! ¿Qué veo? Hijo mío, de estirpe divina.
445. ¡Te arrastran las manos de esos criminales y lo soportas! Te conducen a las cadenas y por tu propia voluntad te diriges hacia ellas, tú que eres quien libra de sus cadenas al linaje de los encadenados [86]. ¡Ay, ay, ay, ay! Tales cosas no se conforman a las palabras que el ángel me dijo, 450. ni concuerdan, Hijo mío, con mis esperanzas [87].

El coro

Pero concuerdan con lo que estaba predicho y que Él mismo profetizó: que sufriría a manos de criminales [88].

86. El sobresalto de dolor de la Virgen es causado por la aparición de Jesús que se dirige hacia el Calvario. Estaba agotado por la agonía en Getsemaní, por los malos tratos recibidos de los soldados, por la flagelación, estaba agobiado por el peso del *patibulum* que le había sido atado sobre los hombros. Las cadenas de que habla el texto son, incluso arqueológicamente, exactas, pues el condenado iba encadenado al propio palo y también a los otros compañeros de suplicio. Estaba ya próximo el mediodía del Viernes Santo.

87. Cf. vv. 75-86.

88. Para las tres principales profecías de la pasión pronunciadas por Jesús cf. Mt 16, 21; Mc 8, 31; Lc 9, 22. Mt 17, 22-23; Mc 9, 31; Lc 9, 44; Mt 20, 17-19; Mc 10, 32-34; Lc 18, 31-33. En la inminencia cf. Lc 22, 15.

La Madre de Dios

¡Ay, ay! ¿Qué haré? ¡Desfallece mi corazón! ¿Dónde, dónde vas Hijo mío? ¡Yo me muero! ¿Por qué terminas así, tan velozmente tu carrera? 455. ¿Ya no hay otras bodas de Caná y no acudes allí para convertir milagrosamente el agua en vino? [89]. ¿He de seguirte, Hijo mío, o seguiré esperando aún? Dime, dime una sola palabra, tú, Palabra de Dios Padre, 460. no, no pases en silencio ante la esclava convertida en madre [90]. Siento ahora la necesidad de escuchar la voz amiga de tu boca y de hablarte también yo, Hijo mío. En nombre de tu propio Padre, Hijo mío [91], concédeme tocar con mis manos tu cuerpo divino, 465. acariciar tus pies y abrazarte. ¡Ay, ay! ¿Qué haré? ¡Mi corazón desfallece! Venid, amigas, venid. Depongamos el temor. ¡Acercaos, saludadle con afecto, habladle, cogedle la mano derecha! Pobre de mí, 470. tan pronta a llorar, tan llena de temor. ¡Ah, ah! ¡Me siento perdida! ¡Desgraciada! ¡Muero! Mujeres tras haber visto sombrío el rostro de mi Hijo deseo morir, no soporto ya vivir en modo alguno [92]. ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Cómo huir de las manos de esta gente? Los enemigos desatan los cabos para desplegar todas las velas [93] 475. y ya no se puede

89. Cf. Jn 2, 1-11 (4, 46).

90. Cf. Lc 1, 48.

91. Cf. el v. 342 y la nota. Cf. también SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ephes.* 7, 2: (nacido) «de María y de Dios».

92. La tensión de esta maternidad es dramática, pero teológica. Alma de los sentimientos son los conceptos. La doctrina católica del *natus ex Maria* contra la teoría gnóstica del *natus per Mariam* se encuentra admirablemente inmersa en la vida.

93. Este verso, extraído de la *Medea* de EURÍPIDES (v. 278), expresa metafóricamente un violento ataque de los enemigos, asi-

escapar de la desgracia. ¡Qué haré, qué? ¿Cómo huir de tales lazos?

El coro

No lo sé, hermana queridísima. También yo tengo miedo y también mis ojos han derramado lágrimas ardientes. 480. Sal tras sus pasos y síguele en silencio. Dirígete a tan horribles sucesos. Este es el momento de la prueba para tu fortaleza. Te seguiremos nosotras con cautela, pues le rodea una multitud enfurecida y no es prudente acercarse demasiado a gentes tan exaltadas. 485. No se retendrá al vernos esa turba enemiga, de violento corazón, malvada, asesina, temible cuando está dominada por sentimientos de odio. Su manera de ser es salvaje, su naturaleza, la propia de un espíritu inculto y bárbaro. Temo que tramando alguna nueva temeridad, 490. te esté preparando una desgracia aún más violenta. Al mirarla tengo miedo de que le claven en el corazón una espada afilada y de que tú recibas un nuevo y más agudo dolor al contemplar desparramadas en la calle las entrañas de tu Hijo [94]. 495. Mas acerquémonos un poco a esos malvados para observar las acciones de los asesinos. Adentrémonos, adentrémonos, en ese bosquecillo.

milados a combatientes marítimos que sueltan todas las cuerdas para desplegar por completo el velamen, a fin de asegurar a su nave toda la fuerza posible para chocar en la maniobra de abordaje.

94. Este detalle, que carece de base evangélica alguna, ha sido introducido libremente para avivar los tintes dramáticos de la escena; cumple funciones estructurales dentro del drama.

La Madre de Dios

Puesto que todas estáis conformes, sea: vayamos donde deseáis.

El coro

500. Desde allí nos será posible verlo todo desde lejos.

La Madre de Dios

¡Desgraciada de mí! ¡Desventurada si cuando mi Hijo sufre atroces dolores no le asisto hasta que le acoja el sepulcro! He huido de la multitud para no padecer yo también algún daño. Mas ¿qué gano con disfrutar aún de esta vida? 505. Ojalá, ojalá me perdiera pronto en una suerte fatal si no ha de ser lo que espero: llegar a la vejez con mi Hijo resucitado y reuniendo a las naciones para el justo juicio. Él a quien los hebreos, de su mismo linaje, dan muerte por envidia. 510. Sí: le llamo de la estirpe de los judíos en cuanto que de mí, madre mísera, desciende. Mas no en cuanto desciende del mismo Padre [95] del Verbo inmortal hecho mortal, a quien yo di a luz sin intervención de varón, bien lo sé, contra toda explicación

95. Insistencia antiarriana. La fuerte contraposición entre las dos personas trinitarias se convierte también en una firme denuncia del monarquianismo patripasiano, que enseñaba haber sido el Padre quien había descendido al seno de la Virgen y había nacido, convirtiéndose entonces en Hijo.

racional[96] y ahorrándome los duros dolores del parto[97]. Bien convencida estoy de ello, bien convencida, aunque ahora tanto me lamente[98], 515. pues no soporto verle sufrir. Yo le alumbré y sé muy bien como le había engendrado. Mas carezco de habilidad suficiente para dar a conocer estos misterios. No obstante, dada la actual desgracia, es menester que dé rienda suelta a mi lengua. Comenzaré por decir 520. que desde el primer momento en que Él se introdujo en mí, haciéndome su madre, y hasta el día de hoy, he conservado casto mi cuerpo. No conozco el placer carnal, ni soporto oír de él ni escuchar su descripción, pues teniendo el alma virgen no estoy en disposición de recrearme en tales cosas. 525. Juro por aquel que todo lo conoce que jamás las deseé ni me presté a

96. SAN GREGORIO NISENO, *In diem natalem Domini*, PG XLVI, 1136 A, B y luego D, subraya la ordinaria incompatibilidad entre maternidad y virginidad, pero declara que la presencia en María de ambas se hace creíble cuando es referida a las disposiciones divinas. Cf. también *El protoevangelio de Santiago* 19, 2-3; *De la infancia del Salvador* 76; *Historia de José carpintero* 14, 1 (el parto de María es un misterio que nadie puede comprender en el Universo, excepción hecha de la Santísima Trinidad).

97. Cf. el v. 70.

98. Aparece aquí enunciado con claridad uno de los nudos argumentales del drama, que trata de conciliar en María una firmísima fe y un agudo dolor materno. SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate* 3, 3, PL XL, 398 declara: «María fue más feliz por haber acogido la fe de Cristo que por haber concebido su carne». En *Sermones post Maurini reperti*, ed. de G. MORIN, *Miscellanea Agostiniana* I, Roma 1930, p. 162, afirma que «para María fue más importante haber sido discípula de Cristo que haber sido su madre» e *ibid.*: «creí por la fe y por la fe concebí». Por otra parte, ya Isabel (Lc 1, 45) había reconocido en María a la primera creyente.

acogerlas con el pensamiento [99]. Si así no fuere, muera yo sin gloria y quede privada de fama; que ni el mar, ni la tierra, ni los cielos den asilo a mi cuerpo, ni reciban mi alma las manos 530. de mi Hijo doliente [100], en contra de lo que es mi deseo. Mas me alimenta la esperanza y no permitirá Él mi deshonra. Estoy segura de ello. Pero no me es dado continuar mis lamentos, mis desahogos con palabras. He padecido ya muchas calamidades y no estoy segura de que no hayan de sobrevenir otras todavía. 535. Mas antes de lamentarme por ellas he de proclamar cuántos bienes he recibido. Sucederá así que inspiren mayor piedad mis desgracias.

No tenía yo marido y permanecía, afanándome en cuantas cosas dicta la prudencia como propias de una mujer, calculando que Dios mide siempre su recompensa 540. con largura y la distribuye sin escatimar. De acuerdo con esto y dado que, sea o no justo y propio de una mujer, ésta se acarrea el vituperio si no permanece en su casa, queriendo yo evitarlo, permanecía en mi morada,

99. Es una solemne proclamación de la absoluta virginidad de María, conducida con la exactitud técnica de quien, además de una confirmación global, subraya particularmente la integral pureza de pensamientos y deseos. Recuérdese la advertencia de ORÍGENES, *Commentaria in evangelium secundum Matthaeum* XI, 15, GCS ed. de E. KLOSTERMANN y E. BENZ, p. 58, 22-25: «Fuente y principio de todo pecado son los malos pensamientos». SAN EFRÉN, *Hymni de beata María* I, 4 ed. TH. J. LAMY, II, 520, declaró a la Virgen «pura de pensamientos» y SAN ATANASIO, *Lettera alle vergini*, en *Lettres Festales et Pastorales en copte*, traducidas por L. TH. LEFORT, CSCO 151, *Scriptores Coptici* 20, p. 60, 15-16, puso de relieve la preocupación de que «no se permitiera que ni un solo mal pensamiento se insinuara en su corazón» y en p. 61, 22, proclamó sus «santos pensamientos íntimos».

100. Como último deseo de la Virgen se aplica la última plegaria de Jesús que muere. Cf. Lc 23, 46.

545. dentro de mis estancias. No me prestaba a las conversaciones ligeras, tan propias de mujeres. Bastábame con tener como recto maestro a la razón [101]. Sabedora de que ser prudente es digno y que por doquier granjea una reputación excelente, me manifestaba de continuo con todos como mujer de lengua contenida y mirar apacible, 550. procurando distinguir cuándo era necesario que me impusiera yo a las demás muchachas y cuándo era necesario estarles sumisa [102]. Purísima me tomó de Dios un hombre [103] y cuando me devolvió conservaba intacto el himen virginal [104]. 555. No son sólo palabras. Los hechos han probado que soy ajena a todo engaño. Estando así me desposé con Dios [105] y entonces he... ¿cómo decirlo? he engendrado un Hijo como ninguna mujer podrá jactarse nunca de haberlo engendrado.

El coro

560. ¡Bellísima, soberana, augusta virgen! Sabemos que tú eres entre todas las madres de la tierra, la única

101. Es bastante significativa esta valoración de la «razón» como guía de la vida, tanto más si se consideran la dignidad y la instintiva extrañeza al problema del personaje en cuyos labios se pone esta sentencia. Puesto que todo el drama se apoya sobre narraciones y referencias bíblicas, la apelación a la razón no asume un carácter exclusivo, sino que quiere ser unida a otros datos. Las costumbres que se acaban de describir no son incompatibles con la razón.

102. Cf. Qo 3, 6-7.

103. El episodio es contado en el *Protoevangelio de Santiago* 8, 2 y en *De la infancia del Salvador* 26-28.

104. Plenamente eficaz y bastante consciente es el equilibrado empleo de este calificativo «incontaminado», que encuadra toda la vida de María.

105. Cf. Lc 1, 35.

sin marido y sin nupcias. Bien proclamó la credibilidad de tu divino parto la mano de la comadrona cuando no fueron necesarios sus servicios [106]. 565. A lo que dices, tú misma escuchaste del ángel que habrías de dar a luz a Dios y las obras que ha hecho no corresponden a un linaje mortal. Por eso causa estupor que ahora esté sometido a los sufrimientos de los mortales [107].

La Madre de Dios

No te extrañes de eso, pues el Padre se complace en procurar por este medio la salud de los hombres. 570. En efecto, no hay entre los mortales remedio alguno contra el fatal destino que sea capaz de librar de los males de la corrupción a los atribulados por ella [108]. Te revelaré cuán bello es esto [109]: el Verbo que ilustra al hombre con el conocimiento habitó en mí y

106. Detalle concreto en el que incidieron los apócrifos quienes para afirmar con energía el principio dogmático, descuidaron, a veces, la delicadeza al respecto. Cf. *Odas de Salomón* 19, 9, ed. de J. LABOURT y P. BATIFFOL, p. 21; *Protoevangelio de Santiago* 19, 2-3; 20, 1; *De la infancia del Salvador* 69, 75-77. Ténganse también presentes las afirmaciones de CLEMENTE ALEJANDRINO, *Strom.* VII, 16, 93, 7 GCS ed. de STÄHLIN-FRÜCHTEL, p. 66, 20-22 y de SAN JERÓNIMO, *Adversus Helvidium* 8, PL XXIII 192. EUSEBIO, *Demonstratio evangelica* X, 8, 57 GCS I. A. HEIKEL, p. 481, 8-11 atribuye, muy originalmente, al propio Dios Padre la función de comadrona en el nacimiento de Cristo.

107. Es el escándalo de la cruz de 1 Co 1, 23.

108. Esta afirmación no contradice a lo afirmado en el prólogo, v. 19-24.

109. Es el plano salvífico al que los Padres griegos llamaron «economía».

distribuye su gracia. 575. Después de que el Creador creara de barro al hombre y le pusiera en el Paraíso al cuidado de las plantas [110], proyectando hacerle ascender desde allí a los sitiales divinos, la serpiente, tras haber engañado a la mujer [111] se ocupó en expulsarle del Paraíso y alejarle del cielo [112]. 580. Pero el Verbo, en su condición de Dios, quiso valerse del procedimiento contrario [113]. Nacido de mujer, aunque permaneciendo Dios, se hizo hombre para dejarse sacrificar y destruir así al destructor de los hombres poniéndole bajo sus pies. Créeme, cree que Dios ha venido a la tierra 585. para reconducir al género humano hasta el cielo y hazle ofrendas, bendícele y glorifícale. Le verás de nuevo levantarse sobre la tierra desde el sepulcro como desde un lecho, según Él mismo predijo y antes que Él los profetas de Dios [114], y le verás subir a los cielos. 590. Me acompaña una firmísima esperanza, superior a la que tienen todos los demás [115] y no me engaño cuando pienso que me aguarda un premio magnífico. Siempre es dulce creer. Pero cuanto más firme y permanente es la esperanza, 595. tanto mayor

110. Cf. Gn 2, 7-9 y 15.

111. Cf. Gn 3, 13.

112. Cf. Gn 3, 23-24.

113. Que la redención haya tenido lugar invirtiendo los mismos medios empleados por el demonio para provocar la caída es una observación frecuente en los Padres. Cf. por ejemplo SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaeum hom.* II, 1, PG LVII, 25.

114. Es probable que hayan existido especiales *Testimonia* veterotestamentarios que comprendían también este capítulo. ORÍGENES, *Commentaria in Evangelium secundum Matthaeum* X, 22, GCS ed. de E. KLOSTERMANN y E. BENZ p. 30, 19-20, proclama a Cristo «centro capital de toda profecía».

115. Decidida antítesis con los dos discípulos de Emaús, que habían perdido la esperanza. Cf. Lc 24, 21.

es también la alegría. A pesar de lo cual me siento rendida por mis fatigas y preveo que he de concluir pronto esta situación: es más fuerte el dolor que mi esperanza [116].

El coro

¡Ilustrísima, magnífica mujer, Virgen que, como dices, has guardado en tu seno el tesoro de un Hijo que era Dios! 600. Tú que conoces todas esas cosas, mira también lo que ahora queda. Te sabemos la más sabia de todos los mortales [117] y conocedora del fin de cuanto esta sucediendo. ¡Cuán estremecedor es todo esto y cuán difícil de entender para todos los miembros del género humano, excepción hecha de la madre!

La Madre de Dios

605. ¡Ah, la más infortunada! ¡Qué dolores los míos! Sé ciertamente, muchas cosas, mas no acierto a

116. El choque de sentimientos contrapuestos que impetuosos se encuentran en el interior del alma humana (el *odi et amo*) había sido notado ya por el arte clásico, al igual que la oposición en la tragedia entre mente humana y divina. Aquí la intuición cristiana ha fundido estos elementos en una nueva concepción: el contraste, esta vez, se establece entre la mente iluminada por Dios y el sentimiento herido por los acontecimientos humanos. Es el esfuerzo, voluntarioso pero nunca perfecto en la tierra, por conciliar la perspectiva sobrenatural con la natural. Están emergiendo los rasgos fundamentales del drama cristiano.

117. El apócrifo *De la infancia del Salvador* 24, afirma que María era más erudita en el conocimiento de la ley de Dios que el resto de las muchachas que con ella habitaban en el templo.

revelarlas. Qué estupor me produce verlo colgado en la cruz y muerto, aunque sea voluntariamente. ¡Ay de mí! ¡Ay, ay!

El coro

610. ¿Qué, qué harás tú que has padecido inconcebibles dolores?

La Madre de Dios

No sé, sino una cosa: morir [118] si no me llega al punto algo que conforme a mi firmísima esperanza remedie mis actuales padeceres. Es necesario que aguante un solo día, que espere al de mañana [119], 615. para que acabe la angustia que ahora me oprime. Anda, Hijo mío, no me dejes sola, privada de ti [120].

Primer semicoro

¡Ay, ay! Me confunden tus lamentos. Por un lado, me anuncias cosas que aterrorizan con sólo escucharlas

118. Es ésta la perspectiva a la que obedecen los vv. 371-372.

119. La madrugada del domingo por la mañana es el punto nuclear del drama. Constituye, simultáneamente, un momento de tensión extrema y de catarsis de todos los sentimientos.

120. La Virgen se aplica de nuevo (cf. vv. 529-530) una plegaria de Jesús agonizante: cf. Mt 27, 46; Mc 15, 34. Queda al juicio del lector determinar la intencionalidad de estas súplicas y, en su caso, lo que pretenden. Podría tratarse del comienzo de la *imitatio Christi* propugnada por san Pablo (cf. 1 Co 11, 1).

y me infunden horror tus palabras. 620. Por otro, en cambio, me animas. Todo queda borroso para mí.

La Madre de Dios

Ya no queda lejos lo que espero.

Segundo semicoro

Nunca en persona entré en la bodega de una nave, pero sé cómo son pues las he visto pintadas y he oído hablar de ellas. Si la tempestad que amenaza a los marineros es mediana, 625. se esfuerzan por salvarse del peligro: uno se pone al timón, sube otro a las velas, un tercero asegura la sentina. Mas si la tempestad arrecia y hay mar gruesa, se confían a la corriente quedándose a merced de las olas. 630. Así también yo, en presencia de desgracias tan terribles he quedado sin voz y renuncio a hacer uso de mi lengua. Pues una espantosa ola, que no parece provenir de Dios [121], se alza pavorosa. A ti, señora toda soberana, Madre del Soberano, pueda, como dices, alimentarte una firme esperanza. 635. Un discurso trae otro. Mas ¿a quién veo dirigirse hacia aquí corriendo? ¡Ay, ay! ¿Quién es éste que llega con el rostro descompuesto y bañado en lágrimas?

121. La situación parece tan dura como si la Providencia hubiera renunciado a su función de sabia moderadora de los acontecimientos. El semicoro, ante la furia de la violencia desencadenada, intuye la posibilidad de una tentación que haga vacilar su fe. Los vv. 622-632 han sido tomados de las *Troyanas* (686-696) de EURÍPIDES con escasos cambios que, de todas formas, no alteran la identidad de la escena. Sólo el v. 632 ha sido reelaborado para introducir las necesarias mutuaciones de orden conceptual.

El mensajero

¡Virgen, señora Madre del Verbo señor, 640. no me aborrezcas! Aunque voluntariamente he venido no es de mi gusto comunicarte nuevos dolores que añadir a los viejos.

La Madre de Dios

¿Qué sucede? ¡Por malos principios comienzas!

El mensajero

Virgen señora ¿cómo decirte?, ¿cómo empezar mi relato? Te traigo noticias que han de causarte dolor, 645. un violento dolor y amargos sufrimientos. ¡Oh, Virgen soberana, augustísima Virgen, cómo te compadezco, yo, un triste discípulo, pero fiel a quien me inició en los misterios, incluso cuando le he contemplado sometido al sufrimiento!

La Madre de Dios

¿Qué sucede? ¿Qué nuevas me traes de lo que han hecho los judíos?

El mensajero

650. Por así decirlo, tu Hijo ya no vive. En todo caso, breve es el tiempo de luz que le queda.

La Madre de Dios

¿Cómo dices? ¿Qué es lo que acabas de manifestar? Mas ¿por qué lo sabes? Vamos, dilo, explícate ¿cuál dices que es el destino que lleva ahora a la muerte a Cristo, el Hijo del Padre inmortal? [122]. 655. Se abrigaba la esperanza [123] de que también Él fuera inmortal y de que libertara a toda la estirpe de Israel.

El mensajero

Después de haber dejado la ciudad de esta tierra de Salomón, la muchedumbre, poseída por algún genio malvado, se llegó al Litóstroto [124] arrastrando al Señor.

122. Esta afirmación va dirigida contra los gnósticos, quienes proponían que uno era Jesús y otro Cristo, distinguiendo, por tanto, dos individuos.

123. Proyección del *sperabamus* que salió del alma de los discípulos de Emaús (Lc 24, 21). Aquí ha perdido en buena parte la nostalgia que impregnaba el texto evangélico haciéndolo tan sugestivo. La diferencia de vibración poética es debida, además, a la diversidad de convicciones teológicas. Allí se daba un total descorazonamiento y la pérdida de la ilusión. Aquí se trata de una alusión a la hostilidad de los judíos y al dolor de la pasión, mientras sigue fija la perspectiva del alba del domingo.

124. La Torre Antonia, pesada fortaleza y espléndida residencia edificada por Herodes sobre la antigua Baris, se erguía al noroeste del templo, a los pies de la roca Bezetha y tenía como fin proteger el lado septentrional de la ciudad, que era el más vulnerable. Fue destruida por Tito tras durísimos combates. Tenía en su interior un patio de 50 por 45 mts. con gruesas losas de 30 a 35 cms, casi regularmente cuadrangulares y a menudo con cerca de un metro de longitud. Sobre este empedrado (llamado *Lithòstrotos* en Jn 19, 13) se levantaba el tribunal de Pilato cuando condenó a Jesús. En la actualidad, queda en parte cubierto por la basílica del *Ecce*

660. De pronto, todos a una le subieron a un madero que apuntaba al cielo: arriba, arriba, hasta lo más alto. Quedó firme, recto hacía el recto cielo. Seguidamente le tendieron sobre otro madero transversal, le extendieron allí y le clavaron las manos. 665. Clavaron también sus pies en el leño plantado en la tierra. Cuando hubieron colgado así al Señor, algunos subidos a una piedra que quedaba enfrente [125], le golpeaban briosamente con una caña [126]. Otros le acercaban a la boca una esponja empapada en vinagre mezclado con hiel [127]. 670. Quienes no habían tenido ocasión de escuchar sus discursos ni habían contemplado sus milagros limitándose a pasar de largo, movían sus cabezas [128] y se golpeaban el pecho [129] con necia ignorancia. 675. Yo, que

Homo y en otra gran parte por el convento de las Hermanas de Nuestra Señora de Sión. Dado que la ciudad de Jerusalén, en tiempos de Jesús, llegaba hasta la segunda muralla que partía de la puerta de Gennath y circundaba la zona septentrional llegando hasta la Antonia, que constituía su límite extremo al norte, el que llegaba hasta allí dejaba a sus espaldas toda la zona habitada y tenía por tanto la impresión de salir del área urbana. De hecho, la tercera muralla, que habría encerrado en la ciudad la torre Antonia y el Bezetha, fue iniciada por Agripa I que subió al poder en el 41 d.C. y murió prematuramente en el 44, dejando interrumpidas las obras, que sólo posteriormente se reanudaron.

125. De hecho esta roca no existía en el Calvario, que era sólo una pequeña elevación de pocos metros. La referencia a esta prominencia ha sido extraída de *Bacch*, 1096, como consecuencia del procedimiento centónico, para acrecentar el efecto pictórico y patético.

126. Estos datos son una contaminación entre *Bacch*, 1095-1096 y el trato dado a Jesús por los soldados en el pretorio: cf. Mt 27, 29-30 y Mc 15, 19.

127. Cf. Mt 27, 34 y 48; Mc 15, 23 y 36; Lc 23, 36; Jn 19, 29-30.

128. Cf. Mt 27, 39; Mc 15, 29.

129. En este gesto, narrado sólo por Lc 23, 48, ve el autor la

había seguido de lejos al Señor [130], me aposté en un bosquecillo y desde allí, manteniendo en silencio mi boca y mis pies, observaba sin ser descubierto por la turba criminal y asesina. 680. Mas luego, al verte en pie llorosa, me he acercado para hacerte conocedora de tan lastimosos hechos.

La Madre de Dios

¡Ay de mí! ¡Ay, ay, ay! ¿Qué haré? ¡Desfallece mi corazón! ¿Cómo, cómo puedo vivir aún oyendo tales cosas? 685. Ay, mísera de mí ¿cómo soportaré tantos infortunios? Id, mujeres, hijas de la tierra de Galilea [131], dirigidle un último saludo, formadle cortejo en la tierra [132]. ¡Venid, amigas, venid, depongamos nuestro temor!

expresión de sentimientos malos, cuando tal vez sería más acertado reconocer la natural piedad y un incipiente remordimiento de la multitud que no había sido dominada por los pontífices y que estaba conmovida por el misterioso oscurecimiento que de pronto había acompañado a a la muerte de aquel singular ajusticiado. Nótese que mientras Lucas sitúa esta escena inmediatamente después de la muerte de Cristo, el autor la anticipa.

130. Se figura que el mensajero forma parte del grupo de conocidos que siguió desde lejos el desarrollo del drama Cf. Lc 23, 49.

131. Cf. Mt 27, 55; Mc 15, 40-41; Lc 23, 49.

132. Estas exhortaciones de la Virgen (vv. 686-693) anuncian y preparan el cambio de escena. Ella y sus compañeros pasan desde el bosquecillo en el que lo han contemplado todo como desde una gruta (vv. 497-500), directamente al Calvario, ante el Crucificado, cuya primera presentación es hecha por los gemidos del v. 694. El carácter incoherente de las exhortaciones que pronuncia la Virgen (¡id! ¡venid! ¡vamos!), indica el crecimientos del *pathos* próximo ya a su culminación.

El coro

Cuida tú de la gente, no sea que padezcas algún mal.

La Madre de Dios

690. ¿Yo? ¿Cómo puedo ya temer lo porvenir? ¡Vamos, pues, vamos! ¡Fuera todo temor! ¿Qué ganaríamos con seguir aquí nuestra vida? ¡Andad, vámonos para que pueda contemplar los padecimientos de mi Hijo! ¡Ay de mí, oh! 695. Mujeres: no veo ya la faz luminosa de mi Hijo; ha mudado su color y perdido su excepcional belleza. Mujeres: tras haber visto sombrío el rostro de mi Hijo, no deseo ya sino morir, ningún arresto me queda para estar viva. ¡Dejadme, retiraos! ¡Ya no puedo soportar la vida! 700. Y tú, mi amado Hijo, que viniste como benefactor de todos los mortales, ¿por qué sufres así?, ¿cuáles son los delitos cuya pena pagas? ¡Puras, puras de sangre están tus manos, puros tus labios y cada miembro tuyo y tu boca! 705. ¡Enteramente pura es tu alma [133] y no conoce el engaño tu corazón! ¿Cómo es posible, entonces

133. «Alma» tiene aquí, evidentemente, la acepción exacta de principio intelectual humano capaz de elegir entre el bien y el mal. Su explícito reconocimiento asume, por tanto, el sentido de una condena formal del apolinarismo. Apolinar, partiendo del principio de que dos entes perfectos no pueden componer otro distinto (cf. SAN ATANASIO, *Contra Apollinarium* I, 2, PG XXVI, 1096 B), para evitar que la unión de un Dios perfecto con un hombre perfecto produjera dos hijos de Dios, uno por naturaleza y otro por adopción, y, por tanto, dos personas, suprimiendo así toda la realidad de la Encarnación, negó a Jesús el alma intelectual y libre, cuya función habría sido asumida en Él por el Verbo. De este modo resultaba en Jesús no sólo una persona,

que te vea yo suspendido entre dos ladrones? [134]. Y, lo que es peor: no ha sucedido todo ello por algún extraño golpe inferido por un enemigo, sino que es un amigo quien, con toda conciencia, te envía al tormento sin que tú te opongas. Es quien te entrega un discípulo al que tú discretamente has señalado con el pan [135] a tus amigos, 710. usando de benevolencia con él para darle la oportunidad de huir del mal. Mas no la usó él, tan enganchado estaba ya en la soga [136]. Pero ¿por qué te envió el Padre a la tierra? ¿Por qué quiso someterte a una muerte tan extremadamente ignominiosa? ¡Mas, ah! ¡Desventurada! ¡Qué es lo que ahora veo! 715. ¡No puede soportarse, ni anunciarse siquiera: me muero! ¡Ay, ay, Hijo mío! ¡Es tu inmolación una injusticia inconmensurable! ¡Cuán indignamente te dan muerte! No tienes ningún pecado, pero te sometes a esta muerte para sanar el pecado de la primera mujer. 720. Lo sé, sé todo esto, pero no acierto a contarlo. Bien conozco con cuanta rapidez llegarán a su fin estos sucesos. Y, sin embargo, supera el dolor a mi

sino también una naturaleza, pues la carne era asumida de tal modo por el Verbo que llegaba a constituir una sola sustancia. No había fusión de dos naturalezas sino una sola que de simple pasaba a ser compuesta. La célebre forma sonaba así: «Una sola naturaleza del Dios Verbo encarnada». Los Padres del siglo IV condenaron esta explicación porque hacía vana la redención. Si la humanidad que Jesús venía a salvar era la nuestra, era necesario que la asumiera íntegra y por tanto también con el alma racional. Enseguida se convirtió en canónica la fórmula de SAN GREGORIO NACIANCENO: «Lo que no ha sido asumido no ha sido sanado». *Carta a Cledonio*, CI, 32 en *Lettres théologiques*, SourcesChr 208, p. 50.

134. Cf. Mt 27, 38; Mc 15, 27; Lc 23, 33.

135. Cf. Mt 26, 21-25; Mc 14, 18-21; Lc 22, 22-23; Jn 13, 21-30.

136. Cf. Mt 27, 5; Hch 1, 18.

esperanza. Me lamento amargamente con lágrimas ardientes. 725. Siempre es proclive al lamento y a los llantos el linaje de las mujeres [137].

Cristo

¡Mira, oh la mejor de todas las mujeres!: el discípulo virgen [138] es para ti como un nuevo hijo. Y ve ahí, mi discípulo, a una nueva madre para ti, que es también virgen [139]. 730. ¿Por qué se ha ensombrecido, mujer, tu mirada? ¿Por qué has permitido que inundaran las lágrimas tus mejillas? ¿Por qué te turbas, siendo bienaventurada, y no acoges con gozo este comportamiento, como proveniente de mí? Estos acontecimientos están en armonía con lo que yo mismo 735. y conmigo los profetas de Dios, predijimos. Este es el momento en que pagará su pena el enemigo de los nacidos. ¿Por qué, pues, continúas lamentándote por tu Hijo?

137. Los análisis psicológicos formulados en axiomas no pertenecen al estilo evangélico. Tienen su origen en la tragedia, aunque aquí no se puede identificar su origen exacto.

138. Naturalmente en el evangelio de san Juan se encuentra esta doble calificación de virgen aplicada a la madre y al discípulo. Aparece, por el contrario, en NONNO DE PANOPOLI, *Paraphrasis in Ioannem* 19, 26-27, PG XLIII, 904 B: «Oh señora, madre amante de las vírgenes he ahí a un hijo virgen». Y a Juan: «He ahí, amante de las vírgenes, a la Virgen que te engendró». En el mundo latino, según era costumbre, el episodio fue comentado en forma ditirámbica por san Jerónimo, *Epist.* CXXVII, 5, CSEL LVI p. 150, 3-4, donde se afirma que Cristo prefirió a Juan por su virginidad, *ut hereditatem virginis domini virginen matrem filius virgo susciperet.*

139. Cf. Jn 19, 26-27.

La Madre de Dios

¡Oh, no! ¡Pensando en quienes me rodean he llegado a decirme a mí misma tales palabras 740. y compadeciéndome de ellos lloro arrastrada por la desgracia! Me lamento por los hechos que van a cumplir quienes te han colgado, Hijo mío. Mi dolor es mayor aún que mi firme esperanza. 745. Pues tú darás pronta muerte al que es por naturaleza nuestro adversario y derribarás así, nuestro triste destino y muy luego, resucitado, harás pagar a los culpables. Mas la mujer es por naturaleza femenil y dada al llanto [140]. Por eso yo 750. me lamento aguijoneada por el dolor y me aflijo. Soy gloriosa, ciertamente. Mas si me privas de verte, de ver tu rostro encantador para mí, sin él me muero. ¡Cómo me ha destrozado el alma la llegada de este drama, sobrevenido cuando menos lo esperaba! ¡Me voy! La vida ha perdido su encanto para mí, 755. Hijo mío, sólo deseo morir. Sola y sin patria, me consumo. No tengo padres, ni hermanos, ni parientes a los que recurrir en mi desgracia. Si no vuelvo pronto a verte, Hijo mío, ¿cómo podré resistirlo? 760. Te lo ruego, Hijo mío, no me dejes privada de ti.

Cristo

¡Ten confianza! Yo miraré por que todo salga bien. Y de lo tuyo cuida también Dios. Dirígete a Él. No sabes cuán grande es el hallazgo que hoy has hecho. Miraré para que a ti se te asignen los dones más bellos 765. del cielo, de la tierra y de la creación entera. Por muchos motivos he de concederte esa gracia.

140. Cf. vv. 725-726.

La Madre de Dios

Sí, tengo confianza, y en modo alguno pongo en duda tus palabras. Doy por cierto que han de ser para mí las cosas mejores [141]. Yo te he alumbrado y sé muy bien cómo te engendré. 770. Y a pesar de todos los conocimientos que he adquirido, mi dolor me vence. Te suplico por esta tu pasión redentora que libra de pesar al género humano, me prosterno abrazando tus pies como sólo una madre puede hacerlo: ten compasión, tenme compasión, desgraciada de mí, 775. y no me dejes sola a falta de ti. Tómame como familiar en tu tierra y en tu casa si has decidido no juzgar tu causa enseguida. ¡Quiera el Padre conceder que este ardiente voto en tu favor se cumpla pronto y llegue a su fin y después de tu muerte voluntaria, 780. pueda yo verte resucitado al tercer día de entre los muertos, según tú mismo predijiste a menudo a tus amigos! De esta suerte todo será para mí más seguro y tú mismo, reconocido como Hijo feliz de un feliz Padre, serás alabado con himnos por toda la Creación [142]. 785. Que no tenga yo que arrastrar una larga vida dolorosa y al menos que la turba de tus asesinos pague su culpa por haberte dado muerte a ti, Señor de cielos y tierra. Que conforme a sus acciones encuentren éstos los males prescritos para los impíos mortales [143]. 790. Mas no me duelen tanto éstos cuanto sus hijos [144], no sea

141. Cf. Mt 12, 49-50; Mc 3, 33-35; Lc 8, 21.

142. En el trasfondo está quizás el ferviente himno de Flp 2, 9-11 (cf. Is 44, 23).

143. Estas desventuras serán explicitadas por José. Cf. vv. 1700-1711.

144 En la suprema imprecación con la que los judíos habían desafiado rabiosamente a Cristo culpándose con su sangre, habían nombrado también explícitamente a sus hijos. Cf. Mt 27, 25.

que siendo sus descendientes, les estén unidos también en las penas y queden destinados a proclamar la impía maldad de sus padres. Pero tú, Hijo de mis entrañas, Luz nacida de Dios, pon freno, haz que cese, separa del asesinato 795. al resto de la estirpe elegida [145].

Cristo

Gustosamente, mujer, acepto tus súplicas. No las censuro. Antes, al contrario, por muchos motivos estoy determinado a concederte esa gracia. No quedarás privada de ella. A tal fin colaboraré contigo por completo, 800. y tú misma, descargada ya de tu aflicción, tendrás ocasión de conocer lo que de opuesto ha de ganarte tu pena.

La Madre de Dios

¡Cuán bueno y noble es tu ánimo, Hijo mío! ¡Aun sometido a desgracia tan terrible permanece incólume tu corazón! 805. Con qué esmerada solicitud me has atendido siempre. Pensando en ella me doy cuenta de que he sido irreflexiva y de que me he quejado en vano. En vano me he dirigido a mí misma estas palabras.

145. Toda la historia del pueblo judío se reduce a un amor singular en su sorprendente unicidad. Dios lo ofrece y exige respuesta a cambio, aun reconociendo la libertad del hombre. Israel, por su parte, oscila entre períodos de fidelidad y de arrepentimiento. Correspondiente a tal alternancia de sentimientos es el sucederse de premios y castigos que se concretan en éxitos y calamidades.

El coro

¡Ah, ah! He oído gritos, lamentos gimientes y doloridos. 810. He oído una voz, he oído un clamor de lamentos, como si alguien, victima de algún terrible mal, invocase a Dios.

La Madre de Dios

A buen seguro que aquel que por allí llega es el ilustre [146] Pedro, triste, lamentándose y contrito. Se encomienda a Dios como si hubiera cometido un gran delito. 815. ¿Por qué te lamentas, Pedro? Por terrible que haya sido lo que has hecho, te es dado siempre alcanzar el perdón de Dios. ¡Oh, Hijo! ¡Oh, queridísimo! ¡Oh, Verbo de Dios! ¡Perdóname! Es natural que el hombre peque [147] y Pedro, temeroso de la multitud, ha pecado.

146. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioannem* hom. LXXXVIII, 1, PG LIX, 478, atribuye a Pedro los epítetos de «elegido entre los apóstoles, boca de los discípulos, jefe del grupo». Para la preeminencia de Pedro cf. también EUSEBIO, *Hist. Eccles.* II, 14, 6. Este adjetivo ha aparecido ya en el v. 186.

147. Precisamente para el caso de Pedro, ORÍGENES, *Series veteris interpretationis commentariorum in Matthaeum* 88 GCS ed. de E. KLOSTERMANN y U. TREU, p. 202, 7, observa que «la naturaleza humana está siempre pronta a vacilar». Y CRISÓSTOMO, *In Ioannem* hom. LXXXIII, 3 col. 451, destaca la debilidad de la naturaleza humana. También G. NACIANCENO en *Or.* XL, 7, PG XXXVI, 365 C, hablando en general declara que «es humano pecar». *El Evangelio de Gamaliel* en uno de sus pasajes más antiguos, representa el llanto de María y Juan por la negación del apóstol.

Cristo

820. Vuélvete ahora, Madre virgen, y soporta el dolor. Pues que tú lo deseas, absuelvo a Pedro de su caída. Desde siempre he obedecido yo tus palabras en atención a tu fervor y a tu piedad [148]. Por lo que a ti concierne, nada añadiré [149]. 825. Las lágrimas [150] siempre alcanzan de mí muchas gracias y han la virtud de desatar todo vínculo de culpa. Te lo exhorto de nuevo: no odies a ninguno de los mortales [151], ni siquiera aquellos que contra toda ley me han colgado del madero.

La Madre de Dios

¡Cuán benévolo es siempre tu ánimo! 830. Ni en tan atroz tormento eres capaz de ser hostil al género humano. Ni siquiera te enfureces contra los que te han colgado del madero. Pero ¿quién podría soportar, Hijo mío, el furor de tu ira? ¿Quién resistiría ante tu indignación? [152].

148. Por la obediencia de Jesús a su madre cf. Lc 2, 51 y Jn 2, 4-8. La consecuencia extraída de esta obsequiosidad de Jesús con María es la de elevar a ésta a la más alta excelencia, preconizada por Él en Mt 12, 49-50; Mc 3, 33-35 y Lc 8, 21.

149. Para las declaraciones precedentes, presupuestas ya aquí, cf. vv. 761-766 y 796-801.

150. Por lo que hace a las de Pedro cf. Mt 26, 75; Mc 14, 72 y Lc 22, 62. Para la eficacia que tienen en orden a la remisión de los pecados cf. Lc 7, 44 y 48.

151 Cf. Mt 5, 43-45; Lc 6, 27-29 y 35.

152. Para estas preguntas angustiadas cf. Sal 75, 8; Jl 2, 11; Na 1, 6 y Ml 3, 2.

Cristo

¡Aléjate, vete ahora de entre los asesinos! 835. De las cosas que has venido a tratar conmigo están ya solucionadas unas, el resto me acordaré [153]. Así, pongo fin a mi conversación contigo sobre ellas.

La Madre de Dios

Está decidido, según parece. ¡Ah, mísera de mí! ¡Ay, ay! ¿Qué es esa voz estremecedora que has dejado escapar [154], 840. tú que eres todo dulzura y alegría? [155]. ¿Qué amargura has probado para saciar tu sed? [156]. De nuevo has gritado que tienes muchísima sed [157].

El coro

¡Me he turbado al escuchar un grito [158], infortunada de mí! No conozco el motivo por el que ahora te

153. La gracia ya concedida es la del perdón de Pedro (vv. 817-819 y 821-823) y probablemente se incluye también la salvación para el «resto de Israel» (vv. 790-795 y 796-798). La solicitud cuyo futuro cumplimiento promete Jesús es la de que la Virgen tendrá un lugar en su reino y en su casa (v. 776). Para el sentido y el ritmo del verso, inspirado en *Med.* 933, cf. SAN GREGORIO NACIANCENO, *Or.* VII, 17, PG XXXV, 776 B.

154. Cf. Mt 27, 46; Mc 15, 34.

155. Cf. Ct 5, 16.

156. Cf. Mt 27, 34 y 48; Mc 15, 23 y 36; Lc 23, 36.

157. Cf. Jn 19, 28.

158. Se trata del fuerte grito que precedió inmediatamente a la muerte de Cristo. Cf. Mt 27, 50; Mc 15, 39 y Lc 23, 46. El autor confía al coro la misión de anunciar la agonía de Jesús y a

lamentas, 845. y me gustaría que me lo contaras. ¡Di algo, vamos, mira al menos! ¡Ay, ay, qué desgracia! ¿Por qué, por qué se ha apagado tu mirada y ha perdido su expresión tu rostro?

la Virgen la de comunicar su muerte. Común a los dos personajes es la exigencia de estar informados directamente por Él de las condiciones en las que se encuentra.

LA MUERTE

La Madre de Dios

Callad, mujeres, estamos perdidas. Apagad vuestras voces. Quiero interrogar a mi Hijo: 850. lo veo ya próximo a la muerte. Sí, sí, contemplo cómo inclina su cabeza venerabilísima [1], cómo suspende levemente su conversación. Mas ¿qué veo? Contemplo, Hijo mío, cadáver tu cuerpo, hecho éste digno de gran admiración: 855. Él, que poco ha gritó al Padre con voz poderosa [2] que estremeció los confines del orbe y que, como algo terrible, fue devuelta por la tierra llena toda ella de su sonido. A quienes estaban presentes se les presentó un espectáculo más poderoso que su vista. 860. Tú, a quien hace poco veía yo, quien no mucho ha mirabas esta luz... ¿qué te ha sucedido? ¿Cómo mueres, Hijo mío? Querría saberlo por ti mismo. Pues el corazón, siempre deseoso de saberlo todo, 865. incluso en los infortunios se deja capturar por la avidez. ¡Ay, ay, ay, ay! Todas estas cosas concuerdan con lo que estaba predicho. ¡Ay, ay!, ¿qué haré? Me desfallece el corazón. Mujeres: no

1. Cf. Jn 19, 30.

2. Este súbito silencio tras el grito que «descompuso» al mundo y conmovió los confines del orbe, es una cesión a la muerte y a su aceptación victoriosa. Contiene implícita la misma voluntariedad que será subrayada más adelante (vv. 880-882). Precisamente en el acto de su suprema debilidad, Jesús da un impresionante testimonio de fuerza.

veo ya resplandeciente la faz de mi Hijo: 870. ¡Ha mudado su color, ha perdido su excepcional belleza! ¡Qué terrible visión! ¡Siento incluso miedo de tocar su cadáver! Me atengo así a las perturbaciones de los astros, al temblor de los confines de la tierra, al quebrantarse de las piedras [3]. Alejaos, alejaos, no me siento ya capaz de mirarlo, 875. me vencen las fatigas. Soy consciente de que todos estos sucesos se desarrollarán con suma rapidez [4], mas mi dolor supera a mi esperanza, aunque ésta es firme. Hijo del Todo Soberano ¿cómo ha sido que fueras a las mansiones del Hades [5] a causa del destino de nuestros antepasados? 880. Te has ido al pronto, como es propio que lo haga quien libremente rinde su espíritu, pues nunca te habría vencido el destino si tú no hubieras sometido voluntariamente tu espíritu al Padre. He oído, he escuchado el grito que al Padre dirigiste [6]. ¿Por qué el Padre te arrebata de la tierra? 885. ¿Por qué quiso que murieras de forma tan deshonrosa? ¿Por qué has dejado huerfana de ti a la madre que te engendró? ¡Ay de mí! ¡Ojalá pudiera, Hijo mío, morir contigo! Mira: muerto tú ¿qué ciudad me acogerá? ¿Qué extranjero cuidará de mi cuerpo procurándome una tierra inviolable y una morada que ofrezca garantías? ¡Nadie! 890. Te esperaré todavia un breve tiempo, hasta que vea el día tercero, el de resplandeciente luz como tú mismo dijiste, dando a entender tu resurrección de entre los muertos. Tengo esperanza en ello y en virtud

3. Cf. Mt 27, 45 y 51; Mc 15, 33; Lc 23, 44-45.

4. Alude a la resurrección esperada para el tercer día. Alma del drama es esta firmísima relación entre la muerte y la segura espera de la resurrección.

5. Perífrasis clásica que denota simplemente la muerte. Sólo más tarde se hablará propiamente del descenso a los infiernos de Cristo.

6. Cf. el v. 855.

de la misma resisto. 895. Aunque ahora vea tu cadáver crucificado, le lamento más por mí que por ti, me duelo por tu ausencia: que más que tú muerto estoy yo destruída. ¡Muero, Hijo mío! ¡Carece de atractivo para mí la vida! ¡Ay, ay! 900. Ya cubre mis ojos la tiniebla. Me muero y anhelo las mansiones de abajo, deseo lo que está bajo tierra. Privada como estoy de tu vista sólo quiero ir enseguida a encontrar la oscuridad subterránea. ¡Desventurada de mí! Cuánto es ahora mi dolor. 905. Es, en verdad, insoportable e indescriptible. ¡Ay de mí, desgraciadísima madre! ¿Cómo me darán consuelo esos ojos, mudos y cerrados? ¿Es que, Hijo mío, te alimenté yo en vano a ti que distribuiste a todos comida en abundancia? 910. ¿Fueron en vano mi tormento y mis fatigas por huir de quienes buscaban, Hijo mío, tu muerte desde el primer momento de tu nacimiento? [7]. No, no pienso tal, por mucho que me levante y gima. Yo que te he dado a luz sé bien cómo te había engendrado. 915. Por eso, infeliz de mí, alimentaba yo la esperanza de que en mi vejez tú serías mi sustento y de que al llegar mi muerte tus manos dispondrían para mí las honras fúnebres con el decoro que siempre desean los hombres. Y aunque ahora estés muerto, Hijo mío, aún no he perdido tan dulce esperanza. 920. ¡Oh, dulce voz que me traía un dulce regocijo! ¡Oh, rostro amadísimo, belleza deseada [8], inefable, por encima de todo linaje, indescriptible imagen de una imagen indescriptible! No soporto mirarte. 925. ¿Por qué, por qué ahora callas, por qué no abres tu boca? ¡Dime una palabra, dame, dame algún consuelo! ¡Pronuncia siquiera sea algo para tu desventurada madre, Hijo mio! Sí, te tengo por

7 Cf. Mt 2, 13-18.

8. Esbozos tal vez inspirados en Ct 2, 14.

mi Hijo y por mi Dios, bien que hayas padecido una muerte miserable para hacerme a mí inmortal[9]. 930. Una muerte portadora de una fama inmortal y de una gran alegría para todo el linaje de los mortales.

El teólogo

Resiste, suprema soberana, aunque estás deseosa de llorar. Voluntaria, no involuntariamente, soportó la suerte fatal que derriba al destino que todo lo devora. 935. Vino como vengador del humano linaje, Él, que es Señor de todo lo creado y haciendo que mi cuerpo se purifique en una caldera de oro[10], con su Sabiduría que todo de antemano lo conoce, me limpiará de forma inaudita. Cuando gallardamente haya curado la perni-

9. Aquí la Virgen es, al mismo tiempo, una persona individual y la portavoz de la humanidad entera. La nítida afirmación de que la salvación de la Madre depende de la redención del Hijo es de un importante valor mariológico. El autor, que exalta decididamente a la Virgen, no olvida nunca su posición de redimida que comparte con el resto de los hombres: María es grandísima, pero sigue siendo una criatura. HIPÓLITO, *De Antichristo*, 26 GCS ed. H. ACHELIS p. 19, 3-4, escribe que Cristo con su muerte venció a la muerte e *In Danielem* II, 36 GCS, ed. de G.N. BONWETSCH, p. 112, 12-13 enseña que «Dios dejó sufrir (a su Hijo) para que viviéramos nosotros mediante su muerte en la cruz».

10. TERTULIANO, *De praescriptione haereticorum* 36, 3 CChr I, ed. de R. F. REFOULÉ, pp. 216-217, narra que «el apóstol Juan, tras haber sido sumergido en aceite hirviente, no padeció daño alguno». Esta noticia fue recogida dos veces por SAN JERÓNIMO, *In Matthaeum* 20, 23 PL XXVI, 143 C y *Adversus Iovinianum* I, 26 PL XXIII, 247 C, donde inserta por su parte la precisión de que «salió de allí más puro que cuando había entrado». El dato no tiene confirmación ni en otros textos patrísticos, ni en los martirologios, ni en calendarios antiguos.

ciosa vetustez de la antiquísima injuria que causó la ruina de los hombres, 940. me convertirá en un agradable joven en la flor de la edad. Puesto que una funesta vejez nos consume a todos, también a mí [11] me devora la vejez y me abruma con el peso de las calamidades [12] originadas por la antigua vergüenza de la madre que fue engañada [13]. Mas Él en persona anunció que me libraría de esta ruina 945. y que atraería hacia sí a la propia madre, a la tierra y a la familia que fue por aquélla traicionada [14]; por su traición, cometida bajo la seducción de una alimaña [15] enfurecida, fue ella arrojada a esta tierra como madre de gemidos en compañia del hombre al cual privó de su dignidad [16], como

11. Más que como individuo, san Juan habla como representante de toda la humanidad.

12. Cf. Gn 3, 16-19.

13. Cf. Gn 3, 13.

14. Fuerte explicitación del compendiado anuncio de Gn 3, 15, llamado «protoevangelio», en cuanto «primera buena nueva» de la redención.

15. Se toma el vocablo de Gn 3, 1.

16. Difícilmente pueden considerarse casuales e inconscientes las coincidencias de los temas desarrollados en la primera intervención de María y en la primera de san Juan, el Teólogo. Ambos están situados en los puntos nucleares, estructurales y conceptuales, del drama: comienzo de la pasión y espera de la muerte, comienzo de la muerte y espera de la resurrección. Tal correspondencia, que refuerza los motivos esenciales de la redención, confiere al conjunto de la obra una cierta armonía, subrayada además por la coherencia entre las concepciones de los dos personajes principales del drama: la «protagonista», la Madre de Jesús, y el «segundo personaje», que es Juan, quien por una investidura testamentaria, queda constituido en personificación y sustituto de Jesús. Para el v. 949 cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Genesim* hom XVIII, 1 PG LIII, 148, donde el orador afirma que Adán y Eva con su pecado se despojaron de una gloria inefable y de una vida no inferior a la angélica

ella misma pudo comprender. 950. Pues por las desgracias padecidas, aquella pobre infeliz entendió qué grave es abandonar un huerto ubérrimo y cultivado. Mas aquél proclamó que por tal motivo quería Él cargar todo sobre sí [17], y por propia voluntad soportó el destino fatal declarando que al tercer día resucitaría del sepulcro, 955. llevando consigo una gran alegría para sus queridos discípulos [18]. Conociendo con antelación todos estos sucesos, los anunció con toda claridad. Próximo está ya ahora el final de todos ellos; queda sólo por venir el día gozoso: esperemos también su advenimiento y todo será según lo predijo. 960. Pues Él, que ha padecido dolores auténticos, al tercer día habrá de manifestarnos un gozo también expléndido. Bien conoces tú el término de todos estos acontecimientos. Sustituirá tus presentes dolores y gemidos [19] por grandísimos honores en el cielo y en la tierra [20], 965. y llenará los confines del orbe con palabras de alabanza en tu honor y la raza de los mortales elevará templos a tu nombre. Bien pronto otorgará a la tierra en lugar de esta muerte impía una fiesta magnífica [21] y convertirá en «Tierra Santa» [22] al país de Solima [23]. 970. Por tanto, no te duelas más allá de lo que es decoroso. No te lamentes de

17. Paráfrasis de Mt 26, 28; Mc 14, 24; Lc 22, 19-20. El Precursor, además, ya había presentado a Jesús como investido de esa misión. Cf. Jn 1, 29.

18. Cf. Lc 24, 41 (52); Jn 20, 20.

19. Se recoge el motivo de vv. 800-801

20. Cf. *De la infancia del Salvador* 24, donde se afirma que «los ángeles le obedecían como sus queridísimos a la queridísima».

21. La Pascua de Resurrección.

22. Para la expresión «Tierra Santa» cf. Ex 3, 5 (Hch 7, 33) y Sb 12, 3.

23. Solima era el nombre antiguo de Jerusalén.

forma tan insoportable, sin levantar los ojos, sin apartar de tierra el rostro ni las mejillas del curso de las lágrimas. ¿Hasta cuándo seguirás inclinando tu cabeza, 975. regando la tierra con la corriente de tu llanto? Sabedora de que el ojo vengador del Señor, que todo lo vigila, te dará pronto una gran alegría, es menester que sólo hacia Él dirijas tu mirada [24]. Lo sabes, sabes bien que a estos preludios seguirá 980. un final esplendoroso, un día de gloria. Es preciso que esperes un solo día, el de mañana, para que termine la causa de tu aflicción, la misma que a mí me consume.

La Madre de Dios

Tú, discípulo virgen, me has sido señalado como otro hijo. Así me lo indicó mi propio Hijo [25], el que también fue mi Unigénito. 985. Todo lo sabes bien tú ¿qué necesidad hay de hablar? Sabes cómo lo alumbré sin necesidad de varón ahorrándome los duros trabajos del parto. El que lo anunció dijo que era Hijo de Dios [26] y en verdad que hizo Él muchas cosas sólo de Dios propias. 990. ¿Cómo puedo, entonces, soportar ver desnudo y cadáver colgado de un madero a quien levantó sobre el agua la tierra [27], a aquél en cuyo honor se oscureció la luz del sol y el brillo de la luna se entenebreció, 995. quebrantándose entonces y abriéndose los sepulcros para mostrar el poder de quién, siendo su señor, por ellos padecía? [28].

24. Actitud bíblica: cf. Sal 24, 15; 122, 2; 140, 8; 144, 15.
25. Cf. Jn 19, 26-27.
26. Cf. Lc 1, 35.
27. Cf. Gn 1, 9-10; Sal 135, 6.
28. Cf. Mt 27, 45 y 51-52; Mc 15, 33; Lc 23, 44-45.

El teólogo

Señora, soberana, Madre del Verbo, también yo estoy asombrado y no soporto contemplar 1000. un espectáculo que estremece: muerto el Señor que con su aliento inspira la vida a los vivientes. Amargo es mi lamento y ardienes mis lágrimas. No obstante, me sostiene la esperanza y me da fuerzas para contener el llanto: no me abandona la fe en las palabras del Señor. 1005. La hermosa luz del tercer día alumbrará al cumplimiento de la esperanza que me nutre. ¡Que no pase inadvertido ese día! Si tal fuera, más me valdría morir.

La Madre de Dios

Oigo decir, y lo sabía ya, que el día tercero su cuerpo santísimo tornará a levantarse de la corrupción [29]. 1010. Mas por el momento, se me hace odioso el día, odiosa la luz y lo que antaño me hacía feliz me hace sentirme ahora desgraciada [30]. Esto hace que considere como una sombra las cosas de los mortales y no me asusta decir que quienes de entre ellos parecen más sabios y de palabra más fácil, 1015 habrán de ser condenados a una pena mayor. Pues por naturaleza, ningún mortal es feliz. Tal vez alguno supere a los demás en fama o prosperidad. Mas no alcanzará la felicidad verdadera.

29 «Corrupción» aquí es metonimia habitual para significar muerte.

30. Cf. vv. 71-74.

Primer semicoro

De todos cuantos seres viven y tienen conocimiento, 1020. las más desventuradas somos las mujeres que hemos dado a luz y hemos visto morir a nuestros hijos. ¡Más preferiría morir tres veces, que no dar a luz una y asistir a la suerte funesta del hijo que he criado! Mas, señora soberana, virgen feliz, estas palabras no nos afectan de igual modo a ti y a mí. 1025. Tú difieres mucho de todo nuestro género. Pues yo, tras recibir de un hombre placer, a cambio de aquella satisfacción he de criar con dolor a los que con fatiga di a la luz, y sabedora de haber alumbrado a un mortal, padezco las consecuencias: es necesario que los mortales sobrelleven sus infortunios. 1030. En cambio tú, virgen, no has conocido el lecho de un varón y afirmas haber oído de un ángel que darías a luz a Dios. ¿Cómo puedes soportar verlo ahora cadáver?

La Madre de Dios

¡Dejadme! No me resulta grato lo que no lo es. 1035. Lo que fue anunciado es tal y como fue anunciado. No se ha de censurar al feliz portador de una verdad, de una buena noticia. Estoy segura de no haber sido engañada por aquel anuncio, pues guardo en mí certísimas garantías. A pesar de lo cual es disculpable que llore 1040. pues he padecido muchas desgracias, muy dignas de llanto todas ellas. Lloro y he de lamentarme hasta ver resucitado al que es ahora cadáver.

Segundo semicoro

Señora, virgen, es necesario que disculpes si alguno

de corazón ardoroso dice con insolencia alguna necedad. Finge no haberle oído, 1045. tú de quien sabemos ser la más sabia de los mortales [31].

La Madre de Dios

¡Ay, ay! He padecido infortunios dignos de grandes lamentos. Oh, grandeza que no puede medirse ni ser vista [32]. Merced al crimen cumplido con vuestras manos miserables, 1050. habéis convertido al magnífico vencedor glorioso en objeto de lamento y lágrimas. ¡Ciertamente, es un bellísimo espectáculo mostrar una mano tinta en sangre! ¡Oh, oh! Si cayerais en la cuenta de lo que habéis hecho: sufriríais con padecimientos horribles; mas si hasta el fin permanecéis. 1055. siempre en el estado en que acabáis de colocaros, aunque no alcancéis una fortuna próspera, no pensaréis ser desgraciados. Pero, a lo que creo, no ha de quedar esto sin castigo. Pues ¿cuál de vuestras acciones carece por entero de impiedad? ¿Qué hay de decoroso en ellas? Id, id en mala hora odiosos asesinos, 1060. que no advertís que habéis dado muerte al Señor aunque veáis temblar a la creación entera. Antes muy por el contrario, os sentís orgullosos cuando ponéis vuestro afán en cometer crímenes.

31. El segundo semicoro, que ha acogido enseguida tanto la imprudente agitación de sus compañeras cuanto la reacción inmediata de María, corre a presentar sus excusas y a solicitar de la «virgen Señora» el perdón de un impulso que procedía de la ligereza más que de la malicia.

32. Aunque aquí la expresión quede ambigua, la «grandeza» parece referirse más al dolor de la Virgen que a la persona de Cristo.

El coro

Bajo cualquier punto de vista es perverso lo que se ha llevado a cabo. ¿Quién puede decir lo contrario? En verdad es dolorosa hasta el extremo la vida de los mortales, 1065. mas, a pesar de tantas fatigas, aman ellos su vida. Mas aunque tú no hayas sido la única a ser separada de tu hijo, tu dolor, virgen santa, no es comparable al del resto de los hombres. Porque tu parto tampoco fue igual al que es común en nuestro linaje. Sin embargo, conviene que todo lo soportes 1070. con corazón paciente y que exhibas ahora una inconmovible esperanza [33].

La Madre de Dios

¡Ay! ¡Ay! Muchachas: veo que uno de esos malvados que quiebran las piernas de los ajusticiados [34] dirige su lanza directamente al corazón de mi Hijo. 1075. Temo que cavile algún nuevo mal y que me produzca otra desgracia más haciéndome contemplar ultrajado el cadáver de mi Hijo. ¡Ay de mí, ay de mí! Ven mis propios ojos un nuevo y terrible espéctaculo. 1080. Mirad, observad la sangre del cadáver traspasado. Ved, ved como mana una doble fuente. Pues sin mezclarse, han manado al mismo tiempo sangre y agua del costado traspasado por la espada del joven soldado [35] prove-

33. El coro retoma sustancialmente los conceptos expresados ya por el primer semicoro (vv. 1024-1033), pero depurados ahora por la reacción de María y, consiguientemente, con el tono oportuno.

34. Cf. Jn 19, 32-33.

35. Cf. Jn 19, 34.

niente de la perversa Ausonia [36]. 1085. Sigue fluyendo de ese mismo lugar la doble fuente y aquél mismo que lo hirió grita fuera de sí: «Verdaderamente era Hijo de Dios este cadáver» [37]. Mirad ahora: corre y se deja caer junto al madero. Vencido por el espectáculo cae al suelo. 1090. Se golpea el pecho [38] y se aferra a la tierra allí donde está enclavado el leño, empapado ya por la corriente que aún mana del costado. Toca la fuente con sus manos y unge su rostro para purificarse, a lo que parece [39].

El coro

1095. No parece sino que el rey acumule con justicia en este día muchos males sobre sus asesinos.

36. Apelativo dado por los griegos del helenismo a la Italia no griega y más tarde por los poetas romanos a toda la antigua Italia. Derivaba de la población homónima que en época remotísima habitaba en el Lacio meridional y en la Campania y que estaba étnicamente emparentada con los latinos.

37. Cf. Mt 27, 54; Mc 15, 39; Lc 23, 47. Este grito viene a ser el desahogo de un intenso y dramático agobio psicológico. En el curso de la mañana el centurión había oído decir contra Jesús la acusación de haberse declarado Hijo de Dios (Jn 19, 7). Un fondo de natural honestidad y de sana simplicidad y la subsiguiente apertura hacia las manifestaciones divinas, de las cuales eran ofrecidas variadas narraciones, tanto por la mitología pagana cuanto por las tradiciones judaicas, le debían inclinar a reflexionar con cierta seriedad sobre aquella reivindicación.

38. Cf. Lc 23, 48. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaeum hom.* LXXXVIII (LXXXIX), 2 PG LVIII, 777, recoge un rumor según el cual este centurión, convertido ya, habría padecido martirio.

39. Sobre el uso de purificar los sentidos mediante la unción con la sangre eucarística de Cristo, práctica atestiguada por Clemente de Alejandría, Justino, Afraate, san Cirilo de Jerusalén,

¡Quiera el ojo vengador del Señor que todo lo ha creado cumplir todo sobre sus enemigos, mas no sobre quienes le aman! Llegue su justicia, llegue rápida y manifiesta sobre los asesinos, a fuego y espada. 1100. Es éste, ciertamente, un prodigio cuya visión estremece: aquél clavó su lanza en el costado y herido éste, al punto derramó un admirable manantial de sangre sin mezclarse. 1105. Es, desde luego, un espectáculo estremecedor y verlo me produce escalofríos. En ello tengo como maestros a la misma creación, a los confines del orbe estremecidos, a las rocas quebrantadas, a los sepulcros abiertos y al mismo que le hirió, que tembloroso cae a tierra y la toca [40].

La Madre de Dios

1110. ¡Oh, Hijo! ¡Oh, queridísimo! ¡Oh, faz divina! Como tal te has manifestado a todos, también a quienes no eran tus amigos. Es esta desgracia digna de llanto. Derramas sobre nuestra estirpe tu sangre purificadora y los malvados quedan conmovidos ante la contemplación de tan insólitos sucesos [41], 1115. y procla-

Teodoreto de Ciro, etc... cf. FR. I. DÖLGER, *Das Segmen der Sinne mit der Eucharistie. Eine altchristliche Kommuniositte*, en *Antike und Christentum*, III Band, Münster i. W., 1932, p. 231-244. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In martyres homelia*, PG L, 664, exhorta a ungir las partes más importantes del cuerpo con el aceite de los sepulcros de los mártires.

40. Las terribles conmociones de la naturaleza (vv. 1106-1108 y cf. 872-873; 1210-1211) y en el alma de un protagonista (vv. 1109 y cf. 1088-1089 y 1090) se repiten por su valor apologético y dramático.

41. Cf. los vv. 1106-1108.

man sin rebozo que tú eres Hijo de Dios [42]. Todo tiembla, incluso aquello que está falto de entendimiento. Por una absurda envidia [43] te han dado muerte tus compatriotas, precisamente aquellos a quienes correspondía coronar tu cabeza, mas no para burlarse, como han hecho [44]. 1120. Y ni siquiera piensan en darte sepultura [45]. ¿Cómo podré yo descenderte del madero? ¿En qué sepulcro enterraré tu cuerpo? ¿Con qué lienzos envolveré tu cadáver? ¿Cómo entonaré las elegías [46] que se acostumbran en nuestra tierra? 1125. ¿Qué manos te rendirán los fúnebres honores? ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿En qué me he convertido, pobre desventurada? Mas ¿por qué me inquieto? He de confiar en tus palabras y en los hechos que cumpliste, para testimoniar que está en tu mano hacer cuanto desees. 1130. Dios es quien dispensa las desesperanzas. A menudo, exige cosas que parecen imposibles, mientras que, por el contrario, no halla cumplimiento lo esperado. ¡Mas sin duda, por donde menos espero habrás de encontrarme tú un camino!

42. Cf. el v. 1087.
43. Cf. los vv. 434-436.
44. Cf. Mt 27, 29; Mc 15, 17; Jn 19, 2.
45. Efectivamente, los jefes de los judíos no pidieron a Pilato que fueran sepultados los cuerpos de los ajusticiados del Calvario, sino sólo que fueran quitados de en medio. Cf. Jn 19, 31.
46. Cf. los vv. 1376 y 1463.

LA SEPULTURA

El teólogo

He aquí a José que viene con paso presuroso. 1135. Tal vez tenga algo nuevo que decir. Y veo una nueva ocasión de asombro: contra lo que podría esperarse, le acompaña el discípulo nocturno [1] que trae consigo todo lo necesario para el desprendimiento. Feliz [2] quien

1. Es Nicodemo, el mismo que trató de conciliar la impresión que le habían causado los milagros de Jesús, con la circunspección que le era impuesta por su condición de maestro de la Ley y miembro del Sanedrín, yendo por eso a encontrarse con el Maestro-Taumaturgo durante la noche (cf. Jn 3, 2). A continuación, intentó una tímida defensa de Jesús ante la acrimonia de pontífices y fariseos (Jn 7, 50-52) y en el momento de la sepultura vuelve a aparecer con una generosa provisión de mirra y áloe (Jn 19, 39). En los tres casos, tanto el texto griego de san Juan –de lectura algo dudosa para el segundo– cuanto la *Vulgata*, recuerdan la visita «nocturna». Había llegado a convertirse en su emblema, quizás porque era también expresiva de su carácter: ni escéptico, ni apasionado, ni cobarde, ni heroico. Era el hombre de las medias tintas. Acudió junto a Cristo a la luz de las velas e intervino en su favor cuando la atmósfera comenzaba ya a difuminarse. SAN GREGORIO NACIANCENO le llama «el devoto nocturno»: *Or.* XLV, 24, PG XXXVI, 656 D.

2. Ferviente celebración de José de Arimatea, a quién Lucas (23, 50-51), presenta con el calificativo de «bueno» que le fue dirigido como propio a Jesús (Mc 10, 17; Lc 18, 18) y con el de «justo» que fue aplicado a san José (Mt 1, 19). Por la rectitud de su corazón y por la espera del Reino de Dios renovaba las actitudes

conociendo los misterios de Dios, 1140. santifica su vida y participa en las ceremonias que purifican el alma y sacudiendo de su cuerpo toda mancha, corona su cabeza con una diadema de virtud y se entrega por completo a servir a Dios. 1145. Pues tengo por seguro que respetar y ser piadoso con las cosas concernientes a Dios, es lo más hermoso y lo que más aprovecha a los mortales que a ello se dedican.

José

¡Queridísimo! He reconocido tu voz al oírla: la sabia voz emitida por un hombre sabio [3]. He venido de lejos [4], 1150. y con estos instrumentos [5] me propongo enterrar rápidamente el cadáver amado. Es necesario que aquel a quien antes, cuando estaba en medio de nosotros, amábamos con veneración lo veneremos

del anciano Simeón (Lc 2, 25). Durante la tempestuosa sesión del Sanedrín que había condenado a Cristo, se había mantenido en contra (Lc 23, 51) y tras su muerte se había llegado pronto a Pilato para pedirle le fuera entregado el cadáver. Este valor derrochado en el peligro había alejado toda sombra de sospecha causada por una tímida actitud en el pasado (Jn 19, 38). Bastante más noble que Nicodemo, mantenía, sin embargo, con él algún punto de contacto. No en vano aparecen juntos.

3. Referencia a la profundidad con la que san Juan sondeó en su evangelio la profundidad del misterio de Cristo, apuntando ya desde el prólogo un estudio de extraordinario valor. Sobre la sabiduría de san Juan cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ioannem* hom. II, 1-3, PG LIX, 29-33.

4. Arimatea, la antigua Ramathaim y actual Rentis, cf. EUSEBIO y SAN JERÓNIMO, *Onomasticon* 144, 28 ed. KLOSTERMANN p. 32, está situada a 12 km. al nordeste de Lidda y a 50 de Jerusalén.

5. Cf. Jn 19, 39-40.

también ahora cuando yace cadáver. ¿Cómo bajarlo? ¿Cómo transportarlo al sepulcro, 1155. para envolverlo en lienzos? [6]. Condúceme ahora tú, discípulo virgen, que eres joven, a mí que soy ya viejo pues tú eres sabio. No podré yo rendirme al cansancio, amanezca o llegue el atardecer, hasta no haber sepultado su cadáver en mi sepulcro nuevo [7]. Que también yo me lamento por su muerte, en la medida en que le es posible hacerlo a un discípulo, 1160. que no tiene ningún lazo de parentesco.

El teólogo

Ningún reparo pondré [8] a serviros de guía con cuanta destreza me sea posible.

José

¡Oh, magnífico prodigio de Dios! Señora mía: ¿Cómo has podido soportar junto a tu Hijo tanta soledad, 1165. y llorar tu dolor en su presencia? Sólo el discípulo virgen [9] ha permanecido a tu lado y ha

6. Cf. Mt 27, 59; Mc 15, 46; Lc 23, 53; Jn 19, 40.

7. Cf. Mt 27, 60; Lc 23, 53; Jn 19, 41.

8. Es Juan quien interviene, en este episodio, tomando la palabra unas trece veces, en las cuales hace efectivamente de guía, sobre todo espiritual y moral, de José. Además de las alternativas del diálogo, José se dirige a Juan en alocuciones específicas (cf. los vv. 1792-1793). Juntamente con la Madre de Dios es punto de referencia de sus miradas y pensamientos.

9. Cf. Jn 19, 25-26.

abandonado a su hermano [10] en el grupo de los discípulos iniciados en los misterios. El resto de sus compañeros dominados por el miedo [11] han huido [12]. Presos de su terror, 1170. ni siquiera han asistido a ninguno de estos últimos acontecimientos. Tú, sin embargo, no te amedrentas ante la arrogancia de nuestros enemigos. Yo, por mi parte, he de confesar no tenerlas todas conmigo. Sospecho que la turba enemiga, desalmada y asesina conspire algún nuevo mal. Es, en efecto, de corazón violento, y no tolerará oír que 1175. hemos dado digna sepultura al cadáver.

El teólogo

¿No han terminado aún? ¿Aún no se han saciado de crímenes? ¿No les fatiga ya su terrible insensatez?

José

¡Envidio tu ingenuidad! ¡No ha hecho sino comenzar nuestro infortunio! ¡Ni siquiera ha alcanzado aún su culmen!

10. Es Santiago el mayor, hijo de Zebedeo y de Salomé. Junto a Pedro y Juan formó la terna apostólica privilegiada que asistió a los más significativos episodios de la vida de Jesús y murió decapitado por orden de Herodes Agripa I hacia el 42. Según una leyenda tardía, habría evangelizado España, y su cuerpo, sepultado en Santiago de Compostela, atrajo, sobre todo en los siglos XI-XV, numerosas peregrinaciones.

11. Plausible generalización de Mt 26, 75; Mc 14, 72; Lc 22, 62.

12. Cf. Mt 26, 56; Mc 14, 50; Jn 16, 32.

El teólogo

¿Qué hay, pues, anciano? [13]. ¡Habla, nada me ocultes!

José

1180. Habiéndome acercado a los asientos donde acostumbran a estar los más ancianos, junto al venerable pórtico de Salomón, aparentando no prestar atención, pude oír cómo uno de ellos decía que no se permitía dar sepultura a este cadáver. 1185. No estoy cierto de que tal resolución sea firme [14]. Mas preferiría que careciera de fundamento. Valiéndome de la amistad conseguí luego de insistentes súplicas, que me fuera concedido retirar el cadáver [15].

El teólogo

Todo estaría perdido si hubiéramos de añadir una nueva calamidad 1190. a la anterior, antes aún de haber podido hacernos a ésta. Dijo Él que al tercer día cedería la pena para dar paso a la exultación. No puede ser que el Padre soporte que se inflija un tal trato a su Hijo. La antigua alianza ha quedado superada por la nueva, 1195. y Dios no se complace con esos

13. Es éste un calificativo de respeto obsequioso.

14. Y no era segura. Se trataba, probablemente, de una interpretación extremada del «quitar de en medio» de Jn 19, 31.

15. Cf. Mt 27, 57-58; Mc 15, 43-45; Lc 23, 52; Jn 19, 38. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matthaeum* hom. LXXXVIII (LXXXIX) 2, PG LVIII, 778 pone de relieve que José tuvo un gran coraje al pedir el cuerpo y que «no desistió hasta haberlo conseguido».

designios. ¡Quiera Él intervenir contra ellos! Será incesante su ira, pues llegó a declarar que incluso entregaría la ciudad al fuego [16]. ¡Quiera el ojo vengador y protector del Padre intervenir contra los enemigos, no contra sus amigos! 1200. Por la Señora a la que siempre he venerado y que ahora me ha sido entregada como madre por el Hijo [17]: como consecuencia de este asesinato ninguno de ésos podrá pasar con gozo el resto de sus días [18]. Pues éste era ciertamente Dios. Así hemos podido percibirlo por los prodigios que ha obrado, algunos de los cuales has contemplado tú mismo [19] y aún en este momento tienes ante tus ojos ciertos signos maravillosos: 1205. has asistido al súbito oscurecimiento del sol cuando inclinó su cabeza [20] y voluntariamente exhaló su espíritu. Jamás le habría derrotado este fatal destino si no se hubiera sometido Él voluntariamente ante su mandato [21] inclinando su cabeza. Cuanto después sucedió fue algo cuya sola visión ponía pavor y hacía estremecerse: 1210. has visto el temblor de la tierra, el quebranto de las rocas y cómo se abrían las tumbas. Cómo llegó un vigoroso soldado que plantado ante el madero le traspasó con su espada la parte inferior del costado. Al observar la trayectoria de la herida, 1215.

16. No es posible precisar cuál sea el pasaje bíblico aludido. Quizás Jr 41, 22; 44, 8; 52, 13.

17. Cf. Jn 19, 26-27.

18. Posible extensión, a todos los ejecutores de la crucifixión, de la maldición lanzada por Jesús contra Judas. Cf. Mt 26, 24; Mc 14, 21; Lc 22, 22.

19. Sobre su valor de revelación cf. Jn 10, 38.

20. Cf. Jn 19, 30.

21. Se alude a la obediencia de Jesús ante el plan divino de la redención. Cf. Mt 26, 39 y 42; Mc 14, 36; Lc 22, 42 y Flp 2, 8.

pude advertir que, siendo el golpe fuerte, era profundo el surco que había dejado. Clavó aquél su lanza en el costado y, éste herido, dejó manar con admirable modo sangre y agua sin mezclarse. Al punto comenzó a fluir una doble fuente, 1220. y era éste un espectáculo estremecedor. A todos nos invadió el miedo. Tanto, que aquel mismo que acababa de herirle rompió a gritar diciendo: «Verdaderamente éste que ha muerto es Hijo de Dios» [22]. La desventurada madre que había permanecido en pie junto al madero, se derrumbó entonces y abrazándose al leño prorrumpió en lamentos. 1225. Abrazó sus pies y llorando tocaba con sus manos el doble manantial de esa fuente [23] y rezaba como sigue: «¡Oh, encanto de Dios! Incluso muerto haces ver claramente que cuidas de los hombres y derramas tu sangre purificadora del género humano. 1230. Y entretanto, ninguno de ellos se preocupa de darte sepultura». Y luego, cesando en su llanto y su lamento, deseosa de devolver la vida a aquel cuerpo sin tacha, se le abrazaba como la hiedra a las ramas del laurel. Por fin, secando sus lágrimas, dijo: 1235. «Mas ¿a qué viene mi inquietud? He de confiar en las palabras de mi Hijo y en las obras que exhibió como testimonio de que está en su mano hacer cuanto quiere y de que Él prepara los caminos por donde menos se espera». Apenas acababa de decir esto cuando apareciste tú.

22. Se retoman los vv. 1072-1087.

23. El Teólogo describe a María a los pies de la cruz exactamente igual que María había descrito al soldado (cf. el v. 1088) y hace que ella recoja el flujo de sangre que descendía del costado, exactamente igual a como ella había descrito la actuación del soldado (cf. los vv. 1092-1093).

José

1240. Es maravilloso cuanto has dicho y lo avalan los hechos. Ahora, dado que no es éste momento para que la Señora conozca las nuevas amenazas, estáte tranquilo y guarda silencio y tan pronto como puedas, apártala de aquí. No te acerques a quienes están dominados por el desenfreno. 1245. No te apresures y lleva cuidado con las costumbres de estos bárbaros, cuyo corazón está por naturaleza rebosante de odio.

La Madre de Dios

¡Salud, vencedores gloriosos! ¡Mis dos fieles amigos, Nicodemo y el excelso José! Llegáis en el momento más oportuno. En verdad que os habéis comportado a las mil maravillas. 1250. La desgracia de un amigo derrota y duele cordialmente a quienes son sus amigos fieles. Apresuraos ahora, apresuraos, descendedle. Bien veo que en este punto os ha reunido una misma intención. Acercaos, venid y bajadme el cadáver, 1255. a fin de que pueda yo estrechar entre mis brazos a mi Señor, cada uno de sus miembros, para que pueda besar la carne que yo misma crié.

José

Vete, aléjate, no sea que busque tu daño alguno de los asesinos [24]: no podrán tolerar ver lo que hacemos.

24. Las frecuentes referencias al peligro que amenaza a la Virgen, son una transposición dramática del estado de temor que pesaba en el alma de los discípulos tras la crucifixión. Cf. Jn 20, 19.

1260. Como ves nosotros vamos a subir ahora y con nuestras propias manos descolgaremos rápidamente el cadáver. Sí, querido Nicodemo: sube tú primero velozmente los firmes peldaños de esta escalera y desenclava del madero el cuerpo dos veces perforado del león, 1265. que, una vez muerto, ha servido de regocijo al populacho. Y tú vete cuanto antes, por mucho que te duela. Esto ya está acabado y nada pueden cambiar tus lamentos y tus llantos.

La Madre de Dios

¡Desgraciada de mí! Sería una cobarde si no asistiera a mi Hijo, 1270. ya cadáver hasta que el sepulcro lo acoja. ¿He de huir de la multitud para no exponerme a padecer yo también algún mal? Sin mi Hijo ¿qué alegría me queda ya en la vida? Déjame llorar sobre su cadáver y sepultarlo y tocar sus pies y abrazar sus miembros. 1275. ¡Ea, miserables manos mías! Recibid el cadáver.

José

No, no toques el cadáver, no acerques a él tus manos, atiéndeme[25]. He de sepultarlo yo con mis propias manos

25. El deseo de la Virgen de abrazar y acariciar el cuerpo de su Hijo mientras aún pendía de la cruz, habría estorbado notablemente el ya de por sí difícil trabajo de desclavarlo y del descendimiento. Una vez terminado éste habría sido una inútil crueldad impedir a una madre que desahogara su amor y su dolor sobre los despojos exánimes de su Hijo. La promesa hecha inmediatamente después de que se cumplirán todos los ritos fúnebres trata

sirviéndome de la ayuda de Nicodemo que ha traído abundancia de ungüentos perfumados. 1280. Así impediremos que lo profane ninguno de los asesinos arrancándole el manto [26] o llevándose de la tumba el cuerpo [27]. En cuanto le es posible a quien no tiene con él lazos de parentesco, aprecio yo también este cuerpo. ¿Cómo debemos cuidarlo, qué es menester que hagamos con el cadáver, 1285. para satisfacer el gusto de tu corazón? Dispón lo que quieras, mas si quieres seguir mi consejo, contempla todo en silencio, que todo se hará con el debido decoro. Ninguna inconveniencia se usará con tu Hijo. No reniego de mi condición de judío. 1290. Sin embargo, no podría convencerme de que tu Hijo no fuera bueno ni aun cuando unánime lo dijera la estirpe toda de los mortales y alguien llenara el bosque de escritos contra Él. Sé yo muy bien cuánta era su bondad. 1295. Mas ahora, extiende señora tus manos junto a las de las demás muchachas. Recibe el cadáver de tu Hijo, llóralo cuanto quieras y acaricia sus miembros.

La Madre de Dios

¡Son hermosísimas las palabras que has pronunciado!

de calmar a la Virgen, dándole a entender que no son necesarios sus afanes.

26. Se trata de la sábana y del resto de los lienzos que envolvieron el cuerpo del Señor. Cf. Mt 27, 59; Mc 15, 46; Lc 23, 43; 24, 12; Jn 19, 40 y 20, 5-7.

27. Aflora aquí, como un preludio lejano, el tema del robo del cadáver. Atribuido aquí a los judíos, al final serán éstos quienes lo atribuyan a los cristianos. Estas consonancias entre largos intervalos testimonian una cierta estructura y en este caso concreto la presencia de una fina actitud de ironía.

En lo sucesivo he de contarte aún más entre mis bienhechores y amigos, 1300. pues gracias a tu triunfo has obtenido una inmensa gloria. Por eso, mi queridísimo anciano José, toma tú a mi Hijo, cógelo en tus brazos y atráelo a ti. Tómalo, tómalo ahora y endereza su cuerpo, pon recta su cabeza colocando tu brazo en su cuello. 1305. Y vosotros, los de derecha e izquierda, levantad su costado.

El teólogo

Extiende, soberana, tus brazos. Y vosotras, las demás mujeres, recibid a este muerto que devuelve a los muertos la vida. También yo lo recibiré en cuanto me sea posible.

La Madre de Dios

¡Ea, miserables manos mías, tomad al muerto! 1310. ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué me veo obligada a mirar? ¿Quién es éste al que ahora sostengo entre mis manos cadáver? ¿Cómo yo, pobrecilla, osaré estrecharlo contra mi pecho, por mucho que le guarde todos los respetos debidos? ¿Cómo acertaré a descargar mi llanto? ¡Quieras tú mismo, Hijo mío, otorgarme el don de dirigirme a ti como a un cadáver, 1315. mientras estrecho contra mí cada uno de tus miembros! ¡Adiós! Aún por última vez te miro y te dirijo la palabra yo que nunca habría deseado, tras haberte dado a luz, verte ahora cadáver, muerto a manos de los ímpios. ¡Alcanza a tu madre la mano derecha para que pueda besarla! 1320. ¡Oh, mano queridísima, a la que tantas veces me acercaba para abrazarme a ella como la hiedra al

tronco de la encina! ¡Ay, ojos queridos, queridísima boca, figura y noble rostro de mi Hijo! ¡Ay dulcísimo acercarse de sus labios! [28]. 1325. ¡Ay, tez de hermosísimo color, dulcísimo aliento de mi Hijo! ¡Oh, divina fragancia de su perfume: aun entre tantos males he llegado a sentirla y ha dado un vuelco el corazón! ¿Por qué has consentido en someterte a la muerte de modo tan ignominioso? ¿Por qué has privado de ti a la madre que te dio a luz? 1330. ¡Ay de mí! ¡Si contigo, Hijo mío, morir pudiera! Más prefiero morir yo que verte muerto a ti. Pues ¿cómo podré alcanzar consuelo de esos ojos mudos y cerrados? ¿Y cómo soportar seguir sin ti la vida? ¡Ay, el suave aliento de tu cuerpo! ¿Es que en vano te nutrieron mis pechos, 1335. Hijo mío, cuando estabas aún envuelto entre pañales? [29]. ¿Fueron acaso en vano mis angustias y mis trabajos, con los que me fatigué desde el primer momento de tu insólito nacimiento? ¡Cuántas veces, Hijo del Omnipotente, has herido mi corazón: muchas mientras vivías y muchas desde que has descendido a los infiernos! 1340. Tomaré como comienzo de mi relato lo que fue también el principio de los hechos.

La arrogancia, que hizo tropezar a la madre común y al padre primigenio, el que sembró y segó la más bella mies, la estirpe de los mortales, hizo también que te alumbrase yo, contra lo que cualquiera podría haber esperado, a ti, Hijo mío, 1345. que te apareciste glorioso según los designios del que te engendró antes de que existiera yo y antes de toda la Creación. Luego de

28. Cf. Ct 1, 2.

29. Sobre el prodigio de una Virgen que amamanta a su Hijo, cf. *De la infancia del Salvador* 69 y SAN GREGORIO NISENO, *In diem natalem Domini*, PG XLVI, 1137 C.

haber nacido, mi padre y mi madre, por decisión de tu Padre, según pienso, me confiaron no a un hogar mortal, sino a la morada santa [30]. 1350. Alimentada allí de modo misterioso por las manos de un ángel [31], llegado que fue el momento, por decisión unánime del consejo de ancianos, fui entregada a un varón prudente para que me custodiara conforme a los preceptos de la Ley. Tal decisión no fue ajena a los designios divinos, sino adoptada por disposición de Dios. De suerte que, cuando fue necesario, tuve quien me defendiera, 1355. y sirviera de padre a mi Hijo, en cuya generación él no tuvo parte [32]. Pues, en efecto, incluso después de haberte dado a luz sigo siendo virgen. Bien lo sé yo por cuanto me toca y también sabes tú, que todo con claridad lo disciernes, que permanezco incontaminada. Cuando por obra de Dios Padre te alumbré, 1360. no faltó quien propalara contra mí calumnias indecorosas,

30. La tradición de que María desde niña fue entregada y consagrada al templo se contiene en el *Protoevangelio de Santiago* 7, 1-2 y se repite en *De la infancia del Salvador* 18. SAN GREGORIO NISENO, *In diem natalem Domini*, PG XLVI, 1137 D ss. cuenta como «apócrifa» esta historia de María entregada en el templo y dada después como esposa a José para que custodiara su virginidad. El mismo NISENO en Oriente (cf. *In nativitate Domini*, PG XLVI, 1140 D) y SAN AGUSTÍN en Occidente (cf. *De sancta virginitate* 4, 4, PL XL, 398) fueron los primeros que hablaron claramente de un libre voto de virginidad formulado por la muchacha, deduciéndolo de Lc 1, 34.

31. Detalle novelístico recogido del *Evangelio de Bartolomé* 2, 15 y del *Protoevangelio de Santiago* 8, 1; 13, 2 al que sigue *De la infancia del Salvador* 24; 40; 48; 51.

32. Se indica aquí con exactitud la misión de san José. Sobre la misión de «custodia» que le fue confiada, cf. el *Protoevangelio de Santiago* 9, 1 y 3; 13, 1; 14, 2 y *De la infancia del Salvador* 29.

insinuando que te había engendrado de algún mortal. Y no se contentaron con arrojar contra mí tales insolencias: fui obligada incluso a huir velozmente a Egipto, como desterrada [33], y soporté otras muchas adversidades y las fatigas me agobiaban. 1365. Mas contemplé los prodigios que obrabas y conservándolos en mi corazón [34] concluí que no eras un mortal y jamás temí que te adviniese la muerte. Y sin embargo, la alianza con nuestro padre Abraham [35], las embajadas proféticas, las innumerables generaciones de patriarcas, 1370. y el juramento con que un día juraste que habrías de darnos la salvación [36], te determinaron a morir para acudir en socorro de nuestra estirpe [37]. Por eso has soportado el nacimiento y la funesta suerte y a mi vez yo, por pago de mis intolerables trabajos, teniéndote, Hijo mío, cadáver entre mis brazos, 1375. te dirijo mi amargo lamento y gimo y lloro. Yo misma soy tu plañidera, sin necesidad de recurrir a ninguna otra que lo haga con arte [38]. Está dispuesto José para envolverte con

33. Las *Memorias de Nicodemo* o *Actas de Pilato*, recensión griega A, 2, 3, refieren que los judíos acusaron a Jesús ante Pilato de haber nacido de la fornicación y de que María y José hubieron de huir a Egipto impulsados por la animosidad de la población.

34. Cf. Lc 2, 19.

35. Cf. Gn 22, 18, citado en Lc 1, 73.

36. Para los pasajes conceptual y formalmente identificables cf. Gn 26, 3-4; Dt 4, 31; 7, 8; 29, 11-12; Sal 88, 3-5; 50; 131, 11; Mi 7, 20; Is 54, 9-10. El juramento de Dios en el A. T. es una fórmula para dar a conocer a Israel su empeño de entregarle la tierra prometida.

37. Cf. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Smyrn.* 2: «Todo esto lo padeció por nosotros, para que alcanzáramos la salvación. Padeció realmente como realmente resucitó».

38. Referencia al uso de las plañideras, lloronas profesionales pagadas que seguían a los cortejos fúnebres expresando el dolor de la familia y la comunidad con técnicas sustancialmente uniformes,

decoro en lienzos y trasladarte al sepulcro y derramar sobre tu cuerpo un copia abundante de ricos ungüentos perfumados, 1380. que con valor ha traído Nicodemo como pobre testimonio de amor para con los cadáveres amados. Pues ¿qué ganan los muertos con los ungüentos perfumados? Será tu Padre quien disponga el destino de los difuntos. Según mi firme parecer tú libertarás a todos cuantos yacen como presos, 1385. que los infiernos tienen encarcelados, devorados y puestos en prisión en la morada sumergida en la tiniebla absoluta [39]. Misterios inefables que el Padre reveló al inmolar a su único Hijo [40] y declaró también aquel discípulo tuyo que era además tu primo, 1390. aquel de quien tú mismo dijiste [41] que era el mayor entre cuantos habían hablado de Dios. El pueblo judío le entregó para que fuera inmolado [42], ciudadano venerabilísi-

basadas en cantos en honor del difunto, lamentos, lágrimas, gritos y gestos de dolor. Un testimonio evangélico puede verse en Mt 9, 23; Mc 5, 38-39; Lc 8, 52.

39. Es el tema del descenso de Jesús a los infiernos que será desarrollado posteriormente. Cf. los vv. 1505-1528. Este dogma, atestiguado ya por san Pedro, Hch 2, 27-31 y 1 P 3, 18-20, citado y atestiguado por los Padres a partir del siglo II, a partir del IV entra en los símbolos y se convierte en patrimonio común. A veces se formula como artículo de la fe incontrovertible y otras sólo para demostrar la existencia de un alma humana en Cristo, en la controversia contra arrianos y apolinaristas.

40. Evoca el sacrificio de Isaac preparado por Abraham (Gn 22, 1-13).

41. Cf. Mt 11, 11; Lc 7, 28.

42. En los *Evangelios* no hay confirmación de esta afirmación. Tal vez haya salido del «había sido entregado» de Mt 4, 12, que continúa los ásperos reproches hechos por san Juan a fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7-12). El pueblo también le defendía, indirectamente, al considerarle profeta (Mt 14, 5) y Herodes le

mo que entre todos sin rival destacó en pureza, desnudez, ayuno y soledad. Era tal su alimento que nadie habría podido criticarle. 1395. Su vestido era el de un penitente, irritante sólo para quienes viven en la molicie [43]. Era un hombre austero, mortificado, que pasaba su vida con estrecheces en un lugar de extenso desierto, donde fluye el Jordán de rápidas corrientes [44]. 1400. También el profeta que pasó tres días sepultado en las profundidades del mar reveló el feliz aspecto de tu sepultura [45]. Conocedora de todo ello, me lleno de gozo y espero con impaciencia asistir también al término de tu sepultura. Así has soportado ya, Hijo mío, tu destino, 1405. y los acontecimientos descritos [46] son la causa de tu determinación de morir para la redención de los mortales [47]. Mas ni Judas [48] ni el mísero Pilato [49] esca-

prestaba atención (Mc 6, 20) y sólo a su pesar le hizo decapitar (Mt 14, 19; Mc 6, 26). Causa de su encarcelamiento fueron las críticas públicas hechas a Herodes por su unión incestuosa con su cuñada Herodías (Mt 14, 3-4; Mc 6, 17-20; Lc 3, 19-20) y ocasión de la muerte fue la petición de Salomé (Mt 14, 6-11; Mc 6, 21-28).

43. Cf. Mt 11, 8 y Lc 7, 25.

44. Para la doble designación del lugar cf. Mt 3, 1; Mc 1, 4-5; Lc 3, 3-4.

45. La tipología de Jonás (cf. Jon 2, 1-11) fue señalada por el mismo Jesús que la presentó a escribas y fariseos como emblema de su propia muerte y resurrección. Cf. Mt 12, 38-40; 16, 4; Lc 11, 29-30.

46. Cf. los vv. 1341-1344; 1368-1372.

47. Cf. Jn 13, 27.

48. Cf. los vv. 1690-1699.

49. En la carta apócrifa que le fue escrita por Tiberio (del siglo V aproximadamente), en los párrafos 2-4 se narra la condena del emperador que le hizo llevar a Roma encadenado, amenazándole con la pena de muerte. Le habría matado el propio emperador a continuación en una batida de caza con un dardo

parán a la doble justicia, sino que el ojo vengador y protector del Padre los castigará, 1410. y con ellos a toda la ciudad y a toda la turba de los asesinos [50]. Aunque hayas lavado tus manos para desentenderte de este asesinato, tú, Poncio, lo preparaste y lo has cometido: no pienses que podrás ocultarte ante el ojo de la justicia que todo lo escudriña. También el traidor hubo de despojarse del precio de su traición. 1415. Y es ahora necesario que clave una espada en su cuello, o que una soga rodee su malvada garganta [51] o que arroje su cuerpo a las replandecientes olas y entre ellas desaparezca, hundiéndose en el mar para alimento de los peces [52]. Pues si tú, miserable, a ti dirijo ahora mis palabras, hubieras vendido a un simple hombre, 1420. si hubieras entregado a la muerte a cualquier otro, la misma ley humana te habría impuesto un duro castigo. Pero es que tú, además, vendiste a aquel que te consideró digno de tantas gracias; a quien vino del Padre para traer la salvación a todo nuestro linaje, 1425. por envidia lo has entregado tú a la muerte, ¿cuál no será entonces el justo castigo al que has de ser sometido?

dirigido a una gacela que le hirió por accidente. En el llamado «Ciclo de Pilato», existen relatos, de redacción habitualmente tardía, pero cuyo núcleo suele ser bastante antiguo, en los que se habla de una decapitación de Pilato por orden de Tiberio o de su suicidio. EUSEBIO, *Hist. Eccles.* II, 7, había recogido ya el rumor según el cual se habría suicidado, imponiéndose así el castigo con su propia mano.

50. Cf. los vv. 1575-1601; 1668-1689; 1700-1715.

51. Cf. Mt 27, 5; Hch 1, 18.

52. Este apunte ha sido probablemente extraído de la amenaza de Jesús contra los sembradores de escándalo. Cf. Mt 18, 6 y Lc 17, 2.

José

Ya ha sido juzgado según la más estricta justicia el miserable discípulo que entregó al Señor. Ha sido visto colgado de un lazo que pendía. 1430. Y como desanudaran enseguida los lazos, cayó desde lo alto al suelo entre innumerables lamentos. El desgraciado no cae en la cuenta de lo cerca que está ya su ruina.

El coro

Bien, bien ha sido juzgado y la justicia ha sido aplicada rectamente.

La Madre de Dios

¡Hijo mío! ¡Cuán portentoso es tu Padre, 1435. que ha atendido a mis súplicas! Apenas te traicionó, golpeó la maza a ese infiel sin Dios, inicuo, sin justicia. Puesto que era ladrón y tramó la muerte de Dios y no quiso arrepentirse de su maldad, 1440. fue necesario que muriera víctima de este fatal destino. Muera, muera con toda justicia el malvado que no quiso aceptar el grandísimo beneficio de la conversión. Existe un Dios grande y poderoso, existe también la Providencia y el juicio de Dios. 1445. Con horror lo he podido comprobar: ningún impío es amigo de Dios. Mas tomad el cadáver, llevadlo al sepulcro nuevo [53], vamos, sepultadlo en aquel feliz sepulcro. ¡Tenemos a nuestra disposición cuantos lienzos son necesarios para la sepultura, pobre consuelo

53. Cf. Mt 27, 60 ; Lc 23, 53; Jn 19, 41.

para los muertos! 1450. Poco importa, según pienso, que los muertos cuenten con ricas ofrendas. Es éste un vano motivo de orgullo entre los mortales. Cubrid su rostro con los velos lo más rápidamente posible. Sean delicadas vuestras manos al tocarlo. Enterrad con premura el cadáver 1455. del Soberano entregado a la muerte por los judíos. Es preciso recoger rápidamente el cadáver reciente. Oh, Hijo creador de todo, Hijo de Dios que es causa de todo, ¿qué les queda sin ti a los mortales? ¿Qué hay que no provenga de Dios? 1460. ¡Ay, ay, ay! Rey, rey ¿cómo te lloraré? Mi Dios, mi Dios, ¿cómo podré invocarte? ¿Qué cantos ha de dirigirte ahora mi alma enamorada? Yaces envuelto en estos tejidos, 1465. tú, a quien antes envolví en pañales.

Nicodemo

Vamos, buen anciano, coloquemos bien la cabeza del que es tres veces dichoso. Dispongamos con el mayor cuidado que nos sea posible todo el cuerpo.

José

¡Oh, rostro queridísimo, juvenil apostura! 1470. Recubro tu cara con este velo, con estos lienzos nuevos protejo tus brazos y tus piernas ensangrentadas y traspasadas, tu costado, traspasado y lleno de sangre.

La Madre de Dios

¡Sí, por Dios, apresuraos! Es necesario que lo hagáis, 1475. pues están ya próximas la noche y las

tinieblas. Levantad su cabeza bienaventurada, dejadla erguida. Es éste un pequeño acto de devoción para con el Señor amado. Transportadlo para que pueda ver con mis propios ojos dónde ha de reposar mi Hijo. ¡Permaneceré allí hasta que despunte 1480. el día tercero, tan dulce para mí! ¡Qué desgracia nos ha sobrevenido, Hijo mío! Es éste un dolor que afecta a todos los mortales. Sin esperarlo, nos ha llegado este dolor común. ¡Quiera sobrevenirnos, también, una común alegría!

José

1485. ¡Seguidme! Llevemos esta carga feliz que conseguí tras mucho soportar, con infinitas súplicas [54], merced a un favor del gobernador que permitió tomarlo cuando yacía desnudo en el madero, colgado de tres clavos.

La Madre de Dios

¡Ay, ay! En su nombre os lo pido, varones: tocad delicadamente con vuestras manos 1490. el cuerpo del Hombre-Dios. Levantadlo primero con energía y luego atraedlo a vosotros todos a una. Vamos: también el sepulcro está próximo. ¡Ay de mí, mujeres hijas de la tierra de Galilea! Ya lo han depositado en el sepulcro y lo han cerrado con una piedra. 1495. Venid conmigo, mujeres, y en presencia de su cadáver, dirigidle un último saludo y formad su cortejo cuando sale del mundo. Nunca más podréis ver a quien venga para dar

54. Retoma y copia el v. 1188.

la salvación a nuestra estirpe, por mucho que a ello se opongan los judíos. ¡Alejaos, alejaos! Ya no puedo, no resisto ver ya, 1500. dispuesto en un sepulcro y escondido tras una roca [55] a Aquel que de una roca hizo manar agua para nuestros padres [56] y poco ha quebrantó las rocas cuando suspendido en alto abrió con su poder las tumbas de los muertos [57]. Detengámonos sólo un momento para que pueda yo dirigir mi último saludo al cadáver. 1505. Te me has ido, Hijo anhelado, a las moradas del Hades, sometidos a la más absoluta tiniebla, les darás un rudo golpe. Te has marchado al lugar donde descansan los difuntos y a las puertas de la oscuridad, 1510. porque quieres iluminar y dar esplendor [58] a nuestro linaje y resucitar a Adán, padre de todos los hombres, por amor de los cuales asumiste y soportas una forma humana. Has llegado a la oscuridad de los infiernos, envueltos en espesa niebla, tras haber padecido la muerte a manos de tus enemigos y haber dejado a tu madre dominada por la desgracia. 1515. La bondad del Padre, que a otros salva, te entregó a ti a la muerte [59]. Su generosidad ha resultado para ti un fatal destino. ¡Amargo lamento! La tierra te recibe, Hijo mío y llegado a las puertas del infierno, donde reinan absolutas tinieblas, 1520. has de darles un agudísimo golpe. Para esto sólo desciendes:

55. Cf. Mt 27, 60; Mc 15, 46.

56. Cf. Ex 17, 1-6; Nm 20, 2-11; Sal 77, 15-16; Sb 11, 4; Is 48, 21. San Pablo, 1 Co 10, 4, ve en esta roca una figura de Cristo. «Piedra» era, en efecto, uno de los nombres metafóricos con que en el A. T. se designaba a Dios. Cf. 2 S 22, 2; Sal 17, 3.

57. Cf. Mt 27, 51-52.

58. Para Cristo como luz de las naciones y del mundo cf. Mt 4, 16; Lc 2, 32; Jn 1, 4; 3, 19; 8, 12; 9, 5; 12, 35. 46; Hch 13, 47; 1 Jn 1, 5; 2, 8; Ap 21, 23.

59. Cf. Rm 5, 10; 8, 32.

serás tú quien se apodere de los difuntos, no ellos de ti. Siendo tú el único libre, a todos darás la libertad. Eres tú el único hombre que se arroja osadamente a cumplir tal empeño, 1525. tú el único que padeces fatigas y tribulaciones por la naturaleza de los mortales. Los esperados combates han llegado ya a su término. Sólo te falta hacer brillar tu victoria sobre tus enemigos, derrotando con espléndido poder a los infiernos, la serpiente y la muerte. Sabio, eres sabio y con sabiduría quisiste someterte a la suerte funesta, 1530. pues gracias a ella derribarás nuestra común desventura y alzarás sobre la tierra una gloria firmemente afincada que ha de señorear el orbe entero y traer la salvación. Así sucederá cuando hayas mudado tu cuerpo haciéndolo semejante al Padre. Retornarás entonces glorioso, llevándose tu fuerza con poder a nuestra estirpe [60], 1535. oh, Soberano, Soberano inmortal que, permaneciendo Dios, has unido a tu forma la naturaleza humana [61]. Desciendes ahora a las moradas del Hades y te aprestas para iluminar y hacer resplandecer las tinieblas. Creo, sin duda, que haces bien en dejar esta tierra de malvados, 1540. aquella a la que habías sido enviado en primer lugar, la casa de Israel, para apacentar a las ovejas perdidas [62] y dar cumplimiento a la alianza establecida con nuestros padres [63], mediante la unión a la forma de Dios de la naturaleza de los mortales. Pues, ciertamente, el Padre te genera siempre, sin emanación ninguna. 1545. Yo te he alumbrado, mas permanezco inviolada, pues tú querías, por decisión de Dios, adop-

60. Cf. 1 Ts 4, 17.
61. Cf. Flp 2, 6-7.
62. Cf. Mt 10, 6; 15, 24; Mc 7, 27.
63. Cf. Lc 1, 72-73.

tar una forma humana. Mas los compatriotas de tu madre, justo aquellos que menos deberían haberlo hecho, después de haber obrado tú en su favor muchos prodigios que llegaron a conocimiento incluso de quienes no eran iniciados, 1550. negaron que fueras tú el salvador nacido de Dios [64] y aun susurraron que estando yo desposada te había concebido de algún mortal y que, habiendo traicionado mi matrimonio, pretendía atribuir a Dios mi pecado contra el vínculo de las nupcias [65]. Y ahora, movidos por la envidia, han querido darte muerte contra toda ley. 1555. Ha sido ésta una intriga del enemigo [66] y al castigar tú con su muerte [67] ésta y todas sus demás conjuraciones repletas de maldad, harás que deje de dañar al mundo con sus engaños [68] y encadenándolo con redes de hierro impedirás que el maligno prosiga sus perversidades, Hijo mío. 1560. Y por lo que hace a tus asesinos, los expulsarás de esta tierra y entregarás a otros la ciudad y sus términos, según anunciaste ya en parábolas a tus amigos [69]. Entre éstos conducirás los coros [70] y esta-

64. Cf. Mt 13, 54-57; Mc 6, 2-4; Lc 4, 22-29; Jn 1, 46; 7, 41-52; 9, 16-34.

65. Cf. los vv. 1359-1361.

66. Este amigo sintetiza a aquellos que san Pablo (1 Tm 4, 1) llama «espíritus seductores» que desarrollarán su acción a lo largo de la historia, a veces incluso en nombre de Cristo (cf. Mt 24, 4-5. 24; Mc 13, 5. 22; Lc 21, 8; 2 Ts 2, 3; 2 P 2, 1; 1 Jn 2, 22; 4, 3; 2 Jn 7; Ap 19, 20).

67. Cf. Lc 10, 18.

68. Jesús había predicho que el demonio «príncipe de este mundo, será expulsado» (Jn 12, 31; cf. también 14, 30; 16, 11).

69. Cf. Mt 21, 41; Mc 12, 9; Lc 20, 16.

70. EUSEBIO, *Commentaria in Psalmos* LII, 2-6, PG XXIII, 446 AB habla de la Iglesia católica como de una *choreìa* instituida por Jesús por toda la tierra.

blecerás entre ellos tus misterios a fin de que claramente aparezcas como Dios a los mortales, 1565. según que ya aparecés como tal a todos en los cielos [71]. Cuando hayas establecido firmemente las cosas aquí, trasladarás a otra tierra tu dominio [72]. Aunque no lo quiera, ha de conocer a fondo tus misterios esta ciudad que ahora se niega a conocerlos y los conocerá también cualquier otra raza de los mortales, 1570. aunque ahora luche contra Dios, te excluya de sus ritos y no haga mención alguna de ti en sus plegarias. Pues los infelices aún no te han reconocido como la descendencia de Dios venida a la tierra desde las regiones celestes. Muéstrales, por eso, que eres Dios. 1575. Habrás de revelarlo, de cualquier modo. Si en tu cólera quisieras expulsar de esta tierra totalmente mediante las armas al linaje de los judíos, destruyéndolo, los arrojarás poniéndote a la cabeza de los ausones, que neciamente se eligieron para dominar sobre ellos, al proclamar que rechazaban su señorío, 1580. y que preferían al César como dominador [73]. Veo ya, como castigo por tu muerte que da vida, al fuego próximo a las casas, reducidas a pavesas las sillerías de las construcciones, la inextinguible llama del fuego [74], la inmortal venganza de Dios contra esta ciudad [75]. 1585.

71. Aserto fundado verosímilmente en Flp 2, 10.

72. Con la resurrección quedará firmemente asentada la vida de la Iglesia y por tanto Cristo podrá regresar junto al Padre (Mc 16, 19; Lc 24, 51), a aquel reino divino que los dos Testamentos coinciden en llamar «nuevos cielos y nueva tierra» (Is 65, 17; 66, 22; 2 P 3, 13; Ap 21, 1).

73. Cf. Jn 19, 15.

74. Sobre el fuego destructor de Jerusalén, cf. FLAVIO JOSEFO *Bellum Iudaicum* VI, 2, 9, 165-167; 4, 2, 232-235; 4, 5-7, 249-266; 5, 1, 272; 5, 2, 281-284; 6, 3, 353-355; 7, 2, 363-364; 7, 3, 372.

75. No se refiere tanto a la destrucción de la ciudad, siempre

Apruebo la sentencia que convierte este suelo en inaccesible para todos tus asesinos, Hijo mío. Has despreciado tú las famosísimas ciudades de Lidia y Frigia, las llanuras de Persia, quemadas por el sol, y las fortalezas de Batriana. Quisiste olvidar la tierra de Media, 1590. de rígidos inviernos, la afortunada Arabia, las naciones lejanas que permanecen en la oscuridad y toda Asia que recostada junto al mar, cuentan que está al alcance tanto de los griegos cuanto de los bárbaros y que tiene ciudades populosas, guarnecidas por bellas torres. 1595. Has despreciado todo eso y has venido en primer lugar a la tierra de los hebreos, la cual, luego de haberte inmolado, te sepulta ahora en un sepulcro, ya cadáver. ¡Oh, morada de Dios, ciudad querida. Capital del reino de David, dotada de fuertes torres! ¡Oh, la que fuiste albergue de los antiguos profetas de Dios! 1600. ¿Cómo te has convertido ahora en cueva [76] de los homicidas de Dios? ¿Cómo llorar sobre ti? ¿Cómo acertaré a expresar la pena que me haces sentir con tu asesinato? Mas vosotras, mujeres que abandonasteis la región de Galilea, mis compañeras, aquellas a quien el que, ay de mí, es ahora cadáver yacente en el sepulcro trajo consigo para que me sirvierais de cortejo en el viaje, 1605. iniciadas en los misterios, dejad ya las endechas que se entonan en nuestra tierra. Celebradlo ahora con sumisos lamentos, que ya llegará el tiempo en que le aclamemos como Soberano vivo [77]. Tal es mi firmísima esperanza. 1610.

reparable, cuanto al definitivo rechazo que despojó a Jerusalén de su rango de elegida, morada de Dios y centro de su culto.

76. Cf. Mt 21, 13 (Jr 7, 11); Mc 11, 17; Lc 19, 46. Para el v. siguiente cf. Mt 23, 37-38; Lc 13, 34-35; 19, 41.

77. Atributo habitual dado a Dios en los dos Testamentos. La

Alejaos, alejaos. No me siento ya con fuerzas para dirigir mi mirada a su tumba y a la piedra que la cierra. Retirémonos, pues, retirémonos [78], queridas compañeras. Vamos, vamos, lleguémonos en silencio a la casa en la que espera el femenil género, 1615. donde espera, sobre todo, María, la madre de Marcos [79]. Seguramente ha de confluir en aquel lugar la comitiva de los discípulos y será allí donde esperemos a que llegue, veloz, la dulce luz. O, aún mejor: acerquémonos a la casa de mi nuevo hijo, al que hizo hijo mío [80] aquel que es mi único Hijo.

El teólogo

1620. Sí, es justo lo que dices y no se ha de hacer de otra manera. Es necesario que te recojas ahora allí, Señora. Como está próxima al sepulcro podrás observarlo todo. Allí permanecerás tranquila todo el día de mañana y, según el precepto [81], aguardarás a la oscuridad, 1625. la oscuridad resplandeciente del día tercero

renuncia a los cantos fúnebres está fundada en la certeza de la resurrección, mientras que los «mitigados lamentos» son un pequeño desahogo por la corta ausencia y tienen la ternura de una pequeña nana que acompaña a un sueño sereno.

78. Las rápidas alternancias entre «nosotros» y «vosotros» vienen a significar la agitación del personaje que habla.

79. María, madre del evangelista san Marcos, era propietaria de una casa en Jerusalén donde solían reunirse los cristianos y adonde acudió Pedro apenas librado milagrosamente de la cárcel en el 44 (cf. Hch 12, 12). Se tienen motivos, aunque no definitivos, para suponer que fuera en una de sus estancias donde Jesús celebró la Última Cena. Se comprende por ello la importancia que se le da aquí.

80. Cf. Jn 19, 26-27.

81. Por lo que hace al reposo del sábado cf. Lc 23, 56.

para, en secreto, cumplir con las prácticas acostumbradas. Vayamos, vayámonos pues. Retirémonos del sepulcro antes de que llegue algún malvado y nos encuentre aquí. Yo os mostraré el lugar donde pasar la noche.

La Madre de Dios

1630. Mira, Hijo mío: nos vamos, dejándote solo, al lugar donde están aposentadas las mujeres, a la casa del hijo que tú me confiaste, Hijo. Es menester esperar entre los bosques, cerca del sepulcro.

José

¡Oh, el más querido de los mortales! ¡Aunque muerto, 1635. seguirás estando para mí entre los más queridos! Adiós. Es éste ya mi último saludo.

El teólogo

¡Oh, varón perteneciente a la más preclara estirpe! No he de andarme con rodeos: este hombre es Dios y linaje de Dios. Por tal lo tengo sin lugar a dudas a tenor de las obras que ha hecho. 1640. Por lo que hace a su muerte, considero que ha sido causada por la sabia Providencia de Dios para, merced a esa decisión, poner punto final a la funesta suerte de nuestra estirpe. El enemigo mismo del humano linaje[82], aquel que se arras-

82. Para el demonio como «enemigo» por antonomasia cf. Mt 13, 39; Lc 10, 19.

tra por tierra, ha sido despedazado mediante esta muerte y él mismo sometido a la muerte y muerto [83]. 1645. Pues Jesús [84], el celebérrimo soberano del cielo, lo matará y destruirá. Él vengará a nuestros hermanos y a nuestro primer padre, al jefe ancestral que sembró el linaje de los mortales en la tierra, al que engañado por el dragón de rápida mirada fue expulsado del Paraíso. 1650. Él ha de colocarlo de nuevo en una ciudad aún más bienaventurada. Todo ello ha sido hecho gracias a su suerte funesta. Para esto se hizo mortal. En este mundo, este hombre abundó en hechos prodigiosos que hacían estremecerse, 1655. muchos de los cuales no te son desconocidos. Aparecido como hombre perfecto, se ha ido ahora muriendo, mas a su vez, cuando resucite será reconocido como Dios. Si Él hubiera permanecido siempre en las regiones celestes, su excelencia habría quedado oculta, sólo las milicias de lo alto le habrían glorificado [85], 1660. y habría sido su gloria silenciosa en las regiones celestes [86]. Estas fueron las causas de su nacimiento y de lo funesto de su fin. Por resumirlo en una sola palabra, la salvación de los mortales. Por eso, precisamente, ha muerto a manos de quienes menos deberían haberlo hecho. Por eso se dejó aprisionar y apostrofar con palabras de burla [87]. 1665.

83. Cf. Sal 73, 13-14; Rm 16, 20.

84. Reelaboración de Gn 3, 15.

85. Sobre los coros angélicos que circundan el trono de Dios para adorarlo cf. 1 R 22, 19; Sal 88, 8; 102, 20-21; 148, 2; Is 6, 2-3; Dn 7, 10; Mt 22, 30; 26, 53; Mc 13, 32; Ef 1, 20-21; Col 1, 16-17; Hb 1, 5-13; 12, 22; 1 P 3, 22; Ap 4, 6-9; 5, 11-12; 7, 11-12; 8, 2-4; 11, 15; 14, 2-3; 19, 1-6. 14.

86. Cf. Sal 49, 6; 68, 35; 88, 6; 95, 11; 96, 6; 102, 22; 112, 4; 148, 3-6.

87. Cf. Mt 26, 67-68; 27, 2. 28-31. 40-44. 49; Mc 14, 65; 15, 1. 16-20. 29-32; Lc 22, 63-65; 23, 11. 35-37. 39; Jn 18, 12; 19, 2-3.

Tal fue el trato que dio a su benefactor incitado por la envidia el pueblo que antes fue el predilecto. Y Él no contra su voluntad toleró esos sufrimientos. Mas no callaré tampoco las desgracias que, a su vez, es menester que padezca este pueblo [88]. A su pesar, habrá de abandonar la ciudad retirándose ante el empuje de los bárbaros. 1670. Será esclavo y extranjero. Pues es sentencia divina que queden dispersados por todas las naciones de los bárbaros, sometidos a ser pasados a espada y a lanza y a soportar muchos otros males. Él anuncia a cuantos lo desecharon que habrán de abandonar esta ciudad, que como pena por la necia locura 1675. de haberle dado muerte por envidia, jamás volverá su estirpe a poseer la patria, pues no es decoroso que los asesinos se gocen entre las tumbas de aquellos a quienes dieron muerte [89]. Por eso, pobres desventurados, arribarán a muchas ciudades llevando sobre su cuello el yugo de la esclavitud, 1680. y estando expuestos a ser pasados a lanza y a espada, según dijo el oráculo de Dios [90], dispersos por doquier. No tendrán ya los míseros retorno ni harán el camino de vuelta desde el punto en que el dragón, capitaneando las lanzas de Ausonia, con un innumerable ejército, destruya desde su raíz todo cuanto hay aquí. 1685. Tales predicciones no salieron de boca de alguien mortal, sino de quien ha nacido de Dios. Ellas participan de la

88. A la luz de la historia de los dos primeros siglos cristianos se precisan las profecías de Jesús sobre el castigo de la delictiva acción de los judíos. Cf. Mt 21, 41. 44-45; Mc 12, 9. 12; Lc 20, 16-19. Todo el *Christus patiens* está animado por una dura polémica antijudía que supera la inmediatez de la pasión y las exigencias patéticas del género literario.

89. Probable aplicación específica de Mt 23, 29-35.

90. Cf. Lc 21, 24.

autoridad común a todas las declaraciones hechas por éste que es ahora cadáver y que jamás hubo de aprender nada de los profetas de Dios, antes muy por el contrario, fue Él quien les enseñó cuanto anunciaron. 1690. Por terminar, detallaré ahora las penas a que ha de quedar sometido aquel de sus compañeros que le vendió vergonzosamente. Tú mismo acabas de referir cómo, enloquecido de dolor, se ató al cuello un lazo suspendido. Luego, caído al suelo, el desventurado se despedazará en dos partes, 1695. y verá el día tremendo. No cesarán desde entonces sus males [91], pobre desventurado, ni encontrará el descanso cuando haya descendido a los infiernos, sino que gimiendo allí sin fin y gritando [92] por sus violentas fatigas, ha de ser acogido por una llamarada de fuego devorador [93].

José

1700. Oh, amigo, cuán terribles son los males a los que, según tus palabras, nos encaminamos todos mis compatriotas y yo mismo. Mas ¿acaso yo también he de ser conducido a vivir entre los bárbaros? ¿Dónde iré cuando haya sido destruida mi patria? Ah ciudad que antaño inspirabas temor a los bárbaros [94]. 1705. Muy pronto quedarás despojada de tu fama. ¡Adiós, hogar, adiós ciudad paterna! Te dejo, te dejo convertido en miserable esclavo pasado a espada. Llegaré a vivir en suelo extranjero si es que antes no me llega la muerte,

91. Cf. Is 66, 24; Mc 9, 48.
92. Cf. Mt 8, 12; 13, 42. 50; 22, 13; 24, 51; 25, 30; Lc 13, 28.
93. Cf. Mt 13, 42; 18, 8; 25, 41; Mc 9, 43; Lc 16, 24.
94. U otra interpretación «eras desdeñada por los bárbaros».

1710. pues soy ya un anciano. Ojalá me alcance viviendo aún en el solar patrio. He comprendido que tal es el designio divino.

El teólogo

Merece alabanza tu actitud, piadoso anciano. Mas el pueblo de tu misma raza pagará el castigo que, si bien ha de ser mesurado, no dejará, sin embargo, de ser doloroso. 1715. Mas él se impuso a sí mismo tal pena. No podrá argüir en su defensa que no vino, que no lo protegió, que no cuidó de él [95] pues desde antiguo tanto como ahora lo benefició con pronta benignidad. ¿Cuántos pregoneros no le fueron antiguamente enviados? [96]. 1720. Tras haberlo liberado de una amarga tiranía [97], con su Omnipotencia lo hizo dominador sobre los pueblos en la región de Basan [98] y en la tierra de los amorreos [99],

95. Cf. Mt 23, 37; Lc 13, 34.

96. Toda la serie de los profetas.

97. De los egipcios. Cf. Ex 1, 11-22.

98. El Basán era una región de la Transjordania septentrional, delimitada al norte por el Hermón y por la llanura de Damasco, al oeste por el Jordán, al sur por el paralelo de Gerasa y al este por la cadena del Asalmano. Constituía una meseta volcánica, célebre por su fertilidad, sus toros y las encinas de sus bosques seculares. Moisés la conquistó tras matar al rey Og en la batalla de Edreí (cf. Nm 21, 33-35): «Y el Señor dijo a Moisés: no le temas. Yo le he puesto en tus manos y con él a todos los suyos y a su país». En época romana la región fue dividida en tres toparquías: Traconítide, Auranítide y Batanea, que Augusto asignó a Herodes el Grande.

99. Los amorreos eran una población proveniente del desierto sirio-arábigo al oeste de Mesopotamia. Extendidos por todos los contornos, en el siglo XIX a C. estaban en Canaán, donde poco después los encontró Abraham (Gn 14, 7-13). Perdida la potencia

cuando enfrentado a pueblos vigorosos, 1725. quebrantó sus escudos y sojuzgando a sus ejércitos los tomó como vasallos. Y el pueblo, en cambio, despreciando tan grandes favores, le traicionó entregándole a sus asesinos [100]. Sí: vino Él tras largo tiempo, mas cuando aún era oportuno el momento [101]. Aunque los profetas de Dios y la ley por largo tiempo, 1730. intentaron la reconstrucción y combatieron arduamente, nunca alcanzaron el triunfo. En cambio, una sola luz del sol bastará a Cristo [102] para destruir las moradas de los infiernos y a la siguiente regresará a la tierra tras haber arrancado de raíz los dolores de los mortales. A tal fin ha penetrado en los infiernos con hábito miserable [103]. 1735. Cargado con un rico botín allí recogido, tornará sobre la tierra como soberano. Después de haber dado muerte a los centinelas y guardias de las puertas regresará de allí y será reconocido por todos como quien trae el socorro, pues es por naturaleza benefactor [104]. 1740. ¡Y ha sido el pueblo de su misma raza quien movido por la envidia, le ha dado muerte! ¡Por el contrario, cuántos otros que nada tienen que ver con su linaje carnal, conquistados

que tuvieron a finales del siglo III y mediados del II, quedaron sometidos de formas diversas a los egipcios, hititas, asirios y babilonios. Moisés, ante la negativa de darles permiso de tránsito hecha por el rey Sijón, le venció, mató y conquistó su territorio (Nm 21, 21-31). Tras un período de convivencia con los judíos en la época de los jueces, Salomón los sometió a un tributo (1 S 7, 14; 1 R 9, 20-21; 2 Cro 8, 7-8).

100. Cf. Mt 27, 2. 22-26; Mc 15, 1. 11-15; Lc 23, 1-2. 18-24; Jn 18, 28-31. 40; 19, 6-7. 15-16.

101. Es la «plenitud de los tiempos» de Ga 4, 4 y Ef 1, 10.

102. El día del Sábado Santo.

103. Cf. 2 Co 8, 9 y Flp 2, 7.

104. Cf. Hch 10, 38.

por Él esperarán con firme esperanza, algunos en sus sepulturas [105], otros en montañas, en cavernas o en las profundidades de la tierra, esperarán digo, con firme esperanza, el fresco soplo y el ardiente fuego de la sed enviada por Dios! 1745. No querrán entretanto ni recostarse en lechos, ni envolverse en vestidos delicados, ni habitar en palacios con oro adornados. Otros habrá también que, cayendo entre sables, espadas y dardos mostrarán una segura fidelidad, 1750. no como la del que le vendió y la de aquellos que inmolaron a su bienhechor, los cuales es justo que paguen el castigo debido por su culpa. Mas por lo que a ti hace, aquel a quien has sepultado en un sepulcro nuevo, cuando haya resucitado te defenderá con amor diligente y te establecerá en la tierra de los bienaventurados, 1755. cuando el sonido de la trompeta anuncie tu resurrección de entre los muertos [106]. Es necesario que abandones esta ciudad criminal y que cuando Él haya aparecido como Dios, habites feliz el suelo de los mansos y que, una vez muerto, cambies tu apariencia mortal y apartes de ti la figura corruptible, 1760. que por haber nacido mortal, tuviste por efecto del engaño. Nada de esto lo he aprendido por palabras de los profetas de Dios, sino recostado sobre el pecho del Maestro [107]. Allí recostado aprendí que tal había de ser la suerte de los amados por Dios. 1765. Como desde un abismo he intuido yo muchas cosas sabias.

105. El autor ejemplifica los dos tipos más perfectos de discípulos que en el transcurso del tiempo acudirán a Jesús, sobre todo de las naciones de los gentiles: los monjes (vv. 1742-1747) y los mártires (vv. 1748-1749).

106. Cf. Mt 24, 31; 1 Co 15, 52; 1 Ts 4, 16.

107. Cf. Jn 13, 23. 25.

José

Preciso es aprender cosas sabias de un hombre sabio. ¿Estás convencido de volver a verlo sobre esta tierra?

El teólogo

El esplendor de Dios que está ya próximo me lo anunciará. Es necesario esperar un solo día, el de mañana.

José

1770. Nosotros, por nuestra parte, como a un gran personaje venido de Dios y muerto simplemente, como a un hombre perecedero le hemos dado sepultura entre lienzos finísimos y ungüentos perfumados, porque le conocimos como nacido de una madre mortal y, en consecuencia, sometido también Él a la muerte. Mas si ahora ha de ser constituido como Dios en señor también de la muerte, 1775. ello habrá de suceder en su condición de Hijo y Unigénito de Dios, venerado por tal en adelante por cuantos sean prudentes. Haya sin embargo aún un breve luto por el que nació de madre mortal. Pues de aquella provenía, debía morir. Le hemos honrado nosotros ahora como amigo. 1780. Este es el momento en que manifieste si como Dios tiene poder para emprender cuanto quiera. Mas no está ya lejana la luz del tercer día que todo ha de aclararlo.

El teólogo

Estoy convencido de que el tercer rayo del sol traerá a todos el día de la libertad.

José

1785. ¡Pueda ver, pueda ver yo ese dulce día! ¡Ojalá contemple yo ese milagro! Mas vayamos ahora, buen Nicodemo, vayamos, amigo, a interceder por este pueblo, aunque sea salvaje, 1790. intercedamos por la patria para que Dios no le envíe ningún castigo al menos mientras nosotros vivamos. Tú también, querido apóstol virgen, junto a la Virgen colabora a este propósito con nosotros. Sí, tú también, Señora, aunque te lamentes, 1795. contribuye a este fin, tú, madre del que tiene dos naturalezas, según me han persuadido a creer las palabras del discípulo virgen de tu Hijo.

La Madre de Dios

Ve y anuncia a los mortales el poder de Dios acompañado por Nicodemo, que si otrora fue un discípulo nocturno, ahora se manifiesta junto a ti como evidentísimo amigo.

El teólogo

1800. Id con gozo. No os dejéis amedrentar. Que una vida de perfecta quietud, de amistad y caridad sinceras, de meditar bien y ser prudentes todo lo guarda y a todo da firmeza. 1805. Dios todo lo conoce y juzga con sabiduría.

José

Me convences. Creo ciertamente en tus palabras. Si guardo un orden estaré libre de todo temor.

El teólogo

Vete. Ten por seguro que Él ha de preocuparse por todo cuanto concierne a sus amigos. Vosotros mismos tendréis ocasión de reconocer la verdad de mis palabras. 1810. Y vosotras, mujeres, seguidme ahora con mi madre. Seguidme armadas de Cristo en vuestros corazones. Que nada os atemorice. Seguidme. Os enseñaré la casa donde hemos de pasar esta noche. Bien: es justamente esa casa, la de la derecha. 1815. Alojaos allí ahora. Pues de hecho, a lo que veo ha pasado ya gran parte de la noche, está ya próxima la aurora, la oscuridad se desvanece [108].

La Madre de Dios

¡Ay de mí, ay de mí! Con el alma preocupada y el corazón angustiado, 1820. ¿cómo va a cerrar el sueño mis párpados? ¡Ay de mí, Hijo mío, qué inmolación tan por entero injusta! [109]. ¡Ay de mí, desventurada, cómo me son adversos los acontecimientos! Esto no se atiene a lo que cabía esperar, aunque sea conforme con lo que está predicho. 1825. Ya antes de ahora, Hijo mío, he padecido grandes infortunios, desde el primer momento de tu prodigioso nacimiento. Mas enseguida sucedía el gozo a la pena porque estabas tú presente y disipabas la tristeza. Mas en esta ocasión es el dolor insoportable. ¡Ay de mí! ¿Cómo podré soportarlo? 1830. ¿Qué haré ahora cuando debo sufrir y no encuentro remedio? ¿Cómo podrá el sueño posarse sobre mis ojos y, engañándolos, darles reposo?

108. Nos hallamos en el alborear del Sábado Santo.
109. Cf. Is 29, 21.

Segundo semicoro

Nosotras, Señora, nos hemos recostado por tierra dando descanso a nuestros cuerpos, las jóvenes, las ancianas y las vírgenes que aún no conocen el yugo. 1835. Han apoyado unas sus cabezas en las espaldas de las otras; algunas han apoyado sus mejillas en sus propias manos y hemos apresado un breve momento de sueño. Tú, en cambio, no has dormido ni has dado reposo a tu cuerpo durante toda la noche. 1840. La has pasado entera llevando de un lado a otro tus ojos que no pueden conciliar el sueño. ¿Hasta cuándo piensas seguir sin dejarte vencer por el sueño, sin cerrar tus ojos? Mira: apunta ya la aurora y la gente comienza a apresurarse por los caminos, arriba y abajo, 1845. y se levanta el sol portador de luz, que envía sus rayos y calienta la tierra.

La Madre de Dios

Viendo a mi Hijo cadáver en la tumba, ¿podré acaso yo cesar en mis lamentos, gemidos y lloros hasta que no vuelva a verlo de nuevo vivo y resucitado del sepulcro? 1850. ¿Cómo habría de ser que se posara el sueño en mis párpados?

Segundo semicoro

También yo siento el corazón agobiado. Aunque recostada en el suelo, estoy privada del sueño y no he podido dormir ni descansar oyendo, Virgen, tu doloroso llanto y tus gemidos.

La Madre de Dios

1855. ¡Levantaos, levantaos! [110]. ¿A qué esperáis, mujeres? Salid, aproximaos a la ciudad un trecho, tanto como el precepto lo permita, y quizás tengáis ocasión de conocer alguna noticia. No hay por qué temer. Son muchos los que no os conocen.

El coro

1860. Precisamente me parece divisar a uno de sus compañeros, que con rostro descompuesto se apresura hacia aquí. Parece ser portador de alguna nueva.

El mensajero

¿A dónde, dónde debo dirigirme para encontrar a la madre de Jesús? Decídmelo, mujeres, si lo sabéis. 1865. Indicádmelo. ¿Está dentro de esa casa?

El coro

Sí. Tú mismo puedes encontrarla. Se halla en el interior de la casa.

110. Es la misma exhortación de Jesús a los apóstoles al comienzo de su pasión (cf. Mt 26, 46; Mc 14, 42; Lc 22, 46). La Virgen la repite a sus compañeras cuando está a punto de comenzar el acto final de la resurrección.

El mensajero

¡Señora, madre del que me inició en los misterios y me es tan querido! La noticia que traigo puede suscitar tu inquietud y también la de los discípulos y la de las mujeres que te son queridas.

La Madre de Dios

1870. Por terribles que sean las nuevas que traes, llegas en buen momento. ¿Se trata de una desgracia más?

El mensajero

Numerosas tropas armadas se encaminan hacia el sepulcro, sin que pueda precisar yo el objetivo de esta acción. Me he venido antes de haber podido entender con claridad. Mas tengo la impresión de que entre el vulgo, 1875. se ha difundido un rumor según el cual van al sepulcro para vigilarlo. Tal dicen quienes no lo saben a ciencia cierta. En cambio, quienes podrían saberlo se niegan a revelarlo. Sólo uno se ha prestado a hablar y dice que los escribas se han llegado al gobernador 1880. de la región y le han convencido para que envíe una guardia y haga sellar la piedra, a fin de impedir que los discípulos roben el cadáver [111]. Esto es lo que quería comunicarte.

111. Cf. Mt 27, 64-66.

La Madre de Dios

¡Oh, turba de escribas y ancianos, urdidora de maldades que me resultan absolutamente insoportables! 1885. Oh, ejecutora de un osado crimen [112], maquinadora del asesinato del Señor: cuando comprendas tu estado de temeraria locura, recibirás en tu corazón el impacto de un agudísimo dardo, 1890. que ha de producirte un dolor indescriptible. Mas si continúas hasta el fin en las actuales disposiciones de perversidad, aunque no disfrutes de una condición feliz, tendrás la impresión de no ser desgraciada, por culpa de tu necedad, de tu malvada estupidez. Mas de todo ello habrás de caer en la cuenta cuando ya no tenga remedio. 1895. ¿Cómo pueden convertirse en ladrones de cadáveres aquellos mismos que apenas si han conseguido escapar a vuestras manos asesinas? ¿Y quién será capaz de animarles para que se acerquen al sepulcro, estando como están temblorosos y por completo dominados por un desmedido temor? ¡Ve, ve, monta guardia ante el sepulcro! 1900. Sí, tropas: id y apostaos y no perdáis detalle de cuanto ocurra. Así podréis servir como testigos de su despertar. Nosotras, queridas, por nuestra parte, continuemos aquí.

112. Los motivos de la implacable enemistad del Sanedrín contra Jesús fueron principalmente de tres tipos: egoístas: los que tenían el poder vieron amenazada su influencia sobre el pueblo; nacionales: los saduceos, sobre todo, temían que la predicación de Jesús pudiera suscitar entusiasmos que desencadenaran disturbios que habrían podido originar una intervención romana para sofocarlos y que habría puesto fin al pequeño margen de autonomía de que aún gozaban; religiosos: particularmente los escribas y los fariseos le odiaban por la originalidad renovadora y libertadora de su mensaje religioso.

El coro

¡Sí, sí, sigamos calladamente en casa! ¡No vayamos ahora al sepulcro del Señor! 1905. Esperemos a que llegue la oscuridad de la noche.

LA RESURRECCIÓN

La Madre de Dios

¡Ya llega el crepúsculo! [1]. Esperemos tranquilamente, a causa de los guardias. ¿Cómo podría alguien en la oscuridad llegar sin peligro hasta Él, a través de los malvados soldados, e intentar ungirlo? 1910. Habría sido conveniente que alguno de los discípulos del Maestro, a modo de vigía que no duerme, se hubiera acercado al sepulcro. Sí, sí, es de todo punto imprescindible que vaya alguno y si descubre que no hay ninguna celada, al amanecer iremos al sepulcro que da la vida, 1915. para embalsamar, según es costumbre, el cuerpo difunto [2]. Éste es mi parecer. Mas si recelárámos alguna trampa tendida por el enemigo, aguardaríamos en absoluta quietud al rayo del día de la espléndida luz, pues ninguna necesidad hay de perfumarle, 1920. mientras yazga. Pues, en efecto, ninguna corrupción asaltará en la oscuridad de la tierra al cuerpo del Verbo ni podrá el voraz infierno retener su alma [3], pues voluntariamente padeció la muerte sin culpa ninguna

1. Se inicia el crepúsculo del Sábado Santo antes del Domingo de Pascua. Es la noche de la resurrección. La jornada del Sábado, comenzada en el v. 1817, llega a su final. En el drama se ha desarrollado en menos de 90 vv. Es una brevedad natural, pues está por completo vacía de acontecimientos externos.

2. Cf. Mc 16, 1; Lc 24, 1.

3. Puntual aplicación a Cristo del Sal 14, 10.

por la que debiera[4] ser encerrado en las tinieblas. 1925. ¿Cómo podría el infierno destruir a quien es inmortal, de un Padre inmortal nacido? Antes muy por el contrario, más me inclino a pensar que Él sacará de allí los restos de cuantos mortales sufren prisión en el infierno, engullidos y puestos entre cadenas en una mansión de completa oscuridad.

El coro

1930. Bien. Lo primero que es necesario es investigar. Tienes razón. Envía a alguien lo más pronto posible. A mí me verás perseverar a tu lado hasta el final.

La Madre de Dios

¿Quién de los amigos, de cuantas estáis aquí presentes reunirá el valor suficiente para acercarse hasta el sepulcro durante la noche[5] en calidad de observadora? 1935. ¿Quién me haría este favor? Ninguno de los discípulos se halla presente, pues huyen aún del insensato ataque de los enemigos. En efecto, éstos no desatan su ira por igual contra todos, ya que desprecian a las de nuestro sexo, 1940. en tanto que con irracional ímpetu persiguen a los discípulos.

La Magdalena

Por vosotros quiero yo enfrentarme a ese peligro de

4. Cf. Mt 18, 25. 30. 34.
5. Cf. Jn 20, 1.

acercarme al divino sepulcro para observar y una vez que me haya enterado de todo, regresaré aquí, a donde estáis vosotras, antes de que haya amanecido. 1945. Regresaré enseguida. Me someto a esa suerte en agradecimiento por los muchos males de que fui liberada [6]. Espero incluso que si hago esto tal vez aquel mismo cadáver en persona, aunque no le tengo yo por muerto, me conceda un don todavía más glorioso. No obstante, considero oportuno dormir aún y dejar que avance la oscuridad. 1950. Durmamos, pues, durmamos. No queda lejos la aurora. ¡Pueda yo verla muy pronto, oh todo Soberano! En cuanto amanezca partiré deprisa y quizás me tropiece con las demás hermanas que acuden también allí porque no han podido esperar para ver el sepulcro. 1955. Pues todas estaban tan ansiosas como yo porque pasara la noche para poder ir a embalsamar el cadáver [7].

El coro

¡Ve, ve! Pues que manifiestas tan varonil osadía adelántate para enterarte de algo. Nosotras te seguiremos luego con la Virgen, 1960. y otro tanto han de hacer las demás hijas de Galilea. Estoy segura de que todas irán contigo al sepulcro, deseosas de asistir al término que tanto han esperado [8]. Mas durmamos un poco, no queda lejos la aurora.

6. Por Lc 8, 2 sabemos que había sido liberada de una violenta posesión diabólica (siete demonios). No tenemos elementos para identificarla con la pecadora rescatada por Jesús. Cf. Lc 7, 37-50.

7. Cf. Lc 23, 55-56; 24, 1.

8. Sobre el fondo de estas palabras se percibe claramente la definición de la fe dada en Hb 11, 1, subrayando que en el centro mismo de la fe está la resurrección de Cristo.

La Magdalena

Es necesario que padezca yo fatigas abundantes, mas también, que al padecerlas, 1965. prevea la justa recompensa [9]. Desde cualquier punto de vista, el premio propuesto para una acción genera una satisfacción doble, que yo he conseguido ya en buena medida y que aún aumentaré.

La Madre de Dios

Sí, sí. Es justo. No careces de razón. Son oportunos tus consejos y sensatas tus palabras. 1970. Hablas de la recompensa y de la satisfacción que has logrado ya antes de los trabajos y de las que aún esperas conseguir. Mas ¿qué mayor recompensa exigirás que ésta? No obstante, sé que Él ha de otorgarte dones más hermosos que los que ahora se dan entre los hombres. 1975. Serás feliz cuando los hayas alcanzado.

La Magdalena

¡Bien! Correré a escudriñar lo que te interesa. ¡Ay, Virgen, si pudiera yo ser la primera en ver la resurrección! Es esto lo único que pido como recompensa por mis fatigas. Mira, mira mi afecto.

9. Cf. Lc 10, 7; 1 Tm 5, 18. Jesús promete más veces la debida recompensa a sus discípulos. Cf. Mt 5, 12; 10, 41-42; Mc 9, 41; Lc 6, 23. 35; Jn 4, 36.

La Madre de Dios

1980. Ten cuidado para no tropezar con los guardias en la oscuridad.

La Magdalena

Tendré cuidado. ¡Avanzaré sin ruido! Mas, ¡ay, si tuviera fortuna y hallara lo que tú deseas! Deseas ver pronto a tu Hijo. Eso precisamente es lo que también yo deseo y por eso corro toda suerte de peligros.

La Madre de Dios

1985. Ve rápida y puede ser que pronto me anuncies la buena noticia de que ya puedo encontrar lo que anhelo.

La Magdalena

Te obedezco como a mi señora que eres. No he de privarte de tu deseo. Te obedezco [10].

La Madre de Dios

Te sigo, María, 1990. pues me aflige quedarme tras de ti: no lo resisto. Estando tan preocupada, ¿cómo, desgraciada de mí, podría soportarlo?

10. La actitud de la Magdalena ante la Virgen es la de una

La Magdalena

Vayamos, pues, Virgen querida. Me alegra tenerte como compañera de camino. No pueden éstas despabilar el sueño de sus ojos. 1995. Levantaos, levantaos, ¿por qué tardáis, mujeres?, apartad de vuestros párpados eso que terrible en ellos se ha posado. ¿No veis que ya brilla el astro mensual? Queda ya próxima la aurora, el lucero matinal está ya cercano. Y entretanto, se posa el dulce sueño en vuestros ojos. 2000. Dulcísimo, dulcísimo es en los párpados y cala hasta los corazones angustiados.

El coro

Agobiada por la angustia de mi corazón, revuelvo en la oscuridad de mis ojos que no pueden conciliar el sueño.

La Magdalena

Vayámonos pronto, Virgen querida. 2005. Mi corazón está aprisionado por una vehemente preocupación. Aproximémonos enseguida al sepulcro. Cuando éstas hayan despabilado el sueño de sus ojos, nos seguirán deprisa y con paso cauteloso.

esclava ante su reina. Para el exacto entendimiento de tales epítetos marianos en el *Christus patiens* es necesario tener presente su origen en la vida concreta. Tomados de la habituales relaciones cotidianas, son aplicados a formularios con implicaciones teológicas.

La Madre de Dios

Sí, sí, vayamos deprisa [11]. ¡Ay, si tuviéramos fortuna! 2010. Confío en que el rayo de sol que ya llega traiga a todos el día de la libertad. ¡Vayamos, pues, vayamos! Nos seguirán éstas, cuando oigan un ruido por leve que sea. Correrán con paso diligente, tan veloces como la paloma. 2015. De nuevo, con voz delicada mas con mandato firme os pido que juntas vayamos al sepulcro. Bien, ya están en pie [12]. Es maravilla verlas tan bien dispuestas. ¡Ay, ay, 2020. Hijo! He aquí presente el deseado tercer día, el tercer resplandor del sol, la esperanza de tus partidarios. ¡Que no pase sin más! ¡En tal caso preferiría morir! [13]. ¡Oh, Hijo! ¡Oh, queridísimo! ¡Oh, encanto del divino rostro! ¿Cuándo y dónde podré verte, desventurada de mí? 2025. ¡Oh, Hijo! ¡Ojalá vinieras a mí con la rapidez de la luz! ¡Ojalá llegaras abandonando el reposo de los muertos y las puertas de la oscuridad, donde está el infierno establecido, lejos de toda luz! Aunque ahora, con tu estancia ha visto una luz inmensa. ¡Ven, ven! ¡Muéstrate!

11. El *Evangelio de Gamaliel* 4, 3, cuenta que la Virgen el domingo por la mañana «llegó corriendo» al sepulcro.

12. En cuanto la Virgen dirige una leve exhortación es suficiente, todas se levantan. Su sueño angustiado, que probablemente interrumpe la Magdalena, al despertarlas bruscamente (vv. 1995-1998), ha derivado hasta un cierto aturdimiento próximo a un ansioso duermevela que no las abstraía por completo de cuanto sucedía a su alrededor. Había sido bastante la ligera exhortación de la Virgen para que por completo se despejaran.

13. No es una quiebra en la fe, sino la extrema tensión de la esperanza. La duda, sólo dialéctica, es el desahogo de una adhesión y de una entrega que rechazan, por completamente absurdo, cualquier desengaño.

¡Anticípate a la luz del día! 2030. Todos te tienen por Dios, por Dios del cielo.

La Magdalena

¡Oh, oh! Veo que no hay nadie en los puestos de guardia. ¿Qué significará? ¿Se habrá ido la tropa a algún lugar?

La Madre de Dios

¡Quizás para tendernos alguna trampa! 2035. La multitud es osada siempre y más ahora que triunfa.

La Magdalena

¿Qué haremos, hermana? No hemos encontrado las cosas como esperábamos. ¡Han quedado defraudadas nuestras esperanzas!

La Madre de Dios

¡Ten confianza! Avancemos un poco más. Puede ocurrir que si perseveramos con firme corazón nos encontremos con el muerto en persona. 2040. A sí mismo se salva quien confía en Dios. Ahora hemos de seguir. ¿Quién nos habrá corrido la piedra? [14].

14. Cf. Mc 16, 3.

La Magdalena

¡Oh, Soberano, Soberano inmortal!, ¿qué es todo este desastre? 2045. ¿Cómo es posible ver la piedra que tanto pesa fuera de su sitio? ¡Y también aparece vacía a los ojos la sepultura del Señor! [15]. Iré y contaré a los queridos discípulos la desaparición del cadáver [16] y luego regresaré aquí a toda prisa. ¡A ver si te encuentras aquí, Virgen, con las mujeres!

La Madre de Dios

2050. Bien, has hecho bien, amiga, volviendo atrás al encontrar apartada la piedra. Aún me estremezco de temor. ¿Cómo es posible hallar la piedra corrida de delante de la puerta de la sepultura? ¡Oh, oh, calla, estáte callada! 2055. ¿Quién es ése cuya figura resplandece como el fuego, el que está sentado ahora sobre la piedra, ese de rostro tan hermoso, de tan agradables vestiduras blancas? Resplandece como nieve blanda, nueva. Y mira: los guardias yacen por tierra como cadáveres [17].

El ángel

2060. No temáis, no tengáis miedo. Aquel a quien buscáis no yace ya en el sepulcro [18]. El soberano Jesús,

15. Cf. Lc 24, 3.
16. Cf. Jn 20, 2.
17. Cf. Mt 28, 2-4.
18. Cf. Mc 16, 6; Lc 24, 6.

crucificado días atrás, no sigue en la sepultura como cadáver, sino que, resucitado, se dirige a Galilea. 2065. Conforme a lo predicho, quiere ahora dejarse ver de sus discípulos [19]. Venid y contemplad el lugar vacío. Id, pues, id y contadlo todo con toda exactitud. Yo, por mi parte, os lo he contado todo a vosotras. Vosotras ahora, a vuestra vez, contadlo todo a todos, incluido Pedro [20]. 2070. Contad que el infierno ha sido vencido, que Cristo ha resucitado del sepulcro, que ha sido corrida con fuerza la piedra del sepulcro, que los guardias, desfallecientes de miedo, han abandonado las puertas del infierno, que saltan los muertos a la tierra de la luz aclamando a Dios salvador, que, 2075. gracias a Él, se desatan por sí mismos los lazos.

La Madre de Dios

¡Oh, esplendorosa luz del sol! ¡Ha llegado, tal como esperábamos, el término de nuestras angustias! ¡Ha caído el enemigo! ¡Cristo ha resucitado del sepulcro! ¿Qué aurora más dulce que ésta presente? 2080. ¿Qué podría ocurrirme más agradable que esto? ¿Dónde vas, Hijo, ahora, tras derrotar al infierno? ¿Dónde, dónde y cuándo podré verte, Hijo mío? ¡Ven, ven! ¡Preséntate pronto a tu madre!

La Magdalena

A lo que creo has de verlo antes que nadie. 2085.

19. Cf. Mt 28, 7; Mc 16, 7.
20. Cf. Mc 16, 7 (Mt 28, 7; Lc 24, 9).

Mas vayámonos para anunciar la alegría a todos los queridos discípulos, según dijo aquel que iba con blancas vestiduras. Al llevar a los amigos tan grata noticia me dirigiré primero a Pedro y al discípulo virgen. Pues el que se nos apareció nos dijo que se lo comunicáramos también a Pedro. 2090. Voy a decirle que está vacío el sepulcro y a referirle la visión y las palabras del que se ha aparecido. No obstante, como ellos corrieron a ver el sepulcro, imagino que habrán podido verlo todo perfectamente [21]. Mas ¡oh! ¿A quién veo? ¿Es acaso el Señor con un nuevo aspecto? 2095. Aunque me lo parece no lo sé a ciencia cierta. ¡No es fácil dirigirse a uno por su aspecto!

Cristo

¡Salud!

La Madre de Dios

¡Salud, Hijo el mejor del mejor Padre! ¡Rey de todos, Soberano que has vencido a la muerte, a la enemiga! [22]. 2100. ¡Soberano, Soberano inmortal! Tú que eres el gran Dios, déjanos que toquemos con temor tus pies [23]. Caigamos al suelo para besarlos, atónitas de alegría y temor [24].

21. Cf. Jn 20, 1-10.
22. Cf. 1 Co 15, 26.
23. Cf. Mt 28, 9.
24. Cf. Mt 28, 8.

Cristo

¡No temáis! ¡No tengáis miedo! 2105. Id pronto y anunciad a mis hermanos que iré a Galilea y allí me verán, según les anuncié.

La Madre de Dios

¡Oh, secreto esplendor del sol! ¡Cuán grata esta aurora ha amenecido! 2110. ¡Oh, inefable brillo de los rayos de la luz! ¡Oh, alegría extendida por el mundo! ¡Oh, gozo del corazón, alegría, gozo inmenso! ¿Cómo encerrar en palabras el regocijo que llena mi corazón? 2115. Mas vayámonos como nos ha dicho el Señor.

La Magdalena

Mira, Señora: aquí llegan las muchachas queridas, el resto de las mujeres de Galilea que se dirigen a la tumba a perfumar el cadáver [25], pues todavía ignoran su resurrección. 2120. ¡Volvamos con ellas al sepulcro, que no es posible cansarse de contemplar el milagro! El corazón, siempre ansioso por conocerlo todo, queda prisionero de la curiosidad y cede otra vez al ímpetu de volver a la contemplación. 2125. Mas, ¡oh! ¿Quién es ese joven de bello semblante sentado a la derecha del sepulcro y vestido con un manto blanco? Quedo atónita al comprobar lo radiante de su aspecto [26].

25. Cf. Lc 23, 55; 24, 1.
26. Cf. Mc 16, 5.

El joven

¡No temáis! ¡Que el miedo no se apodere de vosotras! Sé, muchachas, que buscáis a Jesús Nazareno. 2130. No está ya en el sepulcro, ha resucitado y está vacía su sepultura. Id, pues. Id a los discípulos y a Pedro y comunicadles que pronto se les aparecerá en Galilea [27].

La Magdalena

Yo, temblorosa y dominada por el miedo, me dirigiré ahora a Pedro 2135. y a los demás discípulos para llevarles a mi vez la buena noticia. También el que se nos apareció antes nos indicó que se la anunciáramos a Pedro.

El coro

Nosotras, muchachas, desconcertadas por el miedo y por completo puestas fuera de nosotras al contemplar tan terrible espectáculo, 2140. huimos del sepulcro lo más rápidamente posible, guardando en silencio cuanto vimos y oímos. Nada dijimos a nadie. Bien recordamos los engaños del que vendió al Verbo y estamos temerosas de los lazos de la horca, 2145. y de su modo de comportarse, semejante al de un sepulcro blanqueado [28].

27. Cf. Mc 16, 6-7.

28. El fraudulento comportamiento de Judas con los fariseos sugiere al autor la idea de uniformarle con aquellos cuya hipocresía les había ganado de Jesús el calificativo de «sepulcros blanqueados» (Mt 23, 27).

Tenemos presente el carácter de aquel que reveló el misterio en medio de los enemigos. Huyamos, pues. Abandonemos los pensamientos rastreros y a nadie que sea malvado contemos nada de lo que hemos llegado a conocer. Lo revelaremos sólo a los queridos discípulos. 2150. A nadie revelaremos nada malo. Por el contrario, sólo contaremos lo que realmente hay de verdad en las buenas noticias. Ninguna mentira. Que no nos es grato mentir cuando acabamos de escapar de aquella mentalidad que ve por doquier apariciones de difuntos. Nosotras, en cambio, hemos quedado extasiadas por el miedo [29], que es aquello por lo que 2155. todos se apartan del mal pensando en Dios. No nos es lícito revelar a nadie nada de esto, según ya he dicho, cuando nos apartemos del sepulcro. Es verdad que no consideramos ya cadáver a aquel a quien hemos visto vivo, 2160. mas, con todo, seguimos presas del miedo, del pavor que sobrecoge a quien tiembla ante sus palabras [30]. Apartémonos, muchachas, del sepulcro, sin decir a nadie nada que cause extrañeza. No existe sustancia del mal. 2165. Concluyo, por eso, que el mal es nada y por ende no es lícito darle parte en el misterio. ¿Quién puede revelar el misterio a un malvado? Es evidente que la maldad es lo opuesto al bien, como

29. El texto de este discurso, íntegramente compuesto por el autor, es complicado y abstruso, pero deja también entrever algún rayo de luz poética. Asistimos a una originalísima tentativa por parte del coro de justificarse mediante la autointerpretación de su comportamiento: su reluctancia a cualquier suerte de empresa peligrosa (vv. 1930-1932), su voluntario posicionamiento en segunda línea (vv. 1957-1963), su aturdimiento angustiado (vv. 2002-2003), son sublimados con objetividad crítica, atenta a desechar cualquier frivolidad de visionarios.

30. Cf. Is 66, 2. 5.

lo es la noche del día y la tiniebla de la luz. 2170. Se oponen como la mentira a la verdad. Mas vayámonos deprisa junto a los discípulos para comunicar la buena nueva a los amigos [31]. Mas, ¡oh! ¿A quién entreveo venir en la noche?

El mensajero

Señora, madre del Hijo, madre de un Hijo tal como yo 2175. jamás oí que hubiera engendrado mujer alguna.

La Madre de Dios

¿Quién eres tú que compartes nuestros sentimientos? Por culpa de la noche no veo claramente y no acierto a reconocerte.

El mensajero

Los milagros y la bondad del alma de tu Hijo me han tenido siempre bien dispuesto en su favor y en el tuyo.

La Madre de Dios

2180. ¿Qué anuncias de nuevo? ¿Qué? Dilo rápido.

31. Cf. Mt 28, 10.

El mensajero

¡Salud, Señora! Esto te digo en primer lugar: ¡salud, bienaventurada! Ningún mortal sabría pronunciar un exordio más bello que éste. Te traigo magníficas noticias, 2185. tal es el anuncio que he venido a traerte.

La Madre de Dios

¿Me anunciarás que mi Hijo ha resucitado del infierno?

El mensajero

Me has privado de darte la noticia, pues ya estás en posesión de ella. Según se dice [32], ha regresado. Ha huido del infierno y camina otra vez sobre la tierra. 2190. Esto era lo que había venido a anunciarte.

La Madre de Dios

Ya lo sabíamos nosotras. Mas tú, ¿cómo te has enterado? Vamos, habla: ¿Cómo puedes contarlo?, ¿por qué lo sabes?, ¿por qué lo dices?, ¿en qué claras pruebas te fundas?

32. Para el *Evangelio de Gamaliel* 6, 21 tras las apariciones a las mujeres y a los discípulos junto al sepulcro, «la noticia de la resurrección del Nazareno se extendió por toda la ciudad».

El mensajero

El piquete de guardia que había velado toda la noche, 2195. y sin desfallecer había vigilado el sepulcro, de pronto se ha precipitado tumultuosamente a donde los sacerdotes y parece que en su desconcierto han propalado un nuevo rumor. Aquellos temblorosos, han solicitado reunir el consejo en plena noche. 2200. No sin razón temblaban los soldados. Por casualidad llegué yo a conocer la causa de su estupefacción al entrar en la ciudad. Cuando la supe, me vine hasta aquí calladamente. Siguiendo a la patrulla con el oído atento, 2205. pude escuchar sus palabras y cómo se expresaban con pavor acerca de lo que en el sepulcro les había acontecido. Ha dicho, ha dicho la patrulla a los ancianos y a los sumos sacerdotes que tramaron el asesinato y que ahora están reunidos para examinar el caso: 2210. «Tú, turba de escribas y ancianos, que has llevado a cabo una muerte estremecedora. He venido a contarte a ti y a la ciudad entera muchas cosas extrañas, dignas todas ellas de espanto y pasmo. El cadáver que yo debía custodiar se ha aparecido, 2215. y aún me estremezco al recordarlo. Si tú hubieras estado allí y hubieras contemplado todo eso tan sorprendente, te habrías rendido suplicante ante aquel a quien nos mandaste vigilar considerándole cadáver. Deseo saber si puedo contarte con entera libertad cuanto allí ha sucedido, 2220. o si por el contrario ha de poner el miedo freno a mis palabras. Pues temo presentarme ante el tirano, me atemoriza su temperamento ardiente, su cólera, sus arrebatos». [33] Esto es lo que la tropa

33. FILÓN en la *Legatio ad Caium*, en el párrafo 301 afirma que «Pilato tenía un carácter inflexible y, además de arrogante,

dijo a los ancianos. 2225. Estos, volviéndose unos a otros, consultaron entre sí y luego dijeron estas lastimosas palabras: «Todavía está reciente el ultraje hecho a Jesús y ya prende como el fuego y nos amenaza. No nos precipitemos. Mostrémonos benévolos con la patrulla». 2230. Y al momento se volvieron a la guardia y dijeron lo siguiente: «Escuchad, soldados, mi opinión. Ocultad todo cuanto no esté conforme con lo que nos conviene. Así intercederemos por vosotros y quedaréis a salvo de todo prejuicio. Decid que sus compañeros robaron el cadáver [34] a escondidas. 2235. Os recompensaré con regalos que destacan por su hermosura. No es conveniente que narréis esto a vuestro jefe, pues contribuirá a la fama del sepultado y, por el contrario, nos avergonzaría a nosotros y suscitaría en el pueblo una violenta cólera, 2240. que dirigiría hacia nosotros la irritación de todos». La patrulla de guardias contestó a su vez: «Nada revelaré de lo que he llegado a conocer, puesto que así lo consideras oportuno y prometes salvarme del tirano. Mas a ti te lo referiré todo. 2245. A juzgar por los prodigios que antes y ahora ha cumplido, ese hombre no parece que sea inferior a ningún Dios. Resucitando y saliendo del sepulcro cuando aún estaban allí la piedra y los sellos [35]

despiadado». En el 302 le reprocha «una crueldad terrible y sin fin». En el 303 le declara «vengativo». Cf. también FLAVIO JOSEFO, *Bellum Iudaicum* II, 9, 2-4 (169-177) y *Antiquitates Iudaicae* XVIII, 3, 1 (55-59). Los cristianos, sin embargo, se mantuvieron ajenos a los juicios filonianos, tan ásperos y partidistas, aunque tampoco aceptaron en modo alguno la exaltación que de Pilato pretendió el *Evangelio de Gamaliel,* ni el culto que como santo le tributó la Iglesia copta.

34. Cf. Mt 28, 13-14.

35. No dicen los evangelistas que Jesús saliera del sepulcro sin

y mientras nosotros velábamos montando guarda en torno a la sepultura, 2250. revistió de esplendor todas las cosas. Quedamos nosotros como muertos, derrotados y fuera de nosotros mismos por el miedo [36]. Una irresistible agitación estremeció los confines del orbe [37]. De pronto rodó la piedra del sepulcro, de forma tal que así puede verlo 2255. y percibirlo cualquiera que contemple el sepulcro. Resonó después desde los cielos una voz. A lo que creo, fue el mismo Dios Padre quien la emitió [38]. Y al mismo tiempo estalló un trueno estruendoso y un resplandor soberano centelleó deslumbrante en los cielos y en la tierra. 2260. Guardó después silencio el firmamento. Los bosques contenían en silencio sus hojas y no era posible escuchar ni el más leve rumor. Amigos míos: acoged al menos ahora a ese hombre, cualquiera que sea, pues por muchos motivos se manifiesta su esplendor. Y aún hay quien dice más, según tengo oído: que Él 2265. da a los mortales el don que pone término a los padecimientos y que sin Él no es posible bien alguno, presente o futuro. Si fueran verdad tales cosas, yo preferiría ofrecerle sacrificios antes que, dejándome dominar por el desprecio, tirar coces contra el aguijón. Pues yo soy sólo un mortal en comparación con los dioses».

romper los sellos ni remover la piedra. Pero puede deducirse del relato hecho por Mt 28, 2-6, que atribuye el corrimiento de la piedra y la consiguiente ruptura de los sellos a un ángel, el mismo que anuncia que ya ha acontecido la resurrección.

36. Cf. Mt 28, 4.

37. Cf. Mt 28, 2.

38. Ninguno de los evangelistas da datos de esta voz celeste que, con toda probabilidad, se toma de la aparecida en los vv. 170-172. Allí se trataba de la promesa, aquí del cumplimiento.

Los sumos sacerdotes

2270. Tú te has quedado profundamente dormido, has soñado y un sueño es lo que acabas de contarnos. Mientras dormías, los discípulos han robado el cadáver. Sólo eso dirás al tirano. Calla todo cuanto sea contrario a lo que nos conviene y recibirás nuestros favores. 2275. De lo contrario, bien podría ser que sospechemos que voluntariamente has vendido el cadáver. Si no callas, podría suceder que informáramos de eso al tirano.

La guardia

No me convencen tus palabras. Mas aunque me parece mal lo que dices, no te inquietes, 2280. mantén la calma. No lo consentirá Dios. El sello de la tumba muestra claramente que no hemos vendido el cadáver. No tienen argumentos: el sello está intacto. Pues la piedra permaneció fija, oh prodigio estremecedor, cuando Él resucitó.

Los sumos sacerdotes

2285. Deja estar las cosas y toma estos regalos [39].

La guardia

Pues que no te convencen mis palabras, me dejaré convencer yo por las tuyas, según dices. Mas atiende a salvarme del tirano.

39. Cf. Mt 28, 12.

Los sumos sacerdotes

No te preocupes por ello. 2290. Le convenceré para que te trate de forma fraternal, pues es de tu misma raza y de la tierra de Ausonia [40]. Mas vayamos enseguida. No temas. Dirás: «Los discípulos, ocultándose a mis miradas, llegados de noche, robaron el cadáver».

La guardia

2295. ¡Ay de mí, ay, ay!

Pilato

¿Quién es el que se lamenta y gime ahí afuera?

Los sumos sacerdotes

Es, señor, la guardia de los que vigilaban el cadáver, que se lamentan presos de un gran temor.

Pilato

Han venido en momento oportuno. ¿Qué les trae? 2300. ¿Por qué gimiendo gritan y se lamentan? ¿Qué temen? ¡Habla!

40. Perteneciente a los Poncios, familia de origen samnita, no ha dejado en la historia ninguna otra noticia segura anterior a su nombramiento como procurador de Judea en el 26 d. C.

Los sumos sacerdotes

Que hablen ellos que están aquí presentes.

La guardia

Señor: sus discípulos, llegados de noche y ocultos a mi mirada, han robado el cadáver.

Pilato

2305. Os habéis comportado con gravísima irresponsabilidad. ¿Cómo han podido los discípulos entrar en el sepulcro, robar el cadáver y pasaros inadvertidos? ¿No os habéis dado cuenta de cómo entraban y salían? ¿Quién sino vosotros 2310. pagará la pena por ello? Os recuerdo que erais los guardias de la sepultura. Me habéis puesto en ridículo ante todos los mortales. En castigo he de condenaros a pena de muerte. ¡Os ha pasado inadvertido que robaban el cadáver y se han reído de mí!

Mas ¿qué razón tendrían para robar el cadáver? 2315. Y ¿cómo ha podido ser que en medio de tanta guardia que, según se me dice, llevaba teas encendidas[41] –y aunque no las llevara: hay luna llena esta noche[42]–

41. El aparato de linternas y antorchas de que se disponía en Getsemaní (Jn 18, 3) es transferido por el autor con acierto a la tercera noche siguiente.

42. Puesto que la Pascua hebrea era celebrada en la noche del 14 al 15 Nisán, que constaba de 30 días, comenzaba con la luna de marzo y terminaba con la de abril, coincidiendo por tanto con el plenilunio. Cf. ORÍGENES, *Series veteris interpretationis commenta-*

cómo, repito, ha podido ser que, temblorosos como estaban, se hayan acercado y hayan podido correr una piedra que una fuerte patrulla sólo con grandes fatigas consiguió mover [43], 2320. y que además, por consejo de los ancianos, estaba sellada por su parte exterior, y todo ello sin que vosotros os dierais cuenta? [44]. No conozco discípulos que hayan podido hacer lo que decís. Lo habéis hecho vosotros: no admitiré otra explicación. Pretendéis confundirme con discursos preparados de antemano. 2325. Pero necesitaríais muchas y hábiles palabras para convencerme de que no mentís. No resisten vuestras palabras ante la verdad. Los hechos se apartan de las palabras y éstas no resisten la argumentación.

La guardia

2330. Soberano señor: has descrito perfectamente los hechos. Mantuve mis ojos insomnes durante toda la noche. Ni me adormecí ni me dormí profundamente. No, por tu cabeza. Lo vi todo y he venido corriendo a contártelo. Ya durante la noche sentí deseos de venir, 2335. para referírtelo todo y librarme así del castigo.

riorum in Matthaeum 134 GCS ed. de E. KLOSTERMANN y U. TREU, p. 272, 19-22: «Era el tiempo pascual, que suele celebrarse cuando la luna tiene la plenitud del sol y dura toda la noche». Cf. también SAN GREGORIO NISENO, *In Christi resurrectionem* I, en *Gregorii Nysseni opera* IX, ed. de E. GEBHARDT, p. 297, 11-15.

43. Mt 27, 60 precisa que la piedra era grande. Sus grandes dimensiones se deducen, además de por los testimonios arqueológicos, por la confesada incapacidad de las mujeres para moverla. Cf. Mc 16, 3.

44. Cf. Mt 27, 66.

Pero los sabios y expertos en las cosas de Dios me convencieron para que aguardara a la esplendorosa luz del día. No me detuvieron los ardorosos rayos del sol, sino que al punto me dirigí a ellos corriendo, 2340. y les conté cuanto vi y escuché. Mas no hacen caso de mis palabras.

Pilato

¡Temo que en vano me mintáis! No llego a ver con claridad que hayan sido los discípulos quienes robaron el cadáver. Me resulta muy sospechoso. 2345. ¿Qué pruebas podéis aportar?

Los sumos sacerdotes

Señor, te apresuras antes de conocer cuanto ha sucedido. El ladrón cuenta con grandes facilidades en la noche cerrada. Es necesario anunciar a las tropas cuanto antes que algunos de los discípulos, amparados en la noche, 2350. han sorprendido a la guardia. De esta suerte se les podrá tender un lazo para castigarles y que aprendan lo que deben hacer. Pues es para nosotros una vergüenza. Y aún más que una vergüenza: un mal. Dios no permita que se tolere queden impunes quienes nos atormentan 2355. con actos de este género.

Pilato

No conozco a individuos que puedan haber robado así el cadáver. No los conozco. Me parece sospechoso, muy sospechoso, todo esto. ¿Cómo es posible

que quienes cuando estaba vivo huyeron y le abandonaron por miedo hayan ahora robado su cadáver? 2360. No entiendo cómo la guardia pudo quedarse dormida con un sueño tal que incluso descuidara la vigilancia del sepulcro, ni cómo mostraron tanta osadía para cometer ese delito los mismos que, según tengo entendido, se derrumbaron hasta el punto de abandonarle y renegar de Él por miedo ante la voz de una criada [45].

Los sumos sacerdotes

2365. Tú que en todo eres decidido, ahora por el contrario, sintiéndote desconcertado al escuchar todo esto, de todo sospechas en vano. ¡Lástima no fueras un hombre siempre pronto para resolver con acierto! Mas ningún mortal es por sí mismo capaz de todo por igual. A unos se les concede un don y a otros otro. 2370. A ti, el de combatir; a ésos el de discernimiento. Por eso, escuchando estas cosas has quedado privado de la claridad del fuego y te niegas a aceptar que sus compañeros robaran el cadáver de aquel impostor. Nuestro consejo a este respecto es bien simple: armar la mano contra los enemigos.

Pilato

Tú has sobornado a la patrulla y ahora intentas confundirme. 2375. Ya que lo has dispuesto todo hasta aquí, encárgate también de lo que queda.

45. Cf. Mt 26, 69-75; Mc 14, 66-72; Lc 22, 55-62; Jn 18, 16-18 y 25-27.

Los sumos sacerdotes

Piensa eso si te parece, pues nadie te impide opinar así y decirlo si quieres [46].

El mensajero

Al enterarme de la osadía de esos malvados que con engaños pretenden sepultar la resurrección de los muertos, 2380. vine, Señora, corriendo, para dártelo a conocer. No desconfíes. Es verdad todo lo que te digo. Y aún pienso que ha de correr la fama por toda la ciudad. Algunos de la guardia lo divulgan y proclaman en

46. El debate no concluye, sino que se interrumpe dada la imposibilidad de conciliar las posturas divergentes. Pilato lanza a los pontífices una acusación y éstos, a falta de defensa, responden con palabras de desorientación. Al dejar la cuestión en sus manos, el procurador se desentiende del asunto. Cumplida ya la sentencia de muerte que había dictado, él mismo había entregado el cadáver a José de Arimatea y, por ende, para él el asunto quedaba zanjado. Puesto que no estaba contemplado el delito de profanación de un sepulcro para robarlo, para nada le interesaba donde fuera sepultado el cadáver cuya retirada acababa de permitir. También la falta cometida por la guardia aparecía ante sus ojos como el error de un grupo de infelices engañados por las espesas tramas que en torno suyo había tejido el Sanedrín. Las prácticas de éste, cuya malicia conocía Pilato, disculpaban la ingenuidad del comportamiento de las tropas, sobre todo si se trataba de soldados inexpertos que se habían dejado engañar por los judíos. En el fondo quedaba claro que los últimos responsables eran los pontífices y sus principios religiosos. No quería Pilato solucionar sus problemas. Que se las entendieran ellos. Por segunda vez se lavaba las manos. En el *Evangelio de Gamaliel* 3, 14 el oficial que había vigilado desde la crucifixión dice a Pilato a propósito de la deposición del cadáver: «Gobernador, tienes pleno poder para obrar según tu gusto».

secreto el milagro. 2385. Serán muchos los que acudan a ti y por ellos podrás cerciorarte. He querido ser yo el primero en venir corriendo como nuncio de estas noticias, con gozo en el corazón para traerte a ti alegría y regocijo.

La Madre de Dios

Has venido con oportunidad y habrá de reconocérsete. 2390. Ha sido oportuna tu llegada, bien que anuncies la obstinación en su ceguera [47] de los malvados ancianos, la mentira y la vanidad de sus cavilaciones [48]. Pues ¿cómo podría el sepulcro, o el sello de la piedra o alguno de la guardia encerrar el cuerpo del Verbo inaprensible, 2395. transformado como está hasta revelar su parentesco con el Padre, aquél mismo que fue visto caminar sobre las aguas como si fueran tierra, que es origen de sí mismo, que a sí mismo se da forma, Señor que con su poder sostiene cuanto existe? Él en modo ninguno desató los virginales vínculos, 2400. sino que salió y surgió en virtud de una fuerza divina. No rompió, en efecto, el himen virginal. Yo que le alumbré sé bien cómo le había engendrado. ¿Cómo podría ser advertida su resurrección por la guardia que le vigilaba si puede ocultarse a los ojos de los ángeles? 2405. ¿Cómo

47. En griego *Ate* era una antigua personificación del endurecimiento en la ceguera que porta consigo, como castigo, desastres y calamidades. Aquella hija de Zeus no caminaba sobre la tierra sino sobre las cabezas de los hombres y, junto a los trágicos, era la vengadora de las malas acciones. Es bien conocido el ciclo de tres espléndidas obras líricas que en los *Poemi Conviviali,* PASCOLI tituló *Poemi di Ate.*

48. Cf. Sal 4, 3; Pr 30, 8; Jon 2, 9; Za 10, 2.

iba a quedar sujeto a un cuerpo de carne mortal? ¿Cómo podría someterse a la carne [49] quien desde siempre es el Verbo incorpóreo? Aquel que permaneciendo entero junto al Padre, entero también se encerró en mi vientre [50]. En vano se alborotan por envidia los sacerdotes ante esto. 2410. Mas, amigas: volvamos ahora al sepulcro, vayamos ahora de nuevo tan pronto como posible nos sea. Examinaremos todo con más cuidado todavía y así se lo podremos contar todo a los amigos, todo tal y como es. Y ellos acudirán corriendo a su vez y podrán comprobarlo perfectamente [51].

El coro

2415. He ahí a Pedro y al querido Juan que, llegados antes al sepulcro que da vida, todo lo han examinado con minuciosidad y han informado a los amigos de lo mismo que les había contado María Magdalena que, llena de fe, había llegado la primera, lo había inspeccionado todo, 2420. y había anunciado que estaba vacío el sepulcro.

La Madre de Dios

Sí, sí. Antes que ninguno corrió ella al sepulcro. Yo la seguí muy pronto y ambas comprobamos, al prin-

49. Se funden Jn 1, 14 y Flp 2, 6-7.

50. En el *Evangelio de Bartolomé* 2, 11, se dice a María: «El que apenas cabe en los cielos quiso contenerse en ti». Cf. también ibíd.

51. Cf. Lc 24, 12; Jn 20, 3-10. Ambos evangelistas –Juan tres veces– atestiguan explícitamente que Pedro y Juan «vieron».

cipio, que estaba vacío el sepulcro. Pensó ella en que había sido robado el amado cadáver[52], y que había sido puesto en cualquier otro lugar. 2425. Mas al punto nos dimos cuenta de cómo había ocurrido todo y María corrió a contarlo a los discípulos. Pedro se levantó y corrió al sepulcro y enseguida corrió con él el discípulo virgen, 2430. y vieron cuanto María les había contado. Nosotras, a nuestra vez, corrimos tras ellos. Mas he ahí a la Magdalena. Ella podrá contarnos todo lo que ha visto y todo lo que ha hecho.

La Magdalena

¿Qué dices, Señora, alegría de nuestro linaje?[53].

La Madre de Dios

Cuento yo lo que tú dices haber visto, 2435. y haber contado a los amigos[54].

La Magdalena

Las cosas son, Señora, como las has contado. Sabes cómo me acerqué al sepulcro al punto de la mañana[55] y has oído lo que conté. No es necesario que repita

52. Cf. Jn 20, 13.

53. En el *Evangelio de Bartolomé* 4, 6, Pedro declara a la Virgen: «Eres tú quien ha reducido a nada la transgresión de Eva, transformándola de vergüenza en gozo».

54. Cf. los vv. 2043-2048; 2085-2137.

55. Cf. Mt 28, 1; Mc 16, 1-2; Lc 24, 1; Jn 20, 1.

ahora 2440. lo que, luego de haber corrido al sepulcro beatísimo, contigo primero y después con los discípulos, y haberme aposentado allí llorando, he podido interrogar y comprobar con diligencia. Vi a dos ángeles vestidos de blanco, 2445. sentados en los dos extremos del sepulcro: uno en la cabecera y el otro a los pies [56]. Y viéndoles destellear [57] y traslucir así una presencia divina, me sentí por entero poseída por el gozo y el miedo [58]. A continuación percibí en mis oídos una voz que no era posible identificar, 2450. y, temblorosa, me di la vuelta [59]. Descubro entonces a Cristo con un semblante nuevo. Ya antes he dicho que no es cosa fácil dirigirse a uno basándose en su aspecto. Caigo a tierra, trato de tocar sus pies, mas Él me lo prohibió y me envió a anunciar todo esto a los amigos. 2455. Y como hubiera oído yo de Él mismo aquello que ansiaba conocer, esto es, que subiría al cielo y al Padre, cosa que, sin embargo, aún no se ha producido, pues sigue aquí en la tierra y se ha adelantado a sus amigos y les espera en Galilea [60] según les había anunciado, 2460. corrí a comunicarlo todo a los queridos discípulos [61]. No quisieron ellos contentarse con mis palabras [62], sino que acudieron personalmente al sepulcro con rápida carrera y pudieron comprobar lo que acabas de oír. No es menester que relate de nuevo lo que ya éstas han escuchado poco ha de tus labios, 2465. y que tú misma conoces bien tras las pesquisas que minuciosamente has

56. Cf. Jn 20, 12.
57. Cf. Lc 24, 4.
58. Cf. Mt 28, 8.
59. Cf. Jn 20, 14.
60. Cf. Mt 28, 7 y 10; Mc 16, 7.
61. Cf. Jn 20, 18.
62. Cf. Mc 16, 11; Lc 24, 11.

llevado a cabo. Cómo habiendo escuchado junto a las demás muchachas los acontecimientos anteriores [63], estupefacta y desconcertada, tras haberte encontrado conmigo has corrido junto a las otras dos queridas Marías para ver lo que acababas de oír 2470. y lo has visto todo y a tu propio Hijo, según era fuerza que sucediera [64]. He oído también que hace poco, otros dos discípulos mientras se dirigían hacia su pueblo [65], le han visto y han podido conocer cuanto estaban deseosos de conocer. Corren ahora a comunicarlo a los amigos. 2475. Conviene ahora que nos lleguemos allí [66] enseguida. Quizás podamos ver de nuevo al Señor. Se acerca la oscuridad del atardecer [67]. Corramos pues, corramos al lugar donde ha de reunir a los amigos la tiniebla ya próxima.

El coro

2480. Hela aquí. Hemos llegado a casa de María, donde tengo entendido que están también los queridos

63. Se refiere a la noticia sobre el envío de guardias al sepulcro (vv. 1860-1905). A la llegada del mensajero estaba presente también el coro.

64. Por los vv. 1989-2115 resulta que la Virgen ha corrido al sepulcro y ha visto al Resucitado junto a la Magdalena. Las otras dos Marías son una explicitación tardía de los vv. 2116-2119 y fueron sugeridas por Mc 15, 47 y 16, 1. El autor, fiel a su propósito de recuperar todos los datos evangélicos, con algunas añadiduras posteriores, incluye ahora a las dos mujeres. Algunos exegetas antiguos ponían como principio hermenéutico fundamental la autonomía de los acontecimientos presentados por los escritores sagrados con alguna circunstancia diversa.

65. Para los discípulos de Emaús cf. Lc 24, 13-14; Mc 16, 12-13.

66. Es la casa en que se habían reunido los discípulos.

67. Cae la tarde del Domingo de Resurrección.

discípulos encerrados dentro de sus puertas pues tiemblan aún al pensar en los asesinos. Están echados los cerrojos de las puertas. 2485. ¿Cómo podremos entrar estando las puertas cerradas? Mas la querida María acaba de oírnos, nos abre con cuidado y nos invita a entrar. Entremos despacio para no asustar más a los amigos, ya bastante asustados. 2490. Bien. Ya estamos con los once amigos y con cuantos se les han unido. Asegura de nuevo todas las puertas, María. Después escuchamos en silencio al propio Cleofás, presente también a lo que veo, que refiere lo que 2495. dijo e hizo el Señor ante ellos [68], celebra una multitud de cosas y cuenta cómo le reconocieron al partir el pan [69]. ¡Ay, ay! ¡Silencio! He ahí el Señor, dentro, traspasadas las puertas. ¿Cómo, cómo ha podido entrar si estaban las puertas cerradas? Quizás igual que resucitó pese a estar cerrada la tumba [70], 2500. y al igual que antes traspasó los umbrales de la Virgen, sin abrir los candados de su Madre Santísima.

Cristo

¡Paz a vosotros! [71]. 2505. ¿Por qué os asustáis? He aquí mis manos y mis pies, mi mismo costado traspasado. Sabed que soy yo mismo [72]. Un espíritu no tiene carne ninguna, ni huesos, 2510. como los que veis que yo tengo. Si me tocarais veríais que tengo

68. Cf. Lc 24, 25-31.
69. Cf. Lc 24, 35.
70. Cf. Lc 24, 37.
71. Cf. Lc 24, 36; Jn 20, 19.
72. Cf. Lc 24, 39.

todo. Así como el Padre me envió aquí, así os envío yo al mundo y os inspiro a vosotros, mis amigos, el Espíritu Santo [73]. 2515. Una vez que lo hayáis recibido, anunciadme a todos en unión del Padre y del Espíritu Santo [74]. Id, pues, id amigos como heraldos, cantad himnos de victoria por toda la tierra y entrando en los palacios reales, 2520. predicad a fin de que se entere toda la ciudad de David [75] de que la salvación ha surgido enseguida del sepulcro. Seréis mis testigos en toda la tierra. Se salvará quien, acogiendo vuestra palabra, reciba el bautismo que libra del pecado. 2525. Mas quien rechazare vuestras palabras, caerá en la condenación por culpa de su infidelidad. Os entrego por ello la gracia del Espíritu Santo. A quien desatéis del lazo del pecado, al momento quedará libre. 2530. Mas quien por vosotros quedare sometido a los vínculos de la culpa, permanecerá atado con los lazos indisolubles [76].

73. Cf. Jn 20, 21-22.

74. Cf. Mt 28, 19; Mc 16, 15.

75. Fue llamado «ciudad de David» el asentamiento sobre el collado de Sión efectuado bajo David. Tal denominación permaneció para designar la parte antigua de la ciudad, aunque Salomón amplió notablemente el perímetro urbano. Aquí, naturalmente, el término, con su claro valor antonomásico, asume un valor épico-literario.

76. Cf. Jn 20, 22-23; Mt 18, 18.

CONCLUSIÓN: SÚPLICA FINAL

De tales lazos, tú, todo Soberano que en persona das la libertad de los mismos, desátame, Salvador, pues ¡ay! en ellos me envolvió mi locura. 2535. El impostor, el enemigo [1] viéndome libre por mi fe en ti, don de bondad extremada, por envidia me abrumó con indisolubles lazos. Adiós, Hijo el mejor del mejor Padre, Rey, Señor supremo que has aplastado bajo tus pies a la serpiente [2] causante del mal, 2540. y has derribado por tierra a la muerte, nuestro peor enemigo. ¡No permitas que otra vez se enseñoreen de mí! ¡Soberano. Soberano inmortal! Tú eres el gran Dios y como juez enteramente justo [3] vienes a juzgarme: ¿Cómo podré mirarte entonces yo? 2545. ¿Cómo dirigiré mis ojos a tu trono tras haberme mostrado indigno del cielo, de la tierra y de toda tu creación? Me robó el maligno, me arrojó a la fosa [4], al Tártaro [5] de inmenso vacío [6]. 2550.

1. Cf. 2 Jn 7.
2. Cf. Lc 10, 18-19; Rm 16, 20.
3. Cf. Sal 7, 12; 2 M 12, 6; 2 Tm 4, 8.
4. Imagen de perdición y ruina bastante frecuente en los libros sapienciales y proféticos del A. T.
5. El Tártaro fue considerado primitivamente como la parte más profunda del infierno, donde estaban encerrados seres míticos monstruosos como los Cíclopes y los Titanes. Sólo posteriormente ambos términos se confundieron llegando a designar por igual todo el mundo ultraterreno subterráneo de las almas humanas.
6. Cf. Lc 16, 26.

El impostor, tendiéndome una torcida trampa, me ha aferrado y me ha echado del todo a las tinieblas exteriores del infierno. ¡Ten piedad de mí, Dios mío! Tiéndeme tu mano [7], socórreme, no me dejes como presa de quien busca la ruina de los mortales [8]. Pues soy yo tu imagen, enséñame Tú, Verbo, 2555. golpeándome aquí según la medida de tu amorosa bondad y no permitas que yo descienda a la gehenna [9]. ¡Oh, Redentor! Te invocamos: neciamente hemos cometido delitos de cuerpo, alma y mente [10]. Hemos pecado contra ti y a menudo hemos violado tu ley. 2560. Demasiado tarde hemos caído en la cuenta. No lo sabíamos cuando fue necesario tenerlo presente, y aún después de conocerla hemos hecho lo que no te era grato. Confesamos nuestros pecados, mas tú aparta de ellos tu mirada [11]. Sabemos que no es tu ira semejante a la de los mortales. Ten, oh Salvador, compasión de mí. 2565. No permitas que mis pecados me hagan perecer. Soy tu hijo e

7. Cf. Sal 118, 173.

8. Cf. Jn 8, 44.

9. La Gehenna o valle de Hinnón, como dice su etimología, se encuentra al sudeste de Jerusalén y tras haber sido desde finales del s. VIII a. C. tristemente célebre por los sacrificios humanos y particularmente de niños sacrificados y quemados en honor de Moloch, hacia final del s. VII a. C. fue destruido y declarado impuro por el rey Josías (2 R 23, 10 y 16). El lugar se convirtió entonces en símbolo de todas las desolaciones y en emblema del castigo de los malvados (Jr 7, 31-33; 19, 2-13). En Mt 5, 22. 29. 30; 10, 28; 18, 9; 23, 15. 33; Mc 9, 43. 45. 47; Lc 12, 5 la Gehenna, caracterizada por el fuego que consume a los cadáveres roídos ya por los gusanos, es citado como emblema del infierno en el que serán castigados los pecadores.

10. Adaptación de Mt 22, 37; Mc 12, 30; 110, 27 (Dt 6, 5; Si 7, 27-30).

11. Cf. Sb 11, 23; Sal 50, 11.

hijo de tu esclava [12] y además por mi causa, ¡oh Verbo! te has sometido a la muerte [13]. No permitas que sea yo objeto de alegría para el maligno [14], enséñame con tu vara [15], aunque la emplees con amorosa bondad. 2570. Acepta, oh Verbo, como embajadora a tu Madre y a todos aquellos a quienes has dado la gracia de desatar los lazos del pecado [16]. Excelsa, excelsa, beatísima Virgen: tú tienes tu morada en el cielo sede de los bienaventurados. Te has despojado de toda grosura de la carne, 2575. y a cambio te has revestido de un manto de inmortalidad. Sabemos que tú, como Dios, no envejeces. Sé pues desde lo alto benévola para conmigo. Sí, sí Virgen celebérrima: tú sola entre los mortales posees este poder altísimo, 2580. pues tú eres la Madre del Verbo, aunque eso supere nuestra razón. En ti he puesto mi confianza. A ti dirijo mis palabras y te traigo, Señora, una guirnalda entretegida con flores recogidas de un prado sin mancha [17]. Te la ofrezco en agradecimiento por los muchos dones que te has dignado concederme. 2585. Ponme tú siempre a salvo de tantas desventuras [18], de los enemigos visibles y sobre todo de

12. Cf. Sal 115, 7.
13. Cf. Is 53, 5.
14. Cf. Sal 37, 17; 40, 12.
15. Cf. Pr 22, 15; 23, 13-14.
16. Son los apóstoles. Cf. los vv. 2527-2531.
17. Este prado podría servir de contrapunto al del v. 1. Allí era el jardín del Edén, en el que la serpiente dio comienzo a la caída del hombre y aquí el jardín de la pasión redentora, del que ha cogido el autor las flores que ofrece a la Virgen. Se trata de temas teológicos fundamentales desde el principio de la especulación teológica cristiana. El autor los hace aparecer de modo armonioso con la forma poética que reviste el texto.
18. Súplica que, en su sustancia, ha de remontarse a los orígenes del cristianismo, dado que ya es atestiguada por el *Sub tuum*

los invisibles. Que pueda yo afrontar la última etapa de mi vida igual que la comencé: poseyendo el tesoro de tenerte siempre como señora de toda mi vida y como embajadora bien recibida ante tu Hijo, 2590. junto a quienes le fueron gratos por su amor a la pureza. No permitas que sea yo entregado a los tormentos y que sirva como motivo de regocijo para el malvado corruptor de las almas. Sal en mi defensa y ponme a salvo del fuego y de las tinieblas, justificándome mediante tu fe y tu gracia [19]. 2595. En ti ha resplandecido la gracia que nos une con Dios. Te elevo ahora un himno de acción de gracias: Salve, Virgen llena de alegría, Madre Virgen, la más hermosa de todas las vírgenes, soberana, que estás al frene de las tropas celestes. 2600. Señora todo Soberana, alegría de nuestra estirpe. Te ha tocado en suerte ser siempre benigna con el linaje humano. Sé también para mí la salvación suprema.

praesidium, texto litúrgico de la Iglesia egipcia que ha llegado hasta nosotros en un papiro no posterior al s. III, adquirido por la John Rylands Library y publicado en el 1938 por C. H. ROBERTS como *Pap. Ryl.* 470. Sobre Dios como salvación de los peligros cf. Sal 60, 5-7.

19. Cf. Lc 1, 45. La fe de la Virgen es uno de los ejes del drama.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis
1, 9-10: 97.
1, 26: 39.
2, 7-9: 72.
2, 15: 72.
3: 34.
3, 1: 95.
3, 1-5: 34.
3, 5: 37.
3, 13: 72, 95.
3, 15: 95, 132.
3, 16-19: 95.
3, 23-24: 72.
14, 7-13: 135.
19, 24-25: 53.
22, 1-13: 119.
22, 18: 118.
26, 3-4: 118.

Éxodo
1, 11-22: 135.
3, 5: 96.
17, 1-6: 125.

Números
20, 2-11: 125.
21, 21-31: 136.
21, 33-35: 135.

Deuteronomio
4, 31: 118.
6, 5: 182.
7, 8: 118.
29, 11-12: 118.

1 Samuel
7, 14: 136.

2 Samuel
15, 23: 48.
15, 30: 48.
22, 2: 125.

1 Reyes
9, 20-21: 136.
22, 19: 132.

2 Reyes
23, 10: 182.
23, 16: 182.

2 Crónicas
8, 7-8: 136.

2 Macabeos
12, 6: 181.

Salmos
4, 3: 173.
5, 7: 57.
7, 12: 181.
14, 10: 147.
17, 3: 125.
24, 15: 97.
37, 17: 183.

40, 12: 183.
44, 4: 38.
44, 6: 38.
49, 6: 132.
50: 118.
50, 11: 182.
50, 19: 41.
60, 5-7: 184.
68, 35: 132.
73 13-14: 132.
75, 8: 87.
77, 15-16: 125.
78, 5: 41.
88, 3-5: 118.
88, 6: 132.
88, 8: 132.
95, 11: 132.
96, 6: 132.
102, 20-21: 132.
102, 22: 132.
109: 50.
110: **50.**
112, 4: 132.
115, 7: 183.
118, 173: 182.
122, 2: 97.
131, 11: 118.
135, 6: 97.
138, 14: 50.
140, 8: 97.
144, 15: 97.
148, 2: 132.
148, 3-6: 132.

Proverbios
8, 7: 57.
11, 1: 57.
12, 22: 57.
22, 15: 183.
23, 13-14: 183.
30, 8: 173.

Eclesiastés
3, 6-7: **70.**

Cantar de los Cantares
1, 2: **116.**
2, 14: **93.**
5, 16: **88.**

Sabiduría
2, 24: 63.
11, 4: **125.**
11, 23: **182.**
12, 3: **96.**

Eclesiástico
7, 27-30: 182.

Isaías
6, 2-3: **132.**
29, 21: **140.**
44, 23: **84.**
48, 21: **125.**
53, 5: **183.**
54, 9-10: 118.
65, 17: 128.
66, 2: 160.
66, 5: **160.**
66, 22: **128.**
66, 24: **134.**

Jeremías
7, 11: 129.
7, 31-33: 182.
19, 2-13: 182.
41, 22: **110.**
44, 8: **110.**
52, 13: **110.**

Daniel
7, 10: **132.**

Joel
2, 11: **87.**

Jonás
2, 1-11: 120.
2, 9: **173.**

Miqueas
7, 20: **118.**

Nahúm
1, 6: **87.**

Zacarías
10, 2: **173.**

Malaquías
3, 2: 87.

Mateo
1, 19: **104.**
2, 13-18: 93.
3, 1: 120.
3, 7-12: **119.**
4, 12: **119.**
4, 16: **125.**
5, 12: **150.**
5, 22: **182.**
5, 29: **182.**
5, 30: 182.
5, 43-45: 87.
8, 12: 134.
9, 23: 119.
9, 27-31: 59.
10, 6: **126.**
10, 28: **182.**
10, 41-42: 150.
11, 5: 59.
11, 8: 120.
11, 11: **119.**
12, 22: 59.
12, 38-40: 120.
12, 49-50: 84, 87.
13, 39: 131.
13, 42: **134.**
13, 50: 134.
13, 54-57: 127.
14, 3-4: **120.**
14, 5: **119.**
14, 6-11: **120.**
14, 9: **120.**
15, 24: **126.**
15, 30-31: 59.
16, 4: 120.
16, 15: 9.
16, 21: 64.
16, 27: 50.
17, 22-23: 64.
18, 6: 121.
18, 8: **134.**
18, 9: **182.**
18, 18: **179.**
18, 25: **148.**
18, 30: **148.**
18, 34: **148.**
19, 28: 54.
20, 17-19: 64.
20, 29-34: 59.
21, 13: 129.
21, 14: 59.
21, 41: 127, 133.
21, 44-45: 133.
22, 13: **134.**
22, 30: 132.
22, 37: **182.**
23, 15: 182.
23, 27: 135, 159.
23, 29-35: 133.
23, 33: **182.**
23, 37: **134.**
23, 37-38: 129.

24, 4-5: 127.
24, 24: 127.
24, 31: 137.
24, 51: 134.
25, 30: 134.
25, 41: 134.
26, 17: 47.
26, 21-25: 47, 81.
26, 24: 110.
26, 24a: **49.**
26, 24b: **49.**
26, 28: 96.
26, 30: 47.
26, 39: 110.
26, 42: 110.
26, 45: 48.
26, 46: 142.
26, 47: **42.**
26, 49: **48.**
26, 50: 48.
26, 53: 132.
26, 55: 42.
26, 56: 49, 108.
26, 64: 38.
26, 67-68: 132.
26, 69-75: 49, 171.
26, 75: 87, 108.
27, 2: 132, 136.
27, 5: 81, 121.
27, 11-26: 60.
27, 12-14: 60.
27, 15-21: 61.
27, 19: **60.**
27, 20: **61.**
27, 22-25: 61.
27, 22-26: 136.
27, 23: 60.
27, 24: 60.
27, 25: 60, 84.
27, 28-31: 132.
27, 29: 104.
27, 29-30: 78.
27, 34: 78, 88.
27, 38: 81.
27, 39: **78.**
27, 40-44: 132.
27, 45: 92, 97.
27, 46: 74, 88.
27, 48: 78, 88.
27, 49: 132.
27, 50: **88.**
27, 51: **92.**
27, 51-52: 97, 125.
27, 54: 102.
27, 55: **79.**
27, 57-58: 109.
27, 59: 107, 114.
27, 60: 107, 122, 125, 169.
27, 64-66: 143.
27, 66: **169.**
28, 1: **175.**
28, 2: **165.**
28, 2-4: **155.**
28, 2-6: **165.**
28, 4: 165.
28, 7: 156, 176.
28, 8: 157, 176.
28, 9: 157.
28, 10: 161, 176.
28, 12: 166.
28, 13-14: 164.
28, 19: 8, 179.

Marcos

1, 4-5: **120.**
3, 33-35: 84, 87.
5, 38-39: 119.
6, 2-4: 127.
6, 17-20: 120.
6, 20: **120.**
6, 21-28: **120.**

6, 26: 120.
7, 27: 126.
8, 22-25: 59.
8, 31: 64.
8, 38: 50.
9, 31: 64.
9, 41: 150.
9, 43: 134, 182.
9, 45: 182.
9, 47: 182.
9, 48: 134.
10, 17: 105.
10, 32-34: 64.
10, 46-52: 59.
11, 17: 129.
12, 9: 127, 133.
12, 12: 133.
12, 30: 182.
13, 5: 127.
13, 22: 127, 132.
14, 12: 47.
14, 18-21: 47, 81.
14, 21: 110.
14, 21a: 49.
14, 21b: 49.
14, 24: 96.
14, 26: 47.
14, 36: 110.
14, 41: 48.
14, 42: 142.
14, 43: 42.
14, 44-45: 48.
14, 46: 48.
14, 48: 42.
14, 50: 49, 108.
14, 62: 38.
14, 65: 132.
14, 66-72: 49, 171.
14, 72: 87, 108.
15, 1: 132, 136.
15, 1-15: 60.
15, 3-5: **60.**
15, 6-15: 61.
15, 11: 61.
15, 11-15: 136.
15, 13-14: 61.
15, 14: 60.
15, 16-20: 132.
15, 17: 104.
15, 19: **78.**
15, 23: 78, 88.
15, 27: 81.
15, 29: 78.
15, 29-32: 132.
15, 33: 92, 97.
15, 34: 74, 88.
15, 36: 78, 88.
15, 39: 88, 102.
15, 40-41: 79.
15, 43-45: **109.**
15, 46: 107, 114, 125.
15, 47: 177.
16, 1: 147, 177.
16, 1-2: 175.
16, 3: 154, 169.
16, 5: **158.**
16, 6: **155.**
16, 6-7: **159.**
16, 7: 156, 176.
16, 11: 176.
16, 12-13: 177.
16, 15: 8, 179.
16, 16: 27.
16, 19: **128.**

Lucas

1, 29-34: 41.
1, 34: 117.
1, 35: 70, 97.
1, 45: 68, 184.
1, 48: **65.**
1, 49: **38.**

1, 72-73: 126.
1, 73: **118.**
2, 19: **118.**
2, 25: 105.
2, 32: 125.
2, 34-35: 38.
2, 51: 87.
3, 3-4: 120.
3, 19-20: 120.
4, 18: 59.
4, 22-29: 127.
6, 23: 150.
6, 27-29: 87.
6, 35: 87, 150.
7, 21-22: 59.
7, 25: 120.
7, 28: 119.
7, 37-50: 149.
7, 44: 87.
7, 48: **87.**
8, 2: **149.**
8, 21: 84, 87.
8, 52: 119.
9, 22: **64.**
9, 26: **50.**
9, 44: **64.**
10, 7: 150.
10, 18: 127.
10, 18-19: 181.
10, 19: 131.
10, 27: 182.
11, 29-30: 120.
12, 5: **182.**
13, 28: **134.**
13, 34: 135.
13, 34-35: 129.
16, 24: 134.
16, 26: 181.
17, 2: 121.
18, 18: 105.
18, 31-33: 64.
18, 35-43: 59.
19, 41: **129.**
19, 46: **129.**
20, 16: **127.**
20, 16-19: 133.
21, 8: 127.
21, 24: **133.**
22, 11: **47.**
22, 15: **64.**
22, 15-16: 47.
22, 19-20: 96.
22, 21-23: 47.
22, 22: **110.**
22, 22a: **49.**
22, 22b: 49.
22, 22-23: 81.
22, 30: 54.
22, 39: **47.**
22, 42: **110.**
22, 45: **48.**
22, 46: **142.**
22, 47-48: 48.
22, 52: **42.**
22, 54: **48.**
22, 55-62: 49, 171.
22, 62: 87, 108.
22, 63-65: 132.
22, 69: **38.**
23, 1-2: **136.**
23, 1-5: **60.**
23, 4: **60.**
23, 11: **132.**
23, 13-25: 60.
23, 14-15: 60.
23, 17-25: 61.
23, 18-23: 61.
23, 18-24: 136.
23, 22: **60.**
23, 33: **81.**
23, 35-37: 132.
23, 36: 78, 88.

23, 39: **132.**
23, 40: **49.**
23, 43: 114.
23, 44-45: 92, 97.
23, 46: 69, 88.
23, 47: 102.
23, 48: **78.**
23, 49: **79.**
23, 50-51: 105.
23, 51: **106.**
23, 52: **109.**
23, 53: 107, 122.
23, 55: 158.
23, 55-56: 149.
23, 56: 130.
24, 1: 147, 149, 158, 175.
24, 3: **155.**
24, 4: **176.**
24, 6: **155.**
24, 9: **156.**
24, 11: **176.**
24, 12: 114, 174.
24, 13-14: 177.
24, 21: 72, 77.
24, 25-31: 178.
24, 35: 178.
24, 36: **178.**
24, 37: **178.**
24, 39: **178.**
24, 41: 96.
24, 47-48: 8.
24, 51: **128.**

Juan

1, 4: **125.**
1, 9: **54.**
1, 14: **174.**
1, 29: **96.**
1, 46: **127.**
2, 1-11: 65.
2, 4-8: 87.
3, 2: 105.
3, 14: 47.
3, 19: 125.
4, 36: 150.
4, 46: 65.
6, 70-71: 53.
7, 41-52: 127.
7, 50-52: 105.
8, 12: 125.
8, 44: 182.
9: 59.
9, 5: 125.
9, 16-34: 127.
10, 21: 59.
10, 38: 110.
11, 37: 59.
12, 4-6: 46.
12, 28-29: 48.
12, 31: 127.
12, 35: 125.
12, 46: 125.
13, 4-10: 47.
13, 10-11: 47.
13, 12: 55.
13, 21-30: 47, 81.
13, 23: 137.
13, 25: 137.
13, 27: 120.
13, 29: 46.
13, 31: 47.
13, 4-10: 47.
14, 30: 127.
16, 11: 127.
16, 32: 108.
16, 33: 47.
17: 47.
18, 1: 47, 48.
18, 2: 48.

18, 3: 42, 168.
18, 12: 48, 132.
18, 15-16: 49.
18, 16-18: 49, 171.
18, 25-27: 49, 171.
18, 28: 60.
18, 28-31: 136.
18, 38: 60.
18, 39-40: 61.
18, 40: 136.
19, 2: 104.
19, 2-3: 132.
19, 6: 61.
19, 6-7: 136.
19, 7: 102.
19, 9-10: 60.
19, 13: 77.
19, 15: 128.
19, 15-16: 136.
19, 16: 60.
19, 25-26: 107.
19, 26: 49.
19, 26-27: 82, 97, 110, 130.
19, 28: 88.
19, 29-30: 78.
19, 30: 91, 110.
19, 31: 104, 109.
19, 32-33: 101.
19, 34: 101.
19, 38: 106, 109.
19, 39: 105.
19, 39-40: 106.
19, 40: 107, 114.
19, 41: 107, 122.
20, 1: 148, 175.
20, 1-10: 157.
20, 2: 155.
20, 3-10: 174.
20, 5-7: 114.
20, 12: **176.**
20, 13: **175.**
20, 14: **176.**
20, 18: **176.**
20, 19: 112, 178.
20, 20: 96.
20, 21-22: 179.
20, 22-23: 179.

Hechos de los Apóstoles
1, 8: 8, 121.
1, 18: 81.
2, 27-31: 119.
7, 33: 96.
10, 38: **136.**
10, 42: **50.**
12, 12: **130.**
13, 47: **125.**

Romanos
5, 10: **125.**
8, 32: **125.**
16, 20: 132, 181.

1 Corintios
1, 23: **71.**
10, 4: **125.**
11, 1: **74.**
15, 26: **157.**
15, 52: **137.**

2 Corintios
5, 21: 34.
8, 9: **136.**

Gálatas
4, 4: **136.**

Efesios
1, 10: **136.**

1, 20-21: 132.
5, 3: **57.**

Filipenses
2, 6-7: 126, 174.
2, 7: 35, 136.
2, 8: 110.
2, 9-11: 84.
2, 10: 128.

Colosenses
1, 16-17: 132.

1 Tesalonicenses
4, 16: 137.
4, 17: 126.

2 Tesalonicenses
2, 3: 127.

1 Timoteo
4, 1: 127.
5, 18: 150.
6, 10: 55.

2 Timoteo
4, 1: 50.
4, 8: 181.

Hebreos
1, 5-13: 132.
11, 1: 149.
12, 22: 132.

1 Pedro
2, 19: 34.
2, 21: 34.
3, 18-20: 119.
3, 22: 132.
4, 5: 50.

2 Pedro
2, 1: 127.
3, 13: 128.

1 Juan
1, 5: 125.
2, 8: 125.
2, 22: 127.
4, 3: 127.

2 Juan
7: 127, 181.

Apocalipsis
4, 6-9: 132.
5, 11-12: 132.
7, 11-12: 132.
8, 2-4: 132.
11, 15: 132.
12, 9: 34.
13, 2: 34.
13, 4: 34.
13, 11: 34.
14, 2-3: 132.
16, 13: 34.
19, 1-6: 132.
19, 14: 132.
19, 20: 127.
20, 2: 34.
21, 1: 128.
21, 23: 125.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Abraham: 17, 49, 50, 118, 135.
Absalón: 48.
Achelis H.: 94.
Adán: 34, 49, 95, 125.
Adopcionismo: 56.
Afraate: 102.
Agustín: 59, 68, 117.
Ambientes de rapsodas: 5, 6.
Ambrosio: 59.
Amorreos: 135.
Anticipaciones tipológicas: 18.
Antiguo Testamento: 11, 38.
Antioquía: 16, 56.
Antología Palatina: 7.
Apócrifos: 40, 71, 73.
Apolinar: 14, 80.
Apolinarismo: 33, 80.
Arabia: 129.
Areios: 6.
Arimatea: 106, 172.
Arrianismo: 33.
Arrianos: 33, 67.
Artemón: 56.
Asalmano (cadena del): 135.
Asia: 129.
Asirios: 136.
Atanasio: 69, 80
Ate: 173.
Atenas: 15.
Augusto: 135.
Auranítide: 135.
Ausones: 128.
Ausonia: 102, 133, 167.
Ausonio: 8.

Babilonios: 136.
Babrio: 15.
Baehrens Aem.: 7.
Bárbaros: 112, 129, 133, 134.
Baris: 77.
Barrabás: 61.
Basán: 135.
Batanea: 135.
Batiffol P.: 40, 71.
Batracomiomaquia: 6.
Batriana (fortaleza): 129.
Bea A.: 25.
Belén: 22.
Benz E.: 69, 72.
Bezetha (roca de): 77, 78.
Bizancio: 12, 14, 56.
Bonwetsch G. N.: 94.

Calvario: 24, 41, 64, 78, 79.
Caná (bodas): 65.
Canaán: 135.
Campania: 102.
Cedrón (torrente): 48.
Ceferino (papa): 56.
Centón: 5, 6, 7, 11, 12, 53.
Cerinto: 56.
César: 128.
Choreìa: 127.
Cíclopes: 181.
Cirilo de Jerusalén: 102.

Clemente de Alejandría: 54, 71, 102.
Cleofás: 178.
Combatientes marítimos: 66.
Cristo, «verdadera vida en la muerte»: 44.
Crucifixión: 25, 29.
Curación de los ciegos: 59.

Damasco: 135.
David: 48, 50, 129, 179.
De la infancia del Salvador: 40, 42, 68, 70, 73, 96, 116, 117.
Demonio vengador: 43.
Destrucción de Jerusalén: 51.
Dodecasílabo: 15.
Dölger Fr. I.: 103.

Ebionitas: 56.
Edén: 183.
Edreí (batalla de): 135.
Efraím: 62.
Efrén: 61, 69.
Egipcios: 135, 136.
Egipto: 118.
Emaús (discípulos de): 72, 77, 177.
Encarnación: 10, 16, 17, 18, 50, 80.
Escribas: 120, 143, 144, 163.
España: 108.
Espíritu Santo: 20, 28, 56, 179.
Eucaristía: 47.
Eudocia: 12.
Eunomiano: 33.
Eurípides: 14, 15, 33, 59, 65, 75.
Eusebio: 51, 71, 86, 106, 121, 127.
Eustacio: 5.
Eva: 23, 34, 39, 95, 175.
Evangelio de Bartolomé: 117, 174, 175.
Evangelio de Gamaliel: 61, 86, 153, 162, 164, 172.
Evagrio Pontico: 33.
Exhortación: 52.

Fariseos: 120.
Fe y razón: 28.
Filón: 163.
Flavio Josefo: 128, 164.
Forma ditirámbica: 82.
Fortaleza Antonia: 62.
Fotino: 56.
Frigia: 129.
Früchtel: 71.
Fuego destructor de Jerusalén: 128.

Galilea: 124, 129, 149, 156, 158, 159, 176.
Galileos: 14.
Gebhardt E.: 169.
Gehenna: 182.
Gennath (puerta de): 78.
Gerasa (paralelo de): 135.
Getsemaní: 48, 64, 168.
Gólgota: 62.
Gomorra: 53.
Grecia: 6.
Gregorio Nacianceno: 13, 15, 38, 81, 86, 88, 105.
Gregorio Niseno: 51, 68, 116, 117, 169.
Griegos: 102, 129.

Hades: 51, 125.
Hebreos: 58, 60, 62, 63, 67, 129.
Hegemonio de Jaso: 6.

Heikel I. A.: 71.
Helenismo: 15.
Hermón: 135.
Herodes Antipas: 119.
Herodes Agripa: 77, 78, 108.
Herodes el Grande: 135.
Herodías: 120.
Hipólito: 94.
Historia de José, carpintero: 40, 68.
Historia de la salvación: 25.
Historia lausíaca: 33.
Hititas: 136.
Homero: 6, 7.

Ignacio de Antioquía: 44, 65, 118.
Imitatio Christi: 74.
Infiernos: 51.
Inspiración de imitación: 6.
Issaac (sacrificio de): 18, 119.
Isabel: 68.
Israel: 54, 77, 85, 88, 118, 126.
Israelitas: 18.

Jardín del Edén: 183.
Jerónimo: 7, 56, 71, 82, 94, 106.
Jerusalén: 22, 48, 51, 78, 96, 106, 128, 129, 130, 182.
Joaquín: 43.
John Rylands: 184.
Jonás: 18, 120.
Jordán: 120, 135.
José: 84, 105, 117.
José de Arimatea: 105, 107, 109, 112, 113, 122, 123, 124, 172.
Josías: 182.
Juan el Bautista: 27, 119.
Juan Crisóstomo: 41, 61, 72, 86, 95, 103.
Juan Evangelista: 19, 27, 28, 62, 82, 86, 95, 105, 106, 107, 108, 174.
Judas: 24, 25, 26, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 110, 120, 159.
Judea: 167.
Judíos: 24, 25, 26, 28, 50, 52, 60, 67, 76, 84, 104, 114, 118, 123, 125, 128, 133, 136, 172.
Juglares: 5.
Juliano: 14, 15.
Justino: 11, 102.

Kaibel G.: 7.
Kéntrón: 5.
Klostermann E.: 69, 72, 86, 106, 169.

Labourt J.: 40, 71.
Lacio: 102.
Lamy Th. J.: 61, 69.
Lefort L. Th.: 69.
Leowenklau G.: 13.
Libertad: 26.
Libre voluntad de cada uno: 24.
Lidda: 106.
Lidia: 129.
Litróstroto: 77.
Logos: 9.
Lucas: 79.

Madre de la alegría: 23.
Madre del llanto: 23.
Madre del Verbo: 34.
Magdalena: 27, 35, 151, 153, 177.
Magnificat: 38.
María madre de Marcos: 130.
Marcelo de Ancira: 56.
Mártires: 137.

Martirologios: 94.
Medea (de Eurípides): 65.
Medea (de Osidio Geta): 7.
Media (tierra de): 129.
Memmón (estatua de): 6.
Mesopotamia: 135.
Moisés: 136.
Moloch: 182.
Monarquianismo patripasiano: 67.
Monjes: 137.
Monte de los Olivos: 47, 48.
Morandi L.: 40.
Morin G.: 68.
Museo de Alejandría: 6.

Nazaret: 22.
Nicodemo: 105, 106, 113, 114, 118, 119, 139.
Nisán (mes de): 62, 168.
Nonno de Panopoli: 40, 82.
Nuevos cielos y nueva tierra: 128.

Occidente: 7, 117.
Odas de Salomón: 40, 71.
Og (rey de Basán): 135.
Oriente: 7, 117.
Orígenes: 69, 72, 86, 168.
Osidio Geta: 7.

Pablo: 74, 125, 127.
Pablo de Samosata: 56.
Padres griegos: 9, 71.
Paladio: 33.
Paraíso terrestre: 18, 34, 37, 39, 72, 132.
Parusía: 21, 56.
Pascoli: 173.
Pascua hebrea: 168.
Pascua nueva: 47.
Pascua de Resurrección: 96.
Patibulum: 64.
Pecado original: 34, 39.
Pedro: 19, 26, 49, 86, 87, 88, 108, 119, 130, 156, 157, 159, 174, 175.
Peloponeso: 6.
Persia: 129.
Piedra (figura de Cristo): 125.
Pignes de Caria (hermano de Artemisa de Halicarnaso): 6.
Pilato: 20, 60, 61, 77, 104, 106, 118, 120, 121, 163, 164, 172.
Plutarco: 6.
Poemi conviviali: 173.
Poemi di Ate: 173.
Poesía de centones: 7.
Poesía siríaca: 16.
Polémica antijudía: 133.
Poncios: 167.
Proba: 8, 12.
Profundización exegética: 10.
Profundización teológica: 10.
Prólogo: 37.
Protoevangelio de Santiago: 68, 70.
Providencia: 122.

Rapsodas: 5, 6.
Rechazo del arrepentimiento: 26.
Refoulé R. F.: 94.
Reimer: 7.
Resurrección: 27, 37, 51, 57, 92, 95, 120, 128, 130, 137, 142, 147, 149, 150, 158, 162, 165, 172, 173.
Roberts C. H.: 184.
Roma: 7, 120.

Saduceos: 62.
Salomé (hija de Herodías): 120.
Salomé (madre de Santiago): 108.
Salomón: 77, 109, 136, 179.
Sanedrín: 105, 106, 144, 172.
Santiago de Compostela: 108.
Santiago el Mayor: 108.
Satanás: 34.
Semillas de verdad: 11.
Serpiente: 34.
Sijón (rey de los amorreos): 136.
Simeón: 38, 105.
Sión: 179.
Sodoma: 53.
Sofronio: 16.
Solima (país de): 96.
Sperabamus: 77.
Stählin O.: 54, 71.
Sub tuum praesidium: 183.
Suicidio de Judas: 51.

Tabla de Cebes: 7.
Tártaro: 181.
Teodoreto de Ciro: 103.
Teodoto de Bizancio: 56.
Tertuliano: 7, 94.
Tiberio: 120, 121.
Tierra Santa: 96.
Tigris: 14.
Titanes: 181.
Tito: 77.
Torre Antonia: 77, 78.
Tracomítide: 135.
Transjordania: 135.
Treu U.: 86, 169.
Trímetro yámbico: 15.
Trisoglio F.: 13.
Troyanas (Las): 75.
Tuilier A.: 14, 29.
Tutela jurídica del matrimonio: 22.

Última cena: 47, 130.

Valentinianos: 33.
Valle de Hinnóm: 182.
Verbo: 9, 10, 17, 23, 34, 35, 47, 52, 53, 56, 67, 71, 72, 76, 80, 81, 86, 98, 147, 159, 173, 174, 182, 183.
Víctor (papa): 56.
Virgilio: 7.
Virginidad de María durante el parto: 62.
Vogt A.: 16.
Voluntad de perdición: 56.

Wellesz E.: 16.

Zebedeo: 108.
Zeus: 173.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5
1. El centón clásico-pagano 5
2. La nueva actitud de los cristianos 8
3. El centón cristiano 11
4. El autor de la «Pasión de Cristo» 12
5. La teología del drama: la encarnación 16
6. María 21
7. Jesús juez 24
8. La redención 26

Gregorio Nacianceno
LA PASIÓN DE CRISTO

Prólogo 33
La pasión 37
La muerte 91
La sepultura 105
La resurrección 147
Conclusión: súplica final 181

ÍNDICE BÍBLICO 185
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 195

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,
2.ª Ed., 326 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno,** HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,
2.ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo,** LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,
2.ª Ed., 256 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno,** LA PASIÓN DE CRISTO,
2.ª Ed., 208 págs.

5 - **San Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,
2.ª Ed., 136 págs.

6 - **Atanasio,** LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,
118 págs.

7 - **Máximo el Confesor,** MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS,
100 págs.

8 - **Epifanio el Monje,** VIDA DE MARÍA,
148 págs.

9 - **Gregorio de Nisa,** LA GRAN CATEQUESIS,
2.ª Ed., 172 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,
2.ª Ed., 176 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO,
2.ª Ed., 108 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA,
144 págs.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
196 págs.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
138 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN,
354 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS,
148 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
132 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS,
122 págs.

21 - **Ambrosio,** LA PENITENCIA,
140 págs.

22 - **Gregorio Magno,** LA REGLA PASTORAL,
420 págs.

23 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
252 págs.

24 - **Nilo de Ancira,** TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.

25 - **San Jerónimo,** LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.

26 - **Cesáreo de Arlés,** COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
190 págs.

27 - **Atanasio,** VIDA DE ANTONIO,
148 págs.

28 - **Evagrio Póntico,** OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.

29 - **Andrés de Creta,** HOMILIAS MARIANAS,
192 págs.

30 - **Gregorio Nacianceno,** LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,
288 págs.

31 - **Gregorio de Nisa,** VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,
176 págs.

Próximos volúmenes:

— **Basilio Magno,** EL HEXAMERÓN.

— **Juan Damasceno,** HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS.

— **Juan Cristóstomo,** COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS.

— **Gregorio Nacianceno,** FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA.

— **Basilio Magno,** EL ESPÍRITU SANTO.

— **Tertuliano,** APOLOGETICUM.

— **Máximo el Confesor,** CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD - DIÁLOGO ASCÉTICO - COMENTARIO AL PADRE NUESTRO.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.
Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.
De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.
La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.